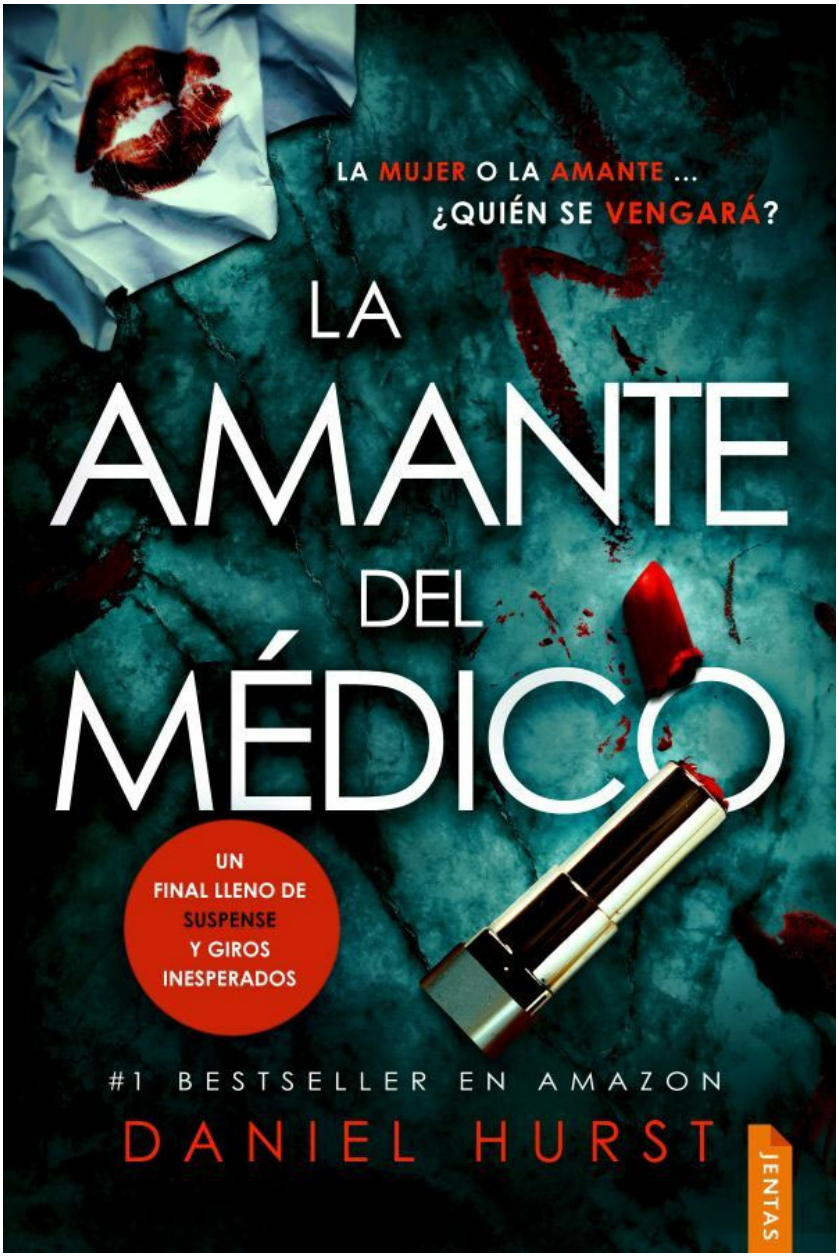
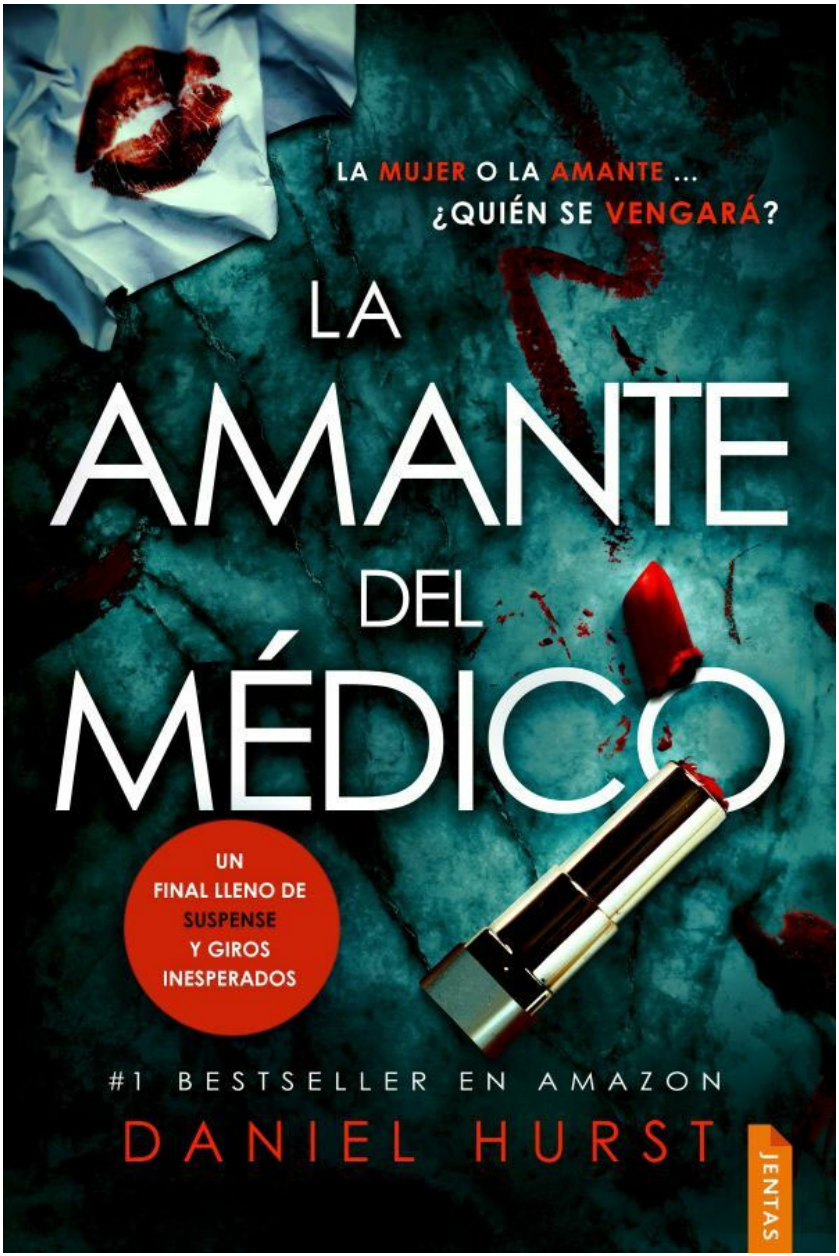

LA MUJER O LA AMANTE ...
¿QUIÉN SE VENGARÁ?
LA
AMANTE
DEL
MÉDICO
UN
FINAL LLENO DE
SUSPENSE
Y GIROS
INESPERADOS
#1 BESTSELLER EN AMAZON
DANIEL HURST
JENTAS


LA MUJER O LA AMANTE ...
¿QUIÉN SE VENGARÁ?
LA
AMANTE
DEL
MÉDICO
UN
FINAL LLENO DE
SUSPENSE
Y GIROS
INESPERADOS
#1 BESTSELLER EN AMAZON
DANIEL HURST
JENTAS

La amante del médico

Daniel Hurst

La amante del médico

Título original: The Doctor's Mistress

Copyright © Daniel Hurst, 2023. Reservados todos los derechos.

© 2024 Jentas A/S. Reservados todos los derechos.

Traducción: Ana Fernández, © Traducción, Jentas A/S. Reservados todos los derechos.

ePub: Jentas A/S

ISBN 978-87-428-1326-3

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

First published in Great Britain in 2023 by Storyfire Ltd trading as Bookouture

PRÓLOGO

El grito desgarrador de la mujer corta el aire y hace que todas las personas que están en el paseo marítimo se giren para mirarla. Una mujer asustada, con una expresión de dolor en el rostro y lágrimas resbalándole por la cara, se precipita por el paseo marítimo. Y, sin más, sus gritos de «¿Dónde está mi bebé?» destrozan un hermoso día en la costa suroeste de Inglaterra.

Este lugar suele ser tranquilo, silencioso y bello. Es por lo que se conoce esta parte del mundo. Cornualles, popular destino turístico en cualquier época del año, está acostumbrada a acoger a gente que viene por las vistas de las playas de arena, los escarpados acantilados y las pintorescas calas y pueblos. Estas mismas personas también vienen por el helado, el fish and chips, la copa de cerveza o de vino, y todo ello viene acompañado de unas espectaculares vistas al mar. Hoy no ha sido diferente, ya que cientos de turistas caminan por el paseo marítimo y toman el sol mientras deciden qué harán a continuación en esta bonita parte del Reino Unido. Pero, de repente, hay un nuevo elemento en la lista de cosas por hacer de todo el mundo, y no es uno que nadie hubiera imaginado.

Ahora todos se sienten implicados en ayudar a esta pobre mujer a encontrar a su hija desaparecida.

Esa es la sencilla explicación de los gritos. La mujer está tan alterada porque no encuentra a su hija y, en estas circunstancias, su reacción es totalmente comprensible. Se trata de un lugar público muy concurrido, con muchos adultos y niños alrededor, y como tal, es fácil que alguien se pierda entre la multitud. Pero la niña en cuestión no se ha perdido sin más.

Se la han llevado.

Al tiempo que la madre corre con desesperación por el paseo marítimo, llorando por su bebé mientras siente que su mundo se desmorona, las multitudes se separan a su paso, todos intentan

apartarse de su camino porque no quieren ser quienes retrasen a esta pobre mujer y le impidan reunirse con su pequeña lo antes posible. Pero no importa que la dejen pasar, porque la madre no encuentra a su hija. Cuanto más tiempo pase, menos probable parece que vuelvan a estar juntas.

Esa constatación es suficiente para que la frenética madre se arrodille y llore. Mientras lo hace, piensa que todas las cosas terribles que ha vivido en el pasado palidecen en comparación con esta sensación.

La infidelidad. Las muertes. Las investigaciones policiales. Los complots de venganza. Por muy malo que todo eso haya sido, esto es peor, porque ella ha sido capaz de sobrevivir a todo eso y seguir adelante.

Pero parece que esto es demasiado para ella, y eso solo puede significar una cosa.

¿Ha terminado por fin?

ANTES

1

FERN

El paseo marítimo está inusualmente tranquilo, pero eso se explica por dos razones. En primer lugar, el tiempo es un poco gris y ventoso hoy, por lo que la playa está vacía de bañistas. Y en segundo lugar, es un día laborable por la mañana, así que todos los lugareños están trabajando y los turistas no llegarán hasta el viernes por la tarde como muy pronto. A mí me parece bien, porque no me gustan las multitudes por razones muy obvias.

Una mujer como yo, que huye de la justicia y vive con una identidad falsa, intenta evitar ver a demasiada gente.

Sin embargo, a pesar de mi insólita situación, me niego a esconderme para siempre, y no solo por mí, sino también por mi hija. Necesita relacionarse con otras personas, y por eso me he visto obligada a salir de mi pequeño piso y dirigirme al destartalado centro comunitario del otro extremo del paseo marítimo.

Dirijo la vista hacia la carita angelical que me mira desde el cochecito, sonrío a mi hija Cecilia y siento algo que nunca pensé que fuera posible sentir. Mi cuerpo rebosa amor por la personita que di a luz hace solo tres meses. Me siento abrumada por la presión y el privilegio que supone para mí ser la encargada de mantenerla a salvo. Ser madre no siempre fue mi sueño, pero ahora que lo soy no podría ser más feliz. A pesar de que el resto de mi vida es un completo caos, mi hija me proporciona ese rayo de esperanza que me hace pensar que quizá, algún día, todo acabe saliendo bien.

De repente, una gran gaviota grazna sobre mi cabeza, y alzo la vista para ver al ave blanca volando en círculos bajo el cielo ceniciento, antes de que descienda en picado, se pose a unos metros delante de

mí y picotee una bandeja de patatas fritas que algún turista ha debido tirar al suelo. Los habitantes de la zona saben que no deben ensuciar las calles, pero a los que están de vacaciones no les importa tanto, lo cual es una pena, porque es un pueblo costero precioso y mucha gente trabaja duro para mantenerlo como tal, solo unos pocos lo estropean. Como residente de este pueblo, siempre me aseguro de cuidarlo, por eso me detengo un momento y, después de espantar a la gaviota, recojo la bandeja de patatas fritas sobrantes y las tiro a la papelera. Luego me pongo de nuevo en camino, empujando el carrito de la pequeña Cecilia hacia nuestro destino, sonriendo a mi niña que gorjea y sintiéndome orgullosa de poner mi granito de arena para que este paseo marítimo siga teniendo un aspecto tan pintoresco.

Después de haber pasado la mayor parte de mi vida en Manchester —antes de un par de breves y olvidadas estancias en Arberness, en el norte de Inglaterra, y en Londres—, he aterrizado aquí, en Bowey, un gran pueblo del sur de Cornualles, y es aquí donde pretendo quedarme por el momento. Necesito estabilidad, no solo por Cecilia, sino también por mi propio bien, porque ha habido demasiados cambios en mi mundo durante el último año.

Llegué a Cornualles cuando estaba a mitad de mi embarazo de Cecilia, desembarqué del autocar que me había llevado de la ciudad a la costa y me dirigí a mi primer alojamiento nocturno con una mano apoyada en mi creciente barriga y la otra cargando la única maleta que contenía todo lo que poseía en el mundo. Estaba nerviosa, no por estar en un lugar nuevo, sino porque no estaba segura de si los documentos de identidad falsos que había obtenido recientemente iban a permitirme empezar una nueva vida aquí. Era imperativo que me sirvieran porque tenía mucho que hacer. Tenía que encontrar alojamiento, solicitar prestaciones por hijos a cargo para poder alimentar y vestir al bebé que crecía dentro de mí y, lo más importante, acudir a numerosas citas en el hospital antes de que naciera. Tenía que hacer todo eso, pero solo si era capaz de empezar de nuevo con mi identidad falsa.

Mientras camino por el paseo marítimo, siento que Fern Devlin forma parte de mi pasado. No he vuelto a usar ese nombre desde que hui de Carlisle hace poco más de un año, tras enterarme de que

la policía tenía pruebas para detenerme por el asesinato de mi exmarido, el doctor Drew Devlin, por no hablar de los interrogatorios por los demás delitos que cometí después. Solo tengo que mirar a mi querida hija para recordar uno de esos crímenes. La verdad es que asesiné al padre de mi bebé, Greg, a sangre fría, después de descubrir que me había estado mintiendo. Resultó que, en lugar de ser mi novio, solo fingía estar enamorado de mí porque su verdadero objetivo era destapar mis crímenes.

Hasta ahora, Greg es la única persona en el mundo que me ha sacado una confesión sobre lo que le hice a mi difunto marido, Drew, aunque al final no le sirvió de nada porque lo pagó con su vida. Con mi secreto amenazando con salir a la luz, tuve que tomar medidas drásticas, y era mi vida o la suya. No me arrepiento de lo que hice porque, sin ello, Cecilia podría no estar aquí ahora. El hecho de que concibiera a Cecilia justo antes de matar a Greg significa que la pequeña vida que creamos juntos solo conocerá a uno de sus padres. Criar a un hijo en solitario es duro, pero era la única forma de salvarme a mí y a mi bebé. Habría preferido una vida diferente para mi hija, una en la que tuviera a sus dos padres cerca para quererla, pero no estaba destinado a ser así. Lo más importante es que estoy en condiciones de cuidarla todos los días sin interferencias de nadie más, sobre todo de la policía.

Quiero a Cecilia más que a nada en el mundo y, a medida que crezca, sé que ella me querrá a mí.

Al menos, lo hará mientras nunca sepa lo que he hecho.

Como la mayoría de las cosas en mi vida, nada ha salido según lo planeado. Desde casarme con un médico rico que acabó engañándome hasta planear la muerte de Drew con el marido de su amante, para luego tener que matar a mi propio marido. Sin embargo, cuando intenté empezar de nuevo, mi nueva vida se desmoronó al ser desenmascarada por Greg —el hombre que yo creía que se había enamorado de mí—, así que también tuve que matarlo. Pero la policía descubrió lo que había hecho.

Y desde entonces todo ha empeorado.

Siendo culpable de tantas cosas y con la policía buscándome, no

tuve más remedio que huir, y eso significaba dejar de usar el nombre de Fern, matando de hecho esa parte de mí en el proceso. Sabía que nunca podría renacer como Fern porque hacerlo significaría pasar el resto de mi vida en la cárcel. Pero, ahora que tengo mis documentos de identidad falsos, tengo una segunda oportunidad en la vida y pienso aprovecharla al máximo, por mí y por mi hija.

El nombre que figura ahora en mi carné de conducir es Teresa Brown, aunque lo acorto a Tess cada vez que me veo obligada a presentarme a alguien. Es el nombre con el que me conocía todo el mundo en el hospital cuando me ayudaban a dar a luz, igual que es el nombre que usa mi casero cada vez que se presenta exigiendo el pago del alquiler. También es el nombre con el que me presentaré hoy en el centro comunitario.

Voy de camino a una clase sensorial para bebés, un evento al que las mamás llevan a sus hijos para que jueguen e interactúen durante sesenta minutos. Es la primera vez que asistimos a una clase de este tipo, por eso estoy un poco nerviosa, pero será divertido. Cantarán todo tipo de canciones, habrá juguetes y será estupendo para el desarrollo de Cecilia. Pero espero que también lo sea para mí, para empezar a crear una red de personas a las que pueda llamar amigos.

No cabe duda de que ser una fugitiva es una forma de vida solitaria, y siempre estoy en conflicto conmigo misma sobre lo que debería hacer. Pero sé que lo más seguro para mí es quedarme en casa, en mi piso, y evitar a la gente por completo, no vaya a ser que alguno descubra que soy la infame viuda del médico de la que hablan los periódicos. O —por usar otro nombre que me han dado los periodistas— la Viuda Negra.

Mi aspecto es muy distinto al que tenía cuando hui por primera vez, ya que me he teñido el pelo y me lo he cortado, además de llevar ropa mucho más desaliñada de lo que estaba acostumbrada. Todo ello me ha ayudado a seguir pasando desapercibida. Salvo someterme a cirugía plástica, no hay mucho más que pueda hacer para alterar mi aspecto, aunque tampoco quiero ser tan drástica. No quiero que me operen, no solo porque no puedo permitírmelo, sino porque, si puedo evitarlo, prefiero no pasar por el quirófano. Hasta ahora, nadie me ha reconocido con los cambios superficiales que me

he hecho y espero poder seguir así.

Aunque estoy contenta de que mi nuevo aspecto y mi nueva vida me hayan mantenido fuera del radar, sigo añorando mi antigua forma de vida, aquella en la que podía llevar la ropa que quería, peinarme como me gustaba y ponerme guapa en lugar de vestir con sencillez. También añoro la vida en la que tenía amigos a los que podía llamar y divertidos eventos sociales a los que asistir los fines de semana. Echo de menos todo eso. Lo que daría por arreglarme y tomarme una copa con unos amigos para ponerme al día de los cotilleos. Más que eso, echo de menos a mis padres, y me rompe el corazón no poder volver a verlos y que no conozcan a su preciosa nieta. Me encantaría verlos con Cecilia, haciéndola saltar sobre sus rodillas y haciéndole muecas. Tiene la sonrisa de mi padre y los ojos de mi madre, lo cual es maravilloso, pero también significa que me acuerdo de ellos cada vez que la miro a la cara. No puedo decidir si es mejor que Cecilia se parezca más a mi familia que a Greg, pero probablemente sea preferible así.

Es mejor mirar a mi hija y que me recuerde a mis padres que al hombre que asesiné.

Pero es duro criarla sin el apoyo de mis padres y aún más duro perder tanto tiempo con ellos. Me encantaría pasar un tiempo precioso con ellos como adultos, algo tan sencillo como un café con mamá y un largo paseo con papá, porque nunca sabemos cuánto tiempo nos quedará con ellos, ¿verdad? Pero, a medida que pasan las semanas y mi desapego por mi antigua forma de vida crece día a día, sé que nunca podré volver a verlos.

Es demasiado arriesgado.

En resumidas cuentas, aquí no conozco a nadie, salvo a mi médico, mi casero y mi vecina de al lado, y eso no es una gran red de apoyo. Tal vez hoy conozca a otra madre y nos hagamos amigas de verdad al encontrarnos con frecuencia para jugar con nuestros bebés, y hablaremos del mundo mientras tomamos un café o incluso una copa de vino. Mi nerviosismo ante la posibilidad de hacer una nueva amiga es la razón por la que me quedo fuera del centro comunitario. La antigua yo, segura de sí misma, ya habría cruzado estas puertas con una gran sonrisa en la cara, saludando a

cualquiera que conociese antes de pasar a mantener muchas conversaciones interesantes con personas que estarían deseando volver a verme. La nueva yo es muy diferente, llena de ansiedad, dudas, y casi prefiere ser una observadora que el centro de atención. No hay duda de que me va a resultar más difícil hacer amigos si estoy tan cohibida y tengo miedo de abrirme a la gente, no sea que descubran quién soy en realidad y qué estoy ocultando. Supongo que tendré que intentarlo, o me sentiré muy sola durante mucho tiempo.

Sin embargo, también soy consciente de que sentirse sola es un pequeño precio a pagar por ser libre. Mientras no esté esposada y pueda criar a mi hija, no me quejo demasiado.

Pero hay alguien ahí fuera que tiene todo el derecho a quejarse, y esa es Alice, la amante de mi difunto marido y una mujer que no hace mucho estuvo encarcelada gracias a mis maquinaciones. Sé que la mujer a la que inculpé del asesinato de Drew ya ha salido de la cárcel tras la anulación de su condena, algo que tenía que ocurrir a ojos de la justicia porque era inocente, pero que me ha causado muchos problemas desde entonces. Mientras Alice estaba entre rejas, yo era libre de vivir a mi antojo, residir en una lujosa casa en mi ciudad natal, Manchester, y sentirme bastante satisfecha por haberme librado del asesinato y haberme cobrado la venganza perfecta tanto del marido que me traicionó como de su atractiva amante. Ahora, Alice está fuera y soy yo la que vive en el purgatorio, que no es en absoluto como se suponía que esto iba a desarrollarse.

Sigo sintiéndome agraviada por lo que Drew y Alice hicieron a mis espaldas; aún hoy lo estoy pagando. Pero ¿qué pasa con Alice? El hecho de que esté libre no significa que sea feliz. Pasó por un infierno tanto en los tribunales como en la cárcel antes de que se descubrieran mis mentiras y, por eso, tengo que suponer que está decidida a vengarse. Estoy segura de que ahora está ahí fuera, soñando con mi caída, tramando la forma de conducir a la policía hasta mí y ser testigo de mi detención y encarcelamiento. Sé que yo estaría haciendo exactamente lo mismo si estuviera en su lugar.

Alice debe estar desesperada por encontrarme, pero yo estoy igual de desesperada por permanecer oculta.

Solo el tiempo dirá quién de las dos sale vencedora.

¿La mujer del médico?

¿O la amante del médico?

2

ALICE

Miro Arberness por la ventana y pienso en lo diferente que este pueblo del norte de Inglaterra era antes. Antes era tan tranquilo, tranquilo y apacible. Pero ya no lo es, o al menos no para mí.

Porque estos días solo oigo llorar.

Me alejo de la ventana y de la vista del mundo exterior —que ofrece una libertad con la que ya no puedo identificarme—, veo a mi angelical pero absorbente niña tumbada en su cuna y suelto un profundo suspiro. Mi bebé puede parecer adorable — todavía no tiene pelo, aunque los mechones rubios son sin duda inminentes porque yo también soy rubia—, pero es un trabajo duro.

Evelyn está despierta, otra vez, y llora, otra vez, y yo me siento completamente agotada, otra vez.

Aunque sé que debería acercarme a la cuna e intentar calmar a mi angustiada bebé, lo demoro un momento porque solo han pasado diez minutos desde que la acosté. No he tenido ni de lejos suficiente descanso de mis deberes maternales en este tiempo. Solo quiero que mi hija duerma y, lo que es igual de importante, quiero dormir yo, pero parece que ninguna de las dos opciones es viable por el momento. Por eso, mientras veo a Evelyn, mi hija de ocho meses, llegar al punto en que se le llenan los ojos de lágrimas, yo también tengo ganas de llorar por el cansancio y por el deseo de descansar de la maternidad por un solo día.

Nunca planeé tener un bebé y, desde luego, no planeé tener al bebé del doctor Drew Devlin. Mi aventura con él fue un error desde el primer día y dio lugar a todo tipo de imprevistos, pero Evelyn fue el más inesperado de todos. Decir que mi embarazo me pilló por

sorpresa sería quedarse corto. Mi desafortunada cita con Drew en su consulta después de que me siguiera hasta Arberness tuvo repercusiones de gran alcance que nunca habría podido predecir en aquel momento. Aquel encuentro ilícito no solo hizo que la mujer de Drew descubriera que su marido estaba conmigo de nuevo, sino que hizo que una pequeña vida empezara a crecer dentro de mí. El impacto de eso ha sido casi tan transformador como mi injusto encarcelamiento.

La cárcel era dura, aunque al menos allí podía dormir unas horas seguidas. Pero ahora, al vivir con un bebé que se niega a descansar, me siento abrumada, incluso más que cuando me enfrentaba a años entre rejas por un delito que no cometí.

Sé que es estúpido comparar lo que pasé con Fern con ser madre primeriza, pero estoy tan cansada que no puedo evitarlo. Mi mente está tan confusa como mis ojos, que están enrojecidos por el cansancio, y aunque todavía no se lo he confesado a nadie, es obvio lo que está pasando.

No estoy bien.

Mientras sigo demorándome en coger a Evelyn y calmarla, pienso en lo difícil que me ha resultado desde que nació. Me dijeron que los bebés duermen mucho la primera semana después de nacer y que, en las semanas siguientes, suelen descansar entre doce y dieciséis horas en un periodo de veinticuatro horas. Mi experiencia no ha sido esa; Evelyn apenas duerme y nunca descansa más de media hora seguida. Esta es solo una de las muchas razones por las que siento envidia y rabia cuando leo artículos en Internet sobre madres primerizas que hablan de horarios de sueño y de sus bebés, que pueden pasarse toda la noche sin despertarse. Las redes sociales han sido otra fuente de frustración para mí porque parecen estar llenas de madres que «están viviendo la maternidad perfecta», compartiendo consejos sobre cómo tener un hijo que duerme toda la noche y al que se puede llevar a restaurantes o incluso de vacaciones sin que haga ni pizca de ruido.

¿De verdad? ¿Es factible? ¿Podría conseguir que mi bebé durmiera más de treinta minutos seguidos o sacarla a pasear en público sin que se pusiera a llorar? No lo sé, puede que sí, pero estoy

demasiado agotada para intentarlo.

Sé que debería sentirme afortunada por haber sido bendecida con una niña sana, pero me siento desafortunada por lo duro que ha sido, y eso incluso sin tener en cuenta mis inusuales circunstancias vitales. Estoy criando a una niña huérfana de padre porque el padre de Evelyn murió antes incluso de que supiéramos que la habíamos concebido, y esa es una circunstancia trágica que no muchas madres tienen que experimentar. Ya estoy temiendo el día en que Evelyn empiece a preguntarme por su padre, y desde luego estoy temiendo el día en que tenga edad suficiente para leer las noticias y saber exactamente qué le pasó y por qué. ¿Qué clase de efecto va a tener en ella en la edad adulta ir por la vida sabiendo que su padre fue asesinado en una playa porque su madre tenía una aventura con él a espaldas de su mujer? Supongo que mi mayor temor es que, cuando Evelyn sea capaz de valerse por sí misma, me diga que me odia y que no quiere volver a hablarme. Y eso hará que todo por lo que estoy pasando aquí parezca una completa pérdida de tiempo.

Por supuesto, quiero que mi hija me ame, pero con lo que hice en el pasado y el hecho de que sus padres hayan aparecido tanto en las noticias, ¿es eso posible? ¿No quieren todos los niños un hogar estable? Por desgracia, no puedo darle eso a Evelyn porque no hay nada estable en mí ni en el proceso por el que pasé para acabar teniéndola. Tampoco espero que haya mucha estabilidad en el horizonte, y menos con mi delicado estado mental.

El llanto es cada vez más fuerte, pero sigo sin hacer nada para ponerle fin, por lo que se abre la puerta de la habitación y llega la ayuda en forma de la tercera persona con la que comparto esta casa. Es mi nuevo novio. Es un hombre que está demostrando ser más hábil que yo en el cuidado de un bebé, aunque no es que haga falta mucho para ganarme en eso. Para encajar a la perfección con mi alocada situación, mi nuevo novio es también el hombre que investigó la muerte del padre de Evelyn y ayudó a meterme entre rejas por ese crimen después de tragarse las mentiras de Fern. Con el tiempo, se dio cuenta de su error y ayudó a que me liberasen. Es un hombre al que aprendí a perdonar porque tenemos algo en común, y eso es que Fern nos jodió a los dos. También es un hombre que ha sido un regalo del cielo desde que supe que iba a ser

madre, pues me ayudó tanto antes como después del parto.

Es el detective Tomlin.

—No pasa nada, pequeña, ven aquí —dice inclinándose sobre la cuna, con la corbata colgando sobre mi hija y su manta, y la camisa blanca se le arruga al cogerla. Recuerdo que este hombre tenía un aspecto bastante desaliñado cuando lo vi por primera vez poco después de que encontraran el cadáver de Drew en la playa, pero desde entonces ha mejorado un poco su aspecto. Supongo que lo ha hecho por mí porque ahora tiene a alguien a quien impresionar, cosa que apreciaría más si no estuviera tan cansada todo el tiempo.

En cuanto coge a Evelyn, ella deja de llorar. Suele ser así: solo quiere que la cojan en brazos, lo cual sería bonito si no fuera porque es imposible tener a un bebé en brazos todas las horas del día. Pero, mientras mi novio acuna a mi hija y le susurra palabras dulces, me pregunto por qué él hace que parezca tan fácil mientras que a mí me resulta imposible.

Mientras veo a Tomlin desempeñar con éxito tareas que yo soy incapaz de realizar, siento de nuevo la vergüenza, el remordimiento y la tristeza habituales al darme cuenta de que no soy la madre perfecta que creía que podía ser. Pero también siento otra cosa: alivio, porque con él aquí no tengo que ocuparme del problema. Por eso salgo de la habitación, alejándome de esta estresante situación.

—¿Estás bien? —me pregunta Tomlin cuando me ve salir, antes de volver a hacer callar a Evelyn, que muy probablemente va a necesitar que la cambien y la alimenten de nuevo ahora que está despierta.

—Sí, voy a lavar unos biberones —digo, y me dirijo escaleras abajo antes de que haya alguna posibilidad de que Tomlin me dé al bebé y se ofrezca a lavarlos él. La verdad es que necesito un descanso y es mejor estar en la cocina haciendo tareas aburridas que volver a ese dormitorio donde he pasado tantas noches en vela.

Debería aprovechar el poco tiempo de que dispongo para ser proactiva y ponerme a esterilizar un par de biberones para futuras tomas, como le acabo de decir a Tomlin, pero en lugar de eso me

dejo caer en una silla de la mesa de la cocina y descanso la cabeza entre las manos. Hoy es el día libre de Tomlin, y lo agradezco porque significa que no tengo que hacerlo todo yo sola, pero eso no significa que sea fácil. Lo que daría por poder salir de aquí e ir a hacer algo que no implique pañales sucios, eructos o intentar calmar a una niña inquieta. Tal como están las cosas, estoy atrapada, y por eso a veces pienso que ahora estoy en una especie de prisión mental, en contraposición a la prisión física en la que estaba después de que Fern me incriminara.

Frustrada y llorosa, golpeo con las manos la mesa de la cocina, pero ¿a quién quiero engañar? No me siento así porque me cueste adaptarme a mis nuevas responsabilidades.

Me siento así porque la mujer que odio sigue ahí fuera, libre y viviendo su vida.

Sigo sin saber dónde está Fern ni entiendo cómo ha podido eludir a la policía durante tanto tiempo. Lo que sí sé es que cada segundo que está libre es un insulto más a lo que he pasado y a la memoria de los hombres a los que ha hecho daño por el camino.

Fern es una asesina en serie, no hay otra forma de describirla.

Mató a Drew porque la engañaba, usando a mi marido, Rory, como parte de su plan.

Luego mató a Rory porque pensó que se había convertido en una carga para ella.

Después, por si fuera poco, mató a Greg, un viejo amigo de Drew que se hacía pasar por el novio de Fern con la esperanza de sacarle una confesión. Murió, aunque no en vano, porque la confesión que grabó en secreto y envió a Tomlin fue lo que me permitió salir de la cárcel, así que le estaré eternamente agradecida por ello. Aunque esto aún está lejos de resolverse; Fern desapareció después de matar a Greg y, de momento, todavía no la han encontrado.

Pero lo harán. No puede permanecer escondida para siempre. Se equivocará. Cometerá un error. Hará algo que no debería. Conociendo a Fern, no podrá evitarlo. A ella siempre le ha gustado

la buena vida y, aunque ahora pueda estar pasando dificultades, dudo que continúe así durante mucho tiempo. Una mujer como ella es muy persistente y ambiciosa, y esas dos cualidades podrían acabar siendo su perdición.

El problema para mí es que está tardando demasiado. Parece que la policía no consigue encontrarla, lo cual es un gran inconveniente, porque ¿y si se dan por vencidos? Me digo a mí misma que me sentiré mejor cuando la encuentren porque así podré pasar página, pero ¿lo conseguiré de verdad?

Da miedo pensar que podría no hacerlo.

Por ahora, tengo que esterilizar los biberones mientras pueda.

Eso es porque Evelyn está llorando otra vez arriba.

Puede que yo empiece a hacer lo mismo dentro de un minuto.

3

FERN

Como esperaba, a Cecilia parece encantarle la clase sensorial. Sonríe cuando agito la maraca de colores brillantes delante de su cara y se ríe cuando golpeo la pandereta. Sobre todo, se queda hipnotizada cuando se apagan todas las luces y se proyectan varias estrellas brillantes en el techo, lo que hace que parezca que viajamos por el espacio en lugar de estar sentadas en una habitación a oscuras de un centro comunitario de Cornualles.

Por eso, cuando termina la clase y todos se disponen a marcharse, creo que para ella ha merecido la pena, y diría que para mí también. Tuve que echar mano de mis muy limitados fondos para pagar la inscripción a esta clase, pero puedo hacer pequeñas concesiones como esa por mi hija, sacrificando gastar ese dinero en mí, como haría cualquier buena madre.

Estar rodeada de gente era algo que necesitaba después de pasar tanto tiempo con Cecilia en el piso que compartimos, y aunque no ha habido muchas posibilidades de conversar entre tanto ruido de instrumentos musicales, sí que he entablado conversación con algunas otras madres. Estoy segura de que no tenían motivos para dudar de mí cuando les he dado mi nombre falso ni cuando les he contado mi historia falsa. La historia que cuento es que me mudé aquí desde el norte después de romper con el padre de Cecilia, y quería empezar una nueva vida aquí porque era donde veraneaba de niña y siempre había soñado con vivir en la zona algún día.

Aunque ha sido muy fácil dar vueltas en la cama por la noche e imaginar que alguien se daba cuenta de mis mentiras y llamaba a la policía para decirles que habían encontrado a la mujer más buscada del Reino Unido, la verdad es que ese temor no es realista. Ya no

tengo el aspecto de antes, con mi nuevo color de pelo, mi evidente falta de maquillaje y mi inclinación a llevar ropa holgada y poco estilosa, en lugar de las prendas más modernas que solía llevar. También ayuda mucho que tenga un bebé, porque, por lo que sabe la policía, soy una mujer soltera que se mueve sola. Nadie sabía que estaba embarazada cuando me fugué, así que no buscan a una madre soltera con un bebé. Aunque no me quedé con Cecilia porque quisiera un disfraz adicional, es innegable que su presencia me está ayudando a esconderme, porque ninguno de los artículos de los periódicos menciona que tenga un hijo. Espero que siga así, porque entonces quizá nunca me encuentren.

Sin embargo, lo que los periódicos sí han mencionado es que alguien relacionado con mi caso tiene un bebé, y decir que fue un shock cuando me enteré sería quedarse corto. Mientras que mi bebé podría seguir siendo un secreto, lo sé todo sobre el de Alice. Según los medios de comunicación, yo también conozco al padre de su hija.

Es Drew.

En las noticias son solo rumores, porque Alice no ha hablado con ningún periodista ni lo ha hecho oficial, pero todos dan por sentado que el bebé que iba en el cochecito que Alice empujaba por Arberness es de mi difunto marido, el hombre con el que tuvo una aventura antes de que yo la cortara de raíz de forma tan espectacular. Supongo que existe la posibilidad de que Alice lo concibiera con Rory, su difunto marido, antes de que este falleciera, pero eso no da mucho juego en los periódicos.

El bebé del médico

Ese titular llama más la atención que cualquier otro.

¿Y qué si es verdad? ¿Me importa que Drew tenga una hija y que Alice sea su madre? Me digo a mí misma que no, aunque mentiría si dijera que no me he despertado en mitad de la noche y me he

preocupado por ello. Pero ¿qué puedo hacer? Tengo que criar a mi propio bebé, así que debo centrarme en ella y, además, que Alice tenga una hija puede ser algo bueno. Si está ocupada siendo madre, tal vez esté demasiado ocupada para buscarme.

Mientras me dirijo a la salida, Kirsty, una madre con la que he hablado un poco en clase, me dice que le gusta mi pelo y me pregunta a qué peluquería he ido. Me quedo paralizada un momento porque la verdad es que se trata de una peluca, aunque obviamente no puedo decirlo sin levantar sospechas.

—Oh, eh, una amiga me lo arregló cuando vino a visitarme —le digo—. Es peluquera.

—Es precioso —dice la madre con el cochecito más caro que el mío y, por un segundo, temo que vaya a estirar la mano y tocarme el pelo, lo que amenazaría con arruinar la ilusión. Pero no lo hace, y mi secreto está a salvo mientras la conversación gira en torno a los horarios de sueño y salimos a la calle. Me pregunto si Kirsty me acompañará hasta mi piso. Espero que no porque no quiero que vea dónde vivo; es un lugar muy indeseable. Sin embargo, me ahorro cualquier incomodidad porque ella y su lindo bebé me dejan a mitad del paseo marítimo y giran por una calle que sé que está llena de casas muy amplias y caras. Nos despedimos y nos decimos que estamos deseando vernos en la clase de la semana que viene. Entonces volvemos a estar solas Cecilia y yo. Regresamos al piso que he alquilado y que, sin duda, es muy diferente de aquel al que acaba de volver mi nueva amiga.

Este es mi hogar.

Si es que me atrevo a llamarlo así.

Basta con echar un vistazo al lúgubre lugar en el que ahora resido para que mi corazón se llene de tristeza, porque si hay algo que demuestre lo mucho que ha empeorado mi vida es esto. Estoy criando a Cecilia en un piso que apenas es apto para vivir en él, y al contemplar el mugriento entorno que me rodea, dejo escapar un triste suspiro.

Los montones de bolsas de basura delante de algunas puertas son

tan antiestéticos como el carro de la compra volcado en el suelo. Mientras me acerco a la puerta de mi casa, la música a todo volumen que se oye en uno de los pisos tampoco contribuye a mejorar el ambiente de este lugar. No es raro que esa música esté así de alta hasta bien entrada la noche, que es, obviamente, justo lo que necesitan los padres de un niño pequeño cuando llega la hora de irse a la cama.

Mientras empujo el cochecito para adentrarme en este «encantador» lugar, mis ojos se detienen en una botella de vino vacía que descansa contra una de las sucias paredes de ladrillo. Tengo que apartar la mirada con rapidez cuando por accidente establezco contacto visual con un joven encapuchado. Parece problemático, pero extrañamente me doy cuenta de que, si alguna vez interactuásemos, yo acabaría siendo la más peligrosa de los dos.

A diferencia de la mayoría de las zonas de este pueblo —que son perfectas para las fotos y adornan el frente de las postales—, esta es una zona muy poco cuidada. Está muy lejos de las lujosas casas que se encuentran en lo alto de los acantilados con vistas panorámicas del mar y a un millón de kilómetros metafóricos de las grandes propiedades con coches caros en la entrada. Desde luego, es diferente de los lugares en los que viví en el pasado, ya fuera una amplia casa en Manchester o una enorme propiedad en Arberness que ofrecía fantásticas vistas del mar, literalmente al otro lado de la calle, frente a la puerta de mi casa. Pero los tiempos han cambiado, y esto es todo lo que puedo permitirme ahora, aunque espero que no sea así para siempre.

Cuando llego a la puerta de mi piso, saco la llave y me dispongo a entrar en mi humilde morada. Pero, antes de que pueda hacerlo, oigo cómo se abre la puerta de al lado y veo la cara sonriente de mi vecina, Victoria.

—¡Hola, Teresa! ¿Cómo está la pequeña Cecilia? —me pregunta Victoria.

Yo también sonrío porque es agradable ver una cara amiga, sobre todo una que adora a mi pequeña.

—Está muy bien, gracias —le digo mientras Victoria se entretiene

haciendo monerías a Cecilia, que está en el cochecito, y le doy a mi vecina la oportunidad de tener esta divertida interacción con mi hija.

Victoria es cinco años más joven que yo, y aún le falta mucho para llegar a los cuarenta, como me ocurrió a mí no hace mucho. Tiene una belleza que yo sentía que poseía antes de pasar muchas noches en vela como madre primeriza, además de todas las tensiones que conlleva la vida diaria. Mientras yo lucho a diario con mi actual situación, Victoria siempre parece positiva y, con sus ojos brillantes, su deslumbrante pelo rojo y su amplia sonrisa, es un verdadero rayo de luz en este sombrío y pequeño punto del mapa. Por supuesto, no sabe nada de mi verdadera identidad y, por lo que a ella respecta, no soy más que una mujer como ella, con un poco de mala suerte y teniendo que vivir aquí hasta que consiga sanear mis finanzas y, de hecho, mi vida en general.

—Es preciosa —dice Victoria mientras le hace cosquillas en la mejilla a Cecilia. A mi niña le gusta y lo sé porque recompensa a nuestra vecina con una hermosa sonrisa. Esa sonrisa ha aparecido en las últimas semanas, pero me derritió el corazón cuando la vi por primera vez y sigue haciéndolo a día de hoy.

—Acabamos de ir a una clase sensorial, ¿a que sí? —digo de esa manera tan de madre en la que entablo conversación con un adulto pero hablo como si me dirigiese al bebé.

¿Por qué hacen eso los padres? No lo sé, pero yo no soy diferente.

—¡Vaya, suena divertido! —exclama Victoria, y es obvio que a mi vecina le encantan nuestras charlitas. Se necesita mucho para alegrar el día en estos pisos, pero una preciosa niña parece obrar la magia. Sin embargo, a mí me vendría bien entrar en mi propio piso porque tengo cosas que hacer, así que se lo hago saber a mi vecina de la forma más educada posible.

—Será mejor que la lleve dentro. Tengo la sensación de que hay un pañal sucio que hay que cambiar —digo, y eso siempre funciona para que la gente deje de hacer monerías a Cecilia y me la vuelva a dejar a mí.

—Bueno, que tengáis un buen día. Nos vemos pronto —dice Victoria, mostrando afecto por Cecilia una vez más antes de apartarse del cochecito y dejarnos entrar en casa.

Una vez dentro, los sentimientos agradables de esa interacción amistosa en la puerta se disipan con rapidez cuando miro a mi alrededor. Este estudio es tan pequeño como barato y, cuando saco a Cecilia de su cochecito, tengo que apretujarme en el estrecho pasillo para entrar en el espacio principal.

Lejos de poder pasear de una habitación a otra y disfrutar de las diferentes decoraciones y muebles como en mis anteriores casas, aquí casi todo está contenido en la misma habitación. La sala de estar, la cocina y el dormitorio están unidos en uno, lo que significa que la única otra habitación de la que dispongo es el pequeño cuarto de baño, al que se accede por la puerta de mi izquierda. Mi cama está junto a un sillón frente a la encimera de la cocina, y eso es todo.

El poco sitio que queda se ha llenado de bolsas de pañales nuevos y toallitas húmedas. El pequeño espacio que había libre en la alfombra junto al sillón ahora está ocupado por el cambiador de Cecilia. La pequeña nevera que hay bajo la encimera complementa los armarios repletos de latas de sopa, alubias y otros productos baratos que compro para mantenerme. La primera vez que vi este lugar, había un pequeño hueco libre a los pies de mi cama, pero ahora está ocupado por la cuna de Cecilia. Este lugar es tan estrecho que a veces me dan ganas de gritar, pero eso no cambiaría mi situación. Lo único que conseguiría es que Cecilia o Victoria, que está al lado, entraran en pánico si me oyeran, y no quiero que eso ocurra. Por eso, en lugar de sufrir una especie de ataque de nervios, me muerdo el labio inferior antes de sentarme en el incómodo sillón y proceder a amamantar a mi bebé.

Mientras miro la cara de mi preciosa hija, me digo a mí misma que a ella no le importa dónde vivamos ni cuánto dinero tengamos. Lo único que quiere es el amor de su madre, y eso se lo puedo dar porque es gratis. Es una suerte, porque es todo lo que puedo darle en este momento, aunque espero que eso cambie pronto. Hay algo en lo que estoy trabajando, aunque todavía no he avanzado mucho. Hablando de falta de progreso, el goteo del grifo de mi cocina es la

prueba de que mi casero todavía no ha hecho lo que le he pedido repetidamente y no lo ha arreglado. Eso significa que tendré que hacerle otra frustrante llamada telefónica para preguntarle de nuevo si es tan amable de cumplir con sus obligaciones y arreglar este problema para su inquilina venida a menos.

Odio hablar con Nigel, el espeluznante hombre de unos sesenta años que es el dueño de este lugar, porque cuando no me está haciendo comentarios lascivos, me está contando mentiras sobre lo rápido que conseguirá que alguien arregle alguno de los muchos problemas que hay en este lugar. Lo único que podría hacer que vivir aquí fuera un poco más soportable sería que el dueño fuera una persona amable que me tratara con respeto. Pero el propietario es un viejo pervertido que es un casero incompetente en los días buenos y un pesado lascivo en los malos. Como madre primeriza, con ojeras, pérdidas de leche en los pechos y estrías en el vientre —por no hablar de todo el peso extra que cogí durante el embarazo y que aún no he perdido—, supuse que no recibiría mucha atención masculina durante un tiempo. Pero Nigel parece no tener reparos en que no luzca mi mejor aspecto. En cualquier caso, se metería en la cama conmigo si le diera la oportunidad, aunque no pienso hacerlo. Puede que le guste si decido pagar un mes de alquiler con mi cuerpo en lugar de con dinero, pero eso nunca ocurrirá. Por desgracia, pagar con dinero es cada día más difícil; los fondos que me quedan se están agotando con rapidez y, pronto, Nigel me complicará la vida.

Al darme cuenta de esto, dejo de pensar en el grifo que gotea y vuelvo a pensar en mi plan de futuro. Puede que haya una forma de conseguir el dinero que tanto necesito, y para ello no tendré que buscarme un trabajo de salario mínimo ni dejar a Cecilia con Victoria, cosa que no quiero hacer aunque fuera una buena niñera.

Lo único que hace falta es que averigüe la contraseña de una cuenta bancaria.

Es una cuenta a nombre de mi difunto marido, pero, sobre todo, es una cuenta que la policía no conoce, razón por la cual aún no han congelado los fondos que contiene y, con suerte, nunca lo harán. Es una cuenta en un paraíso fiscal, creada por Drew porque una vez vio una forma de reducir su cada vez mayor factura fiscal y, aunque

no estoy segura de cuánto dinero hay exactamente, sé que si puedo averiguar la contraseña para acceder a ella en línea, no solo podré ver el saldo en pantalla, sino que podré averiguar una forma de retirarlo.

Va a ser complicado, pero tengo que convencerme de que puedo hacerlo. Además, ya he hecho algunas cosas difíciles para llegar hasta aquí. Obtener mis documentos de identidad falsos, por ejemplo. Eso no fue fácil.

De hecho, fue muy peligroso.

4

FERN

Nueve meses antes

Por lo general, cuando una mujer se entera de que está esperando un hijo, eso la lleva a un periodo de autorreflexión y a una evaluación honesta de lo preparada que está para el momento en que tenga la responsabilidad añadida de un bebé en su vida diaria. Yo no soy diferente, y es una pena, porque no he tardado mucho en darme cuenta de que no estoy en condiciones de ser madre. Si me pilla la policía, es probable que mi hijo se críe en los servicios de protección infantil y no conmigo. Por eso necesito hacer algunos cambios, y rápido.

El problema es que mis opciones son muy limitadas.

Eso es lo que le suele suceder a una persona que está huyendo.

Tras la sorpresa que me llevé con la prueba de embarazo positiva que me hice en el baño de este albergue hace solo unos días, he estado bastante desconcertada. Pero no he perdido totalmente el tiempo porque he tenido la claridad necesaria para intentar ser proactiva y mejorar mi situación. Después de decidir que me quedaría con mi bebé —porque soy consciente de que podría ser mi única oportunidad de ser madre—, pensé en lo que tendría que hacer alguien en mi situación. La respuesta obvia son las citas en el hospital para las ecografías, las revisiones rutinarias en el médico y las numerosas consultas con las matronas a medida que se acercaba la fecha del parto. Sin embargo, todo esto parece imposible teniendo en cuenta que se pondrían en contacto con la policía en cuanto diera mi nombre real en cualquier tipo de centro médico. Si

quiero seguir con seguridad la evolución de mi embarazo —ver a mi bebé en la pantalla durante una ecografía y mantener conversaciones sinceras con una matrona sobre la mejor manera de afrontar mi inminente responsabilidad—, entonces necesito una cosa.

Una nueva identidad.

Sé que no me va a salir barato, lo cual es un problema, pero el primero de ellos es dónde puedo conseguir esos documentos. Como mínimo, necesito un pasaporte y un carné de conducir falsos, pero lo ideal sería tener también un número de la Seguridad Social y un número del Servicio Nacional de Salud (NHS) si quiero aprovechar al máximo la asistencia médica gratuita que se ofrece en este país a una futura madre como yo. Como no tengo ni idea de cómo conseguirlos, acudo al lugar al que acude la mayoría de la gente cuando quiere respuestas.

Internet.

Una noche, sentada en el ordenador compartido del salón común de la planta baja del albergue, tecleo las palabras «cómo conseguir un pasaporte falso» e Internet me dice que mi mejor opción es la dark web. Sin embargo, no tengo ni la más remota idea de cómo acceder a una parte tan turbia de Internet donde los delincuentes parecen campar a sus anchas, así que me imagino que estoy en un callejón sin salida.

¿De verdad no hay nada que pueda hacer al respecto?

Pienso que no hasta que uno de los miembros masculinos del personal de este albergue se acerca y me habla en voz baja poco después de que haya terminado de utilizar el ordenador.

—¿Sabes? Deberías haber borrado tu historial de búsqueda —me dice el joven de pelo largo y barba incipiente, y aunque parece el típico mochilero que llegó de paso y terminó quedándose un tiempo para ganar algo de dinero extra para su viaje, eso no me preocupa. Lo que me preocupa es lo que dice a continuación—. He visto lo que estabas buscando en Internet —prosigue, con una ligera sonrisa de satisfacción en la cara, como si fuera un superhacker y no un

simple entrometido que se ha aprovechado de que he cometido un grave descuido al no borrar el historial de mi navegador en un dispositivo compartido.

—Acabo de ver una película sobre un delincuente huido y tenía curiosidad —le digo, intentando inventar una excusa, pero, en lugar de suponer una amenaza para mí, el mochilero barbudo me dice que tal vez pueda ayudarme.

—Llevo varios meses trabajando aquí y he visto a mucha gente como tú —dice, dejando de sonreír y poniéndose más serio al hablar—. Hay algunas diferencias sutiles, pero tenéis mucho en común. Sois muy reservados y apenas miráis a los ojos a nadie. Ah, y también dejáis manchas de tinte de pelo en el lavabo.

Siento una opresión en el pecho al darme cuenta de que, a pesar de creer que he sido inteligente, este hombre ha descubierto que me escondo de algo y de alguien. Si él lo ha averiguado, ¿quién más lo hará?

—No sé de qué me estás hablando —me excuso.

Pero él no tarda en responder:

—No es necesario que disimules conmigo. No sé quién eres ni lo que has hecho, y francamente no me importa. Todo lo que sé es que debes tener una buena razón para querer conseguir documentos falsos, y da la casualidad de que yo puedo ayudarte con eso.

Una parte de mí quiere seguir negando que soy alguien que necesita un carné falso, pero no puedo ignorar el potencial salvavidas que acaba de lanzarme, así que no digo nada y le permito continuar.

—Conozco a un tipo que puede conseguirte lo que quieras para empezar tu nueva vida —dice, sonriendo ahora como si acabara de ofrecerme una forma de comprar fruta fresca y no un papeleo ilegal que podría llevarnos a todos a la cárcel si la policía llegara a enterarse.

Sin más opciones, y pensando que no tiene sentido seguir mintiendo, le digo que me gustaría hacerlo y así es como conozco a

Dimitri, o al menos ese es el nombre que me da para el hombre que puede conseguir lo que yo quiero.

Pero, si yo puedo usar un nombre falso, él también.

Cuando me reúno con Dimitri en su apartamento del quinto piso de un modesto bloque de viviendas del norte de Londres, queda claro que es un hombre capaz de conseguir cualquier cosa. Veo montones de pasaportes, docenas de carnés de conducir y numerosas tarjetas de la Seguridad Social por toda la casa; Dimitri parece muy orgulloso de sus dotes fraudulentas. Me dice que puede conseguirme lo que necesite y, después de darle mi lista, me asegura que no habrá problema.

Pero lo hay.

El precio.

—Siete mil libras —me dice Dimitri, muy serio. Ese es el precio de todo lo que necesito para poder empezar de nuevo sin miedo a futuras represalias.

—No tengo ese dinero —respondo con sinceridad—. Lo pagaría si pudiera, pero no puedo.

—Entonces, eres libre de irte. Suerte si encuentras lo que necesitas en otra parte. —Dimitri me está engañando, haciéndome creer que yo lo necesito más a él que él a mí, pero intento darle la vuelta a la tortilla y engañarle también.

—¿Qué me impide dar un chivatazo anónimo a la policía sobre ti y tu pequeño negocio? —pregunto, y mi ritmo cardíaco aumenta mientras hago mi amenaza apenas velada a este maestro criminal—. Si lo hiciera, te detendrían.

Me doy cuenta de lo mala que es la idea cuando el humor de Dimitri se oscurece al instante.

—Hazlo y acabarás peor que yo, te lo aseguro —gruñe.

Y, consciente de que estoy sola con él en este piso y de que es poco probable que pueda escapar si intenta hacerme daño, desecho

enseguida esa idea.

—Por favor. No tengo tanto dinero —ruego, volviendo a la honestidad.

Dimitri se lo piensa un momento mientras me mira de arriba abajo.

—Eres una mujer guapa, o al menos lo eras antes de que hicieras lo que sea que hiciste y tuvieras que esconderte —dice—. Por eso estoy dispuesto a hacer una concesión. Cinco mil libras. Es lo más bajo a lo que puedo llegar. Tómalo o déjalo. Pero recuerda: si me das ese dinero, podrás vivir el resto de tu vida en paz.

Agradecida por el descuento y consciente de que es lo mejor que voy a conseguir, no me queda más remedio.

—Te conseguiré el dinero —digo con determinación, aunque sin saber exactamente cómo lo haré—. Prepárame los documentos y volveré con él. Te lo juro.

Eso fue ayer y, desde entonces, me he pasado las horas devanándome los sesos para ver cómo puedo conseguir los fondos necesarios para adquirir lo que necesito y poner orden en mi vida antes de que nazca mi bebé. Por desgracia, todavía no he tenido ninguna idea.

Ahora mismo estoy tumbada en la cama de la abarrotada habitación del albergue de Londres en el que vivo mientras sigo intentando eludir a la policía, a los medios de comunicación y a cualquier persona que pueda reconocerme por la foto de las portadas de todos los periódicos que hay en los supermercados en este momento. Estoy de espaldas a la pared y me hago la dormida, pero estoy muy despierta, atormentada por el miedo y la angustia ante el futuro, y por eso puedo oír la conversación que se desarrolla en la habitación a mi alrededor.

Al tratarse de un dormitorio de ocho camas que se diseñó pensando en viajeros internacionales con un presupuesto ajustado, la intimidad no es una opción. A pesar de estar desesperada por un poco de paz y tranquilidad, en este momento estoy escuchando a tres mochileras estadounidenses veinteañeras hablar de todo lo que

esperan experimentar en su viaje por Europa, que acaba de comenzar. Promete ser un viaje divertido porque, por lo que he podido averiguar, después de Londres tienen previsto visitar ciudades tan fantásticas como París, Roma y Atenas, entre muchas otras. Eso me dice que también promete ser un viaje caro, y no me cuesta mucho preguntarme cómo estas tres americanas que parecen tan jóvenes en comparación conmigo son capaces de financiar semejante aventura. Pero obtengo mi respuesta mientras sigo escuchando hablar al trío de excitadas viajeras. Solo estamos las cuatro en la habitación y, como suponen que estoy dormida, hablan con total libertad.

Así me entero de algo que puede serme útil.

Una de las mujeres habla abiertamente de que sus padres le han pagado el viaje y de cuánto dinero le han dado para gastarse en él. Los celos de sus amigas se desatan cuando les cuenta que su padre le ha dado miles de libras y que ahora lleva encima gran parte de ese dinero porque pensó que sería divertido ver si en el aeropuerto descubrían que llevaba dinero escondido y cuánto. Pero eso no es lo único que me llama la atención porque, mientras ella sigue alardeando y contando su historia, me doy cuenta de que puede que me esté dando la respuesta a todos mis problemas.

Las amigas de la jactanciosa mujer claramente sienten envidia, aunque ellas no parecen proceder de entornos desfavorecidos, y una de ellas les sugiere que vayan a un casino y se gasten parte del dinero en una noche de diversión. Incluso exploran la idea de conocer a un caballero inglés rico como los que han visto en las películas, del tipo de Hugh Grant o Jude Law, que encandila con su acento elocuente y su sonrisa pícara. Pero la rica mujer les recuerda que tienen que madrugar, así que será mejor que duerman un poco, aunque les promete una noche muy salvaje en los clubs nocturnos de París cuando lleguen; todo a cuenta de su padre, por supuesto.

Con todo el dinero que tienen, me pregunto por qué han elegido quedarse aquí y no en un hotel de lujo, pero supongo que es para que, cuando vuelvan a casa y vean a sus amigos, puedan decir que han vivido la «verdadera experiencia mochilera», que no es posible si duermes en hoteles de cinco estrellas. Me parece bien y, mientras sigo tumbada de espaldas a las mujeres, oigo cómo se preparan para

irse a la cama antes de apagar la luz de la habitación.

Después de media hora, estoy segura de que todas están dormidas.

Me doy la vuelta despacio para mirarlas y veo sus siluetas en la oscuridad, tres cuerpos que descansan bajo las finas sábanas que acompañan a los delgados colchones que adornan las literas de este lugar barato. Tardo varios minutos más en armarme de valor para salir de la cama. Tras vestirme en silencio y recoger mis pertenencias, me siento preparada.

Todo lo que tengo que hacer ahora es ver si puedo encontrar algo del dinero que esa turista fanfarrona supuestamente tiene en su poder.

Acercándome con sigilo a la mochila que yace en el suelo junto a la cama de la mujer que creo que es la del padre rico, soy muy consciente de que mi plan se irá al traste si alguna de ellas se despierta y me pilla husmeando entre sus pertenencias. No solo se esfumaría mi oportunidad de quedarme con su dinero, sino que llamarían a la policía y, aunque huyera, ¿podría volver a escapar? Pero estoy desesperada, así que correré el riesgo. Abro despacio la cremallera de la mochila, meto con cautela la mano en el interior y tanteo en busca de cualquier cosa que me parezca dinero. Hay ropa de sobra, pero es cuando pongo las manos sobre el abultado sobre cuando creo que he encontrado lo que buscaba.

Lo saco con cuidado, echo un vistazo rápido al interior y veo billetes de veinte libras, que es todo lo que necesito para alejarme de puntillas de las mochileras dormidas y dirigirme hacia la puerta. Solo una vez fuera de la habitación miro bien dentro del sobre y veo cuánto acabo de conseguir.

Es mucho.

Pero sigue sin ser suficiente.

Con las tres mil libras de este sobre, sumadas a lo que me queda, aún me faltarán unas setecientas libras para llegar a la cifra que me dio Dimitri, pero no hay mucho más que pueda hacer para acercarme a ella, así que espero que esto sea suficiente.

Seguramente no rechazará todo este dinero, así que tengo intención de ir a su apartamento ahora y poner a prueba esa teoría.

Al salir del albergue y saber que nunca volveré, hay una parte de mí que se siente culpable por haberle robado el dinero a esa mujer. Pero, después de recordar lo mimada que estaba, mi compasión disminuye y, aunque es una suma considerable la que le he quitado, tengo la sensación de que bastará una llamada a su padre para reponer con rapidez los fondos que le faltan. Además, le he dado una valiosa lección que hará bien en recordar cuando siga viajando por Europa.

Protege mucho tus pertenencias cuando vivas en una habitación compartida con desconocidos.

Después de coger el metro hacia el norte de Londres, hago el resto del trayecto hasta el apartamento de Dimitri a pie. Cuando llego, es más de medianoche, y me pregunto si abrirá la puerta mientras aprieto el botón que hace sonar el timbre de su apartamento. Lo hace y, cuando le digo por el interfono que tengo su dinero, me deja entrar y, de repente, siento que mi sueño de poder empezar de nuevo con un nuevo alias y criar a mi hijo en paz ya no es tan imposible. Sin embargo, ese sueño se desvanece con rapidez cuando Dimitri me dice que aún me falta para llegar a sus honorarios y que no está dispuesto a reducirlos.

A menos que...

—No, ni hablar —le digo cuando me sugiere que vayamos a su dormitorio para «compensar la diferencia». Pero a Dimitri no le gusta la respuesta y se acerca a mí con aire amenazador para recordarme que es muy peligroso meterse con un hombre como él. Pienso en coger los documentos que me ha preparado y salir corriendo por la puerta, pero no será tan fácil como robar a esa mochilera americana. Voy a tener que ser inteligente.

Si no, puede que nunca salga viva de este apartamento.

—Vale, lo haré. Vamos al dormitorio —digo, tragándome mi orgullo y dándole al hombre que tengo delante la respuesta que quiere.

—Sabía que dirías que sí cuando hubieras tenido un momento para pensarlo —dice con una sonrisa de satisfacción mientras me señala con el dedo—. Estás demasiado desesperada para renunciar a tu oportunidad de libertad.

Dimitri se da la vuelta y se dirige al dormitorio, y yo lo sigo a regañadientes. Pero, cuando veo la cama, siento asco de este hombre y de su forma de hacer negocios. Casi siento el mismo asco cuando, tras ver un bate de béisbol apoyado en la puerta de su dormitorio, lo cojo y, aprovechando la única oportunidad de cambiar mi destino, golpeo a Dimitri en la cabeza con él y lo oigo gritar mientras cae al suelo.

El sonido del bate al chocar contra su cráneo ha sido repugnante, pero me siento igual de mal cuando pienso en lo que me ocurrirá si no salgo de aquí antes de que el hombre herido se recupere. Apenas puedo creer lo que acabo de hacer, aunque claramente había llegado a un punto de inflexión. Harta de ser mangoneada por los hombres, desde mi marido infiel hasta mi exnovio mentiroso, reacciono por instinto, retomando el control.

Pero esto aún no ha terminado.

Corro hacia la mesa del salón, donde están mis documentos falsificados, y mi corazón late con fuerza mientras los cojo junto con el dinero que acabo de pagarle. Luego, sin aminorar el paso ni un segundo, corro hacia la puerta, decidida a salir de aquí antes de que Dimitri se recupere, y mientras me llama con toda clase de nombres horribles, consigo salir de su apartamento mientras él aún se está recuperando del golpe que le he asestado.

Me pongo muy nerviosa cuando no encuentro la puerta que me lleva a la escalera y, a falta de una opción mejor, me veo obligada a pulsar el botón del ascensor. Es una espera muy tensa hasta que llega para llevarme de nuevo a la planta baja y, cuando entro en él, veo a Dimitri salir de su apartamento con la cabeza llena de sangre. Pero las puertas del ascensor se cierran justo antes de que pueda alcanzarme y, a pesar de que lo más probable es que baje por la escalera para intentar alcanzarme, llego a la planta baja antes que él. Una vez en la calle, puedo despistarlo fácilmente en la ciudad, ayudada por la oscuridad que acompaña a esta hora tardía.

Lo he conseguido. Tengo lo que necesito. Puedo empezar una nueva vida con una nueva identidad.

Eso significa que he hecho lo que tenía que hacer para ser la mejor madre posible para el bebé que llevo dentro.

¿No es eso todo lo que puede hacer una madre?

Por otra parte, la mayoría de las madres no dejan un rastro de muerte y destrucción a su paso, ¿verdad?

5

ALICE

En la actualidad

Abrumada por la presión que supone intentar ser la madre perfecta, he salido de casa y he dejado a mi bebé en casa con mi novio. Tomlin está con Evelyn y, aunque no le ha gustado que me vaya, le he dicho que tengo que hacerlo porque necesito un descanso. No le he mentido, pero él habría preferido que me quedara y que hubiéramos podido hablar. Él ve claramente que tengo problemas con el bebé y, si se saliera con la suya, me haría hablar de la posibilidad de que sufra depresión posparto. Por ahora, quiero evitar conversaciones difíciles de ese tipo, por eso me he ido de casa y me dirijo al centro de Arberness.

El pueblo es tranquilo, como siempre lo ha sido, a excepción de ese oscuro periodo de tiempo en el que se encontró el cuerpo de Drew en la playa y este lugar se llenó de policías y periodistas. A veces, esos días parecen muy lejanos, pero otras veces parece que fue ayer cuando Arberness se convirtió en el lugar del que más se hablaba en el Reino Unido. Me alegro de que estas calles vuelvan a estar tan poco pobladas como antes y, sin la presencia de coches de policía o furgonetas de los medios de comunicación aparcadas en los bordillos, se respira un ambiente mucho más relajado.

Sin embargo, aunque todo está tranquilo mientras me dirijo al centro del pueblo, me sigue pareciendo oír el llanto de Evelyn desde su cuna. Sé que no es posible, porque ahora hay suficiente distancia entre mi casa y yo como para que no se oiga, pero es casi como si oyera llantos fantasmas. Puede que se deba a que, al haber oído poco más que a mi bebé llorar a pleno pulmón durante las últimas

semanas, mi cerebro me está jugando una mala pasada y me hace oírlo incluso cuando en realidad no está ahí. Eso me confirma que definitivamente necesitaba un descanso, y el café matutino hacia el que me dirijo me está proporcionando la oportunidad ideal para conseguir esa pequeña escapada que tanto ansío.

Me dirijo al salón de la iglesia, donde se celebra el café semanal del pueblo, y me vendrá bien hacer algo que antes formaba parte de mi rutina. Aunque ya no soy la responsable de preparar la reunión y asegurarme de que las asistentes están bien atendidas, será agradable entrar y ver algunas caras familiares pertenecientes a las mujeres de este pueblo. Me encantaba organizar este acto todas las semanas, pero tuve que dejar de hacerlo cuando me metieron en la cárcel, y tardé un tiempo en volver a sentirme cómoda. Pensaba que la gente podría cotillear sobre mí, pero, por suerte, cuando volví a dar la cara, todo el mundo fue muy amable. Por eso me siento optimista cuando llego a la iglesia y entro para ver a algunas amigas.

Enseguida reconozco a algunas lugareñas y saludo con la mano a Dorothy y Ethel, dos amables mujeres que me ofrecen una cálida sonrisa antes de acercarse a ver cómo estoy. Me preguntan por Evelyn y me dicen que debo estar pasándomelo de maravilla como madre primeriza, así que finjo y les digo que sí, que es un sueño hecho realidad y que me encanta cada minuto. Luego me preguntan cómo estoy, y sé que se refieren a mi estado de ánimo actual después de todo el drama que viví el año pasado con Fern.

—Estoy bien —miento—. Ha sido duro, pero ahora todo es un poco más fácil.

—No puedo imaginar lo difícil que ha sido para ti, y además con un bebé —dice Dorothy.

—Debes ser Superwoman —añade Ethel, una afirmación que debería hacerme sentir mejor conmigo misma, pero que en realidad solo me hace sentir peor, porque sé lo lejos que está de la verdad.

—No sé qué decir sobre eso, pero estoy avanzando —digo con una sonrisa falsa.

Ojalá lo creyera. Mientras miro a mi alrededor, me asalta el recuerdo de la vez en que Fern vino aquí haciéndose pasar por una nueva residente en el pueblo que buscaba hacer amigas. Tener que entablar conversaciones triviales con la mujer con cuyo marido tenía una aventura fue doloroso y odié cada segundo, pero ahora odio aún más el recuerdo de aquel día porque, en retrospectiva, sé que Fern solo estaba jugando conmigo. Sin que yo lo supiera en aquel momento, ella sabía muy bien quién era yo y lo que había estado haciendo con su marido; su presencia aquí y su amistad conmigo formaban parte de su plan. Ese plan consistió en invitarnos a mí y a mi marido a cenar a su casa, y esa insoportable cena también perdurará en mi memoria. Fern era lista y me engañó, igual que engañó a otras personas durante mucho tiempo, sobre todo a la policía, y estar aquí solo sirve para recordarme a esa mujer y los engaños que llevó a cabo en este pueblo.

A menudo me he preguntado si ha sido una mala idea quedarme aquí, en este lugar lleno de recuerdos de mi sombría historia. Pero he estado demasiado agobiada para añadir una mudanza a mi lista de tareas pendientes, y ese estrés adicional en mi vida probablemente sería la gota que colmase el vaso, así que me he quedado aquí. Pero una cosa es segura: mientras esté en Arberness, los fantasmas del pasado seguirán persiguiéndome.

Mientras me sirvo una taza de café y tomo asiento en una de las sillas de plástico dispuestas en círculo, me arrepiento de haber venido; quizá no estaba preparada para esto. Me arrepiento aún más cuando veo junto a quién me he sentado. Porque a mi izquierda está Agatha, una mujer que nunca ha sido un alma alegre. Recuerdo que se sentó junto a Fern el primer día que la mujer del médico acudió a esta reunión, pero, si la memoria no me falla, Fern pasó gran parte de aquel encuentro mirando en mi dirección. En aquel momento, pensé que era porque yo era la única mujer en la sala de edad similar a la suya, así que debió pensar que yo era más válida para una nueva amistad que otras asistentes al café matutino cuya edad era mayor. Ahora sé que me observaba porque me veía como el enemigo y, como dice el viejo refrán, «mantén a tus amigos cerca, pero a tus enemigos más cerca aún». Justo cuando me preparo para lo que probablemente será una aburrida conversación con Agatha, veo quién ocupa la silla vacía a mi derecha. Es Audrey, otra cara

conocida, pero también alguien cercana a Fern cuando vivía aquí.

¿Cómo de cercana era en realidad?

Era su vecina de al lado.

Consigo zafarme educadamente de la conversación con Agatha y me dirijo a Audrey. Cuando se da cuenta de que estoy aquí, veo que se entristece. Pero no quiero compasión ni lástima, porque ya me siento bastante mal como para que me hagan sentir aún más víctima. Así que, antes de que me pregunte cómo estoy, se lo pregunto yo a ella. He oído que le costó aceptar el hecho de haber vivido tan cerca de una mujer que resultó ser una asesina en serie. Audrey también estuvo en la casa de Fern y se tragó su farsa, y un roce tan cercano con un monstruo puede acabar teniendo un profundo impacto en la salud mental de una persona. Yo debería saberlo.

—Estoy bien, querida. He dejado atrás todo ese terrible asunto y me niego a dejar que lo que hizo esa mujer me impida disfrutar de este pueblo y los maravillosos recuerdos que hice aquí antes de que ella llegara.

No dejo de detectar el énfasis que pone en la palabra «ella» y no tengo ningún problema con ello, porque el desdén que Audrey siente por Fern es música para mis oídos.

—¿Cómo estás? —pregunta Audrey, y acabo siendo más sincera con ella que con los demás.

—Es duro. Siento que no puedo relajarme hasta que la hayan atrapado —admito.

—¿Te ha dado la policía alguna novedad?

—No. Ha habido algunas pistas falsas, pero nada más.

—Es vergonzoso. ¿Qué están haciendo?

—No lo sé.

Audrey está tan enfadada como yo por el hecho de que Fern siga en

libertad, puedo verlo por la forma en que sus ojos azules se entrecierran mientras habla y las arrugas de su rostro se acentúan aún más.

—Esa mujer es un peligro para el público en general y, cuanto antes la encierren, mejor —prosigue Audrey—. Pensar que ya podría haberse infiltrado en alguna otra comunidad y estar haciendo daño a los demás... Me pone enferma.

—A ti y a mí —digo, antes de dar un sorbo a mi café. La cafeína me ayuda un poco a mejorar mi humor, aunque sé que no hay cantidad en el mundo que pueda ayudarme a pasar otra noche en vela con Evelyn. He venido aquí para olvidarme de mi duro trabajo en casa, así que me concentro en disfrutar de la mañana, cosa que me parece estar haciendo bastante bien hasta que suena el teléfono. Miro el identificador de llamadas. Cuando veo quién es, salto de mi asiento y, tras excusarme, corro hacia el borde de la sala para responder desde donde puedo hablar sin que me oigan las demás mujeres.

—¿Qué pasa? ¿Has encontrado algo? ¿Está en Southampton? —pregunto en voz baja al hombre al otro lado de la línea.

—No del todo. Solo te llamo para ponerte al día. Por desgracia, la mujer que sospechaba que era Fern no es ella.

—¡Maldita sea! —grito. Y, a pesar de planear bajar la voz, acabo estallando y todas las mujeres sentadas en círculo al otro lado de la sala me oyen.

Levanto una mano en señal de disculpa mientras todas me miran con expresión de preocupación en sus rostros antes de que yo vuelva a centrarme en la llamada.

—Esto ha sido una pérdida de tiempo. No estás obteniendo resultados, así que no te enviaré más dinero. Olvídalo.

Cuelgo antes de que el hombre tenga oportunidad de replicar y, por un segundo, me dan ganas de tirar el teléfono al suelo. Pero eso solo atraería aún más atención sobre mí, y teniendo en cuenta que todas siguen mirándome, probablemente debería intentar calmarme.

—Lo siento —digo mientras vuelvo a tomar asiento. Quizá porque todas conocen mi turbulento pasado, nadie se atreve a pedirme detalles sobre el motivo de la llamada. Menos mal, porque prefiero no decirlo.

Prefiero no decirles que contraté a un investigador privado para que localizara a Fern y que he tenido que despedirlo porque no estaba obteniendo resultados.

Mientras se reanudan las múltiples conversaciones a mi alrededor, pienso en que me he gastado más de dos mil libras en investigadores desde que dejé de esperar a que la policía encontrara a Fern y tomé cartas en el asunto. Un dinero que podría haber gastado en mí, en mi bebé, en mi casa o incluso en unas vacaciones para salir de Arberness por un tiempo. En lugar de eso, se lo he transferido a una persona que me prometió que encontraría a Fern y me ayudaría a llevarla ante la justicia cuanto antes; pero, a pesar de los esfuerzos que ha hecho, Fern sigue oculta. La última vez que hablé con el investigador al que acabo de despedir, me dijo que se dirigía a Southampton para seguir una pista, pero, una vez más, se ha quedado en nada. No estoy segura de cuánto dinero más quiero invertir en esta frívola y, hasta ahora, infructuosa persecución de la mujer que me hizo daño. Si la policía hiciera su maldito trabajo, no tendría que contratar a nadie, pero aquí estoy, desesperada y haciendo todo lo que puedo para detener a Fern. Aunque estoy descubriendo por qué la policía no ha hecho ningún avance en la búsqueda de Fern. Es muy escurridiza, y como he visto con Tomlin, a veces, simplemente esforzarse al máximo para conseguir el resultado deseado no significa que en realidad puedas conseguirlo.

Estoy tan ensimismada en mis pensamientos que no me doy cuenta de que la reunión ha terminado hasta que Audrey me da un ligero golpecito en el hombro y me pregunta si estoy bien. Le digo que sí antes de excusarme y marcharme. Mientras camino hacia la puerta, me dice que le dé un abrazo a Evelyn de su parte.

Le digo que lo haré, pero no es cierto.

No quiero pensar en casa hasta que llegue.

Temo volver allí y escuchar el llanto de Evelyn.

Necesito un descanso de todo esto. Me siento atrapada.

Me pregunto si Fern siente lo mismo.

Viviendo a la fuga, seguramente tiene que hacerlo.

6

FERN

Después de otra noche inútil intentando adivinar la contraseña de la cuenta bancaria de Drew en el extranjero, y otra noche de sueño interrumpido gracias a que Cecilia me despertó haciendo todo tipo de ruidos extraños en su cuna, esperaba poder tener hoy un día relajado. Mi plan era quedarme en casa todo el día, dormir la siesta cuando pudiera y, en general, pasar desapercibida. Como suele ocurrir con un bebé, los planes cambian con regularidad, y por eso, en lugar de quedarme en mi piso, me estoy preparando para salir de nuevo.

Pero no será una salida divertida.

Tras notar que Cecilia estaba caliente esta mañana, he estado controlando su temperatura durante las últimas horas y parece que está subiendo. Una llamada rápida a la consulta del médico local me ha servido para que me digan que es probable que no sea nada, pero que, si estoy preocupada, puedo llevar a mi bebé para que le hagan un chequeo rápido. Dudo que sea la primera madre que opta por lo seguro en lugar de dejarlo y arriesgarse, así que dije que llevaría a Cecilia para que la examinaran. A pesar de no querer ir, sé que tengo que ir sobre seguro y hacer que revisen a mi hija, por si está enferma y necesita medicación.

Por desgracia, una visita al médico significa otra oportunidad para que se descubran mis mentiras y mi verdadera identidad. Me digo que aquí nadie ha dudado de mí hasta ahora, así que hoy todo irá bien. Con suerte, el médico no me hará demasiadas preguntas y se concentrará en atender lo mejor posible a Cecilia y, crucemos los dedos, será una cita de cinco minutos y estaré de vuelta en casa antes de que pueda darme cuenta.

Al salir de mi piso, rezo para que Victoria no salga a saludarme, porque se me está haciendo tarde y tengo que estar en el médico dentro de diez minutos, a pesar de que está a unos veinte minutos andando desde aquí. Por suerte, no hay ni rastro de ella. Lo que sí hay son numerosas latas de cerveza vacías y colillas de cigarrillos tiradas por el suelo frente a mi puerta; parece que algunos jóvenes se divirtieron anoche aquí, sentados bebiendo y fumando y, en general, descuidando aún más esta zona. Anoche oí a algunos de ellos tocando música poco después de medianoche, pero no me atreví a salir a pedirles que bajaran el volumen. Sé que una de mis vecinas lo intentó una vez, porque la oí gritarles que fueran más respetuosos, pero la única respuesta que obtuvo fue que arrojaron un montón de huevos a la puerta de su casa, lo que me hizo pensar que era mejor dejarles tranquilos.

Empujo el cochecito hasta la modesta consulta del médico, charlando con Cecilia mientras avanzo porque he leído en Internet que conversar con el bebé favorece su desarrollo, aunque es obvio que a estas alturas no me dice gran cosa. Cecilia no es la de siempre y no me sonríe ni se ríe por el camino, lo que me hace estar aún más preocupada cuando llego al médico y le comunico nuestra presencia a la recepcionista.

Después de sentarme en la tranquila sala de espera, intento mantener a Cecilia ocupada lo mejor que puedo, pero también intento mantenerme ocupada yo porque, en un entorno como este, es imposible no acordarse de Drew. Como médico estimado, este era su hábitat natural, un lugar donde los ciudadanos de a pie traen sus preocupaciones de salud y rezan para que una persona con conocimientos y experiencia médica pueda decirles que todo va a ir bien. La gente pone su vida en manos de los médicos a diario en todo el mundo, y su destino se decide por una multitud de opciones, ya sea la emisión de una receta, un diagnóstico amistoso de que el nuevo síntoma no es motivo de alarma o, lo que es más preocupante, una derivación urgente a un especialista para una investigación más a fondo. Como a la mayoría de la gente, nunca me han gustado las visitas al médico, ya que mi cabeza suele llenarse irracionalmente de todo tipo de visiones aterradoras en las que me diagnostican alguna enfermedad mortal y me dicen que no llegaré a mi próximo cumpleaños, aunque los síntomas que presente

parezcan estar respondiendo a antibióticos suaves. Intento ser práctica, pero es imposible no dejar que la paranoia se apodere de mí, y ahora tengo que preocuparme por alguien más. Imagino que Cecilia tiene una fiebre tropical que solo uno de cada un millón de bebés contrae y que, en cualquier momento, el médico va a llamar a una ambulancia. Siendo realistas, eso no va a ocurrir, y sé que la mayoría de los pacientes que acuden a la consulta de su médico de cabecera se encuentran perfectamente. Lo sé porque Drew me lo dijo. Tuvo que atender a miles de personas durante su larga y distinguida carrera como médico, y a veces me comentaba que la mayoría le habían hecho perder el tiempo cuando fueron a verlo.

«Otro día lleno de diversión con un puñado de hipocondríacos», era un comentario que Drew hacía de vez en cuando al llegar a casa del trabajo, dejar caer su maletín, desabrocharse la corbata con cansancio y abrir la nevera en busca de una cerveza fría. Aunque a veces aparentaba que no disfrutaba con su trabajo, sé que en realidad le encantaba. Porque tenía algo que ninguno de sus pacientes tenía cuando iban a verlo.

Tenía poder.

Podía tranquilizarlos con una cálida sonrisa y una amable explicación de una dolencia médica común, y sé que disfrutaba ejerciendo ese poder. Sin duda lo disfrutaba en las cenas, en las que lo veían como un hombre importante e inteligente cuando las personas se enteraban de a qué se dedicaba. El poder de su trabajo se extendía más allá de su oficina hasta la sociedad, colocándolo en lo más alto de la jerarquía en muchas situaciones. No era el único que disfrutaba de ese poder, porque a mí también me gustaba.

Deleitarme con el respeto que una profesión tan noble nos granjeaba tanto a mí como a mi marido era algo que me gustaba hacer, ya fuera en un evento ostentoso o cuando respondía preguntas sobre mi matrimonio mientras hacía algo tan sencillo como contratar una póliza de seguros. El elevado título de Drew también me elevaba a mí, me permitía ascender a un peldaño más alto de la escala social, y aunque también me aseguraba de no convertirme nunca en una snob ni mirar a los demás por encima del hombro, disfrutaba del aire de distinción que me rodeaba al tener a mi lado a un hombre tan exitoso como Drew.

Ser la mujer de un médico cuando las cosas iban bien.

Qué tiempos aquellos.

Por desgracia, esos días han quedado atrás y, cuando el médico que nos atiende hoy pronuncia el nombre de Cecilia, me levanto de mi asiento y llevo a mi hija para que le hagan una de las primeras revisiones de su vida, pero no la última.

Este médico no es tan guapo como lo era Drew, ni tan elegante con el estetoscopio colgado del cuello, ni tan imponente como mi difunto marido cuando se pone delante de mí y sonríe. Parece bastante agradable aunque, en realidad, lo único que me importa es si puede decirme si la temperatura que tiene mi hija es preocupante o no.

—Vamos a hacer un pequeño chequeo, ¿de acuerdo? —me dice el doctor Morgan después de haberme hecho colocar a Cecilia en la camilla de la esquina de su consulta. Mientras comprueba su temperatura, retrocedo para dejarle el espacio que necesita para trabajar. Pero, mientras estoy aquí, no puedo evitar tener un horrible recuerdo de otra consulta médica como esta y de otra camilla en un rincón de la consulta. Porque fue en la consulta de Drew en Arberness donde lo oí haciendo el amor con Alice. Ese fue el momento en el que descubrí que había retomado su aventura, lo que me llevó a poner en marcha mi plan de venganza extrema.

¿Quién sabe qué habría pasado si aquella noche no hubiera ido al lugar de trabajo de mi marido a ver cómo estaba? Tal vez las cosas podrían haber sido diferentes. Drew podría estar vivo ahora. Probablemente yo no estaría viviendo aquí, en Cornualles, con un nombre falso y esperando que este médico no indague demasiado en mi historial médico después de terminar de examinar a mi hija. La vida podría haber sido muy diferente. Pero lo hecho, hecho está, y teniendo en cuenta que he salido de todo esto con una hija preciosa, no me gustaría cambiar nada que pudiera afectar a eso.

—¿Teresa?

El médico me saca de mi ensoñación y trata de llamar mi atención.

—Lo siento. ¿Qué?

—Solo decía que no creo que sea nada de lo que preocuparse. Vigílala y asegúrate de que esté bien hidratada, pero creo que estará bien.

—Oh, vale. ¡Genial!

Me parece bien y, cuando el doctor Morgan se aparta de la camilla, me apresuro a coger a Cecilia antes de que se ponga demasiado quisquillosa por estar tumbada. En lugar de dar por terminada la cita, el doctor se centra en mí.

—Así que el bebé está bien. ¿Cómo está la mamá? —me pregunta, y aunque es una pregunta amable y sincera, me pongo nerviosa porque no he venido aquí a hablar de mí misma.

—¿Yo? Oh, estoy bien, gracias —respondo antes de girarme hacia la puerta.

—¿Hay algo de lo que quieras hablar?

—¿Perdón?

Me congelo antes de llegar a la puerta. ¿Qué quiere decir con eso?

—Ser madre primeriza es duro. Me preguntaba cómo te iba y si necesitabas hablar. Contrariamente a la opinión popular, los médicos nos preocupamos por la gente.

El doctor Morgan se ríe de su propio chiste. Me fuerzo a sonreír, pero sigo sintiéndome muy incómoda. Por eso quería quedarme en mi piso todo el día. Nadie puede intentar que me abra si estoy sola.

—Estoy bien, gracias —le digo—. Quiero decir, estoy cansada y un poco estresada, pero no es nada que no pueda manejar. Ya sabía que tener un bebé no sería un paseo por el parque.

—Bueno, aun así, mi puerta está siempre abierta si quieres charlar. Sé que toda tu atención está en Cecilia, lo cual es natural, pero no olvides cuidarte tú también. Lo más importante que puede tener tu hija mientras crece es una madre feliz.

Agradezco de nuevo al doctor sus amables palabras y me relajo un poco; veo que solo está siendo amable y que no está indagando en mis antecedentes porque sospeche que soy una fugitiva. Después me marcho, y no es hasta que estoy de nuevo en la calle con Cecilia en su cochecito cuando puedo relajarme un poco más, mi ritmo cardíaco disminuye y esa opresión en el pecho que ya me resulta familiar se reduce. Es duro, pero creo que nunca habrá un momento en el que no me preocupe que alguien me descubra. Sé que eso va a hacer que me resulte imposible volver a tener una conversación sincera con otra persona, pero así es como debe ser.

Soy consciente de que las cosas podrían ser más fáciles para mí fuera de Inglaterra, donde es probable que menos gente conozca mi historia y esté pendiente de encontrar a la temida mujer del médico. Aunque una cosa es pensar en irse al extranjero y otra es llegar allí. De momento, no me he planteado arriesgarme en el control fronterizo e intentar huir al extranjero. Pero es una opción, aunque peligrosa, y es algo que podría hacer cuando Cecilia sea un poco más mayor y sienta que no necesito tanto los servicios sanitarios gratuitos de este país. Pero, por supuesto, puede pasar de todo y puedo verme en la necesidad en cualquier momento, así que nunca digas nunca.

De camino a casa, me acuerdo de que me vendría bien comprar un par de paquetes más de pañales porque los que tengo en casa empiezan a escasear, así que paso por el supermercado. También pienso que los diez minutos extra que estaremos fuera del piso no le vendrán mal a Cecilia, que empieza a dormirse en su cochecito mientras lo empujo.

Encuentro los pañales que necesito en el pasillo cuatro y los dejo en la cesta que cuelga de uno de mis brazos. Estoy a punto de seguir caminando cuando me doy cuenta de que un hombre me observa al otro lado del pasillo. Aparta la mirada con rapidez cuando ve que le he pillado espiándome, y eso solo hace que desconfíe más de él. Decido ponerme en marcha lo antes posible, camino en dirección contraria a él y me dirijo a otro pasillo en dirección a las cajas de la parte delantera de la tienda. Pero al llegar allí, vuelvo a ver al hombre al final de otro pasillo y sigue mirándome, lo que empieza a disparar mi paranoia.

¿Sabe quién soy? ¿Me ha estado siguiendo? ¿Es un policía encubierto? ¿Me esperan fuera el resto de sus colegas? ¿Me van a detener en cuanto ponga un pie fuera del supermercado y tendré que ver cómo se llevan a Cecilia mientras me meten en una furgoneta y me llevan directamente a la cárcel?

Mis palmas sudorosas me hacen perder el agarre de la cesta que llevo, pero que se me caiga la compra es la menor de mis preocupaciones mientras contemplo cómo este puede ser mi final.

—Hola, ¿puedo ayudarla?

La pregunta de la sonriente empleada que atiende la caja me obliga a hacer algo que no sea soñar despierta con escenarios aterradores: coloco los pañales en la cinta transportadora para que ella los escanee por mí. Mientras lo hace, miro en dirección al hombre misterioso, pero ya no lo veo.

¿Dónde se ha metido?

Miro a mi alrededor y no lo encuentro, y tengo que dejar de buscar y sacar el monedero cuando la empleada me dice cuánto le debo.

Echo mano de mi escaso dinero y pago los pañales, los meto en una bolsa de la compra y los guardo en la cesta que hay en la parte inferior del cochecito. Después de echar un vistazo a mi alrededor para asegurarme de que ese hombre ya no me observa, me dirijo a la salida lo más rápido que puedo.

Tal vez no era nada. Tal vez era un don nadie. Con suerte, estaré bien.

Entonces salgo del supermercado y veo que el hombre me está esperando.

—Hola —dice, y todos los músculos de mi cuerpo se tensan mientras espero a que me llame por mi verdadero nombre y me diga que se acabó el juego.

Tras no responderle, el hombre mira a Cecilia antes de volver a hablar.

—Perdona, no suelo hacer esto, y veo que estás ocupada. Solo me preguntaba si te gustaría ir a tomar algo alguna vez.

Espera, ¿qué? ¿Ya está? ¿Me está pidiendo una cita? ¿Todas esas miradas eran solo para intentar armarse de valor y venir a hablar conmigo?

—¿Perdón?

—¿Una copa? O un café, si no puedes conseguir una niñera. Lo que sea más fácil. Solo pensé que tal vez, si quieres, podríamos vernos alguna vez.

Vaya, es solo un hombre pidiéndome una cita. A mí, que estoy cansada y voy corriendo de un lado a otro. Es ridículo que me encuentre atractiva en mi estado actual, pero es preferible a que sea un agente de policía y sepa quién soy en realidad.

—Lo siento. Ahora mismo no tengo tiempo para nada de eso —digo antes de sonreír amablemente y empujar el cochecito, dejando al desafortunado enamorado en la puerta del supermercado.

Solo cuando vuelvo al piso puedo reírme del hecho de que alguien haya intentado ligar conmigo mientras estaba comprando pañales con un bebé a cuestas. Sin embargo, la risa se desvanece pronto cuando recuerdo que, para mí, las citas, las relaciones e incluso la diversión en general probablemente estén descartadas durante mucho tiempo, si no para siempre. Eso es suficiente para que deje de reír y, aunque Cecilia no ha llorado desde hace unas horas, creo que estoy a punto de derramar suficientes lágrimas por las dos.

Esa breve interacción con el valiente hombre que quería una cita conmigo es la prueba de que no soy como los demás. No puedo hacer las cosas que ellos hacen. No soy normal y nunca lo seré.

La vida que tenía se acabó.

La vida que me queda nunca podrá considerarse plena.

7

ALICE

Mientras se pone el sol y se acerca otra noche potencialmente agitada, me alegro de que Tomlin esté aquí para ayudarme con Evelyn. Llevo de muy mal humor desde que despedí a mi investigador privado por la falta de avances en la búsqueda de Fern, y por eso no puedo afrontar quedarme sola cuidando de un bebé. Mi novio no tiene ni idea de que he contratado a un detective privado, así que supone que mi mal humor se debe a que estoy demasiado cansada, lo cual también es cierto. Puede que haya hecho bien en ocultarle un secreto a un detective, sobre todo a uno que vive en la misma casa que yo, pero quizá no. Tomlin está casi tan privado de sueño como yo y, teniendo en cuenta que además de encargarse de mis problemas y los de Evelyn su trabajo lo tiene muy ocupado, cabe decir que no le queda mucha capacidad para descubrir que he estado haciendo algo a sus espaldas.

Pero no es solo él quien no sabe de mi reciente afición por los investigadores privados. No le he contado a nadie que he estado pagando un buen dinero a supuestos expertos para que localicen a la mujer que me inculpó de asesinato porque tengo la sensación de que, en el mejor de los casos, intentarían disuadirme y, en el peor, pensarían que tengo una peligrosa obsesión por vengarme y que no estoy actuando de forma sana. Últimamente he probado varios investigadores privados y ninguno me ha ayudado, a menos que por ayudar me refiera a que solo han aumentado mi estado general de angustia y frustración. Pero, mientras vuelvo a reproducir en mi cabeza aquella conversación telefónica en la que mi inútil investigador privado me dijo que Southampton había resultado ser un callejón sin salida, no me concentro en lo que estoy haciendo, y por eso casi acabo metiendo a Evelyn en una bañera llena de agua hirviendo.

—¿Qué haces? Está demasiado caliente —grita Tomlin, extendiendo un brazo e impidiendo que los pies de Evelyn entren en contacto con el agua que acabo de verter.

De repente, salgo de mi ensoñación y me doy cuenta de que tiene razón. Tenemos un patito de goma amarillo que ponemos en la bañera y, aunque parece un juguete bonito, también sirve de termómetro, ya que indica la temperatura del agua y nos ayuda a mantenerla a treinta y siete grados, la temperatura recomendada para los bebés. Un poco más y Evelyn podría quemarse; como no estaba muy atenta a lo que hacía, no había visto que el patito de goma parpadeaba en rojo y que la temperatura del agua ya superaba los cuarenta grados.

Mientras Tomlin me mira, sin duda intentando averiguar por qué no estoy concentrada y por qué casi meto a mi hija en un agua tan caliente que podría escaldarle la piel, sacudo la cabeza y me disculpo.

—Lo siento —es todo lo que puedo murmurar. Y, cuando Evelyn empieza a llorar, presumiblemente porque se está enfriando porque está sin ropa, Tomlin me la quita y me dice que ponga más agua fría en la bañera.

Lo hago, no porque siga sus órdenes a ciegas, sino porque es lo que hay que hacer en esta situación. Cuando baja la temperatura del pato, Evelyn puede meterse en la bañera. Una vez dentro, deja de llorar y parece contenta sentada en el agua poco profunda, con los ojos fijos en el patito de goma, que ahora ha vuelto a su color amarillo normal y seguro. Yo no me siento tan contenta como mi hija, porque este ha sido un ejemplo más de que soy una madre inútil. ¿Quién sabe qué habría pasado si Tomlin no hubiera estado conmigo para darse cuenta del error que estaba a punto de cometer? Odiando lo inútil que parezco ser en esto de la maternidad, temo —no por primera vez— que mis experiencias pasadas puedan ser también culpables de este problema. El desgaste mental y físico que me han causado las mentiras de Fern me ha convertido en una sombra de mí misma. ¿Podría ser que mi incapacidad para funcionar correctamente esté destruyendo mis posibilidades de ser una buena madre? Imagino que una de las mejores cosas que una madre puede hacer por su hijo es estar

presente, pero yo estoy lejos de eso; estoy perdida en un millón de preocupaciones cada día y soy incapaz de centrarme en lo bueno —mi hija— porque solo puedo ver lo malo en términos de lo que me hizo la mujer de ese médico.

Miro a Tomlin mientras se arrodilla a mi lado, pero él no me mira. Está demasiado ocupado lavando a Evelyn y haciéndole carantoñas, lo que me hace sentir aún más inútil porque, en lugar de hacer lo mismo, vuelvo a perderme en mis pensamientos ansiosos. Por eso decido excusarme de esta situación para intentar despejarme en otro sitio, un hábito que adquirí cuando nació Evelyn porque es lo único que parece haberme funcionado, al menos durante un breve periodo de tiempo.

Tomlin me dice que me vaya a acostar y que él preparará a Evelyn para irse a la cama. Eso suena como música para mis oídos, así que me dirijo al dormitorio antes de desplomarme de puro agotamiento, con la cabeza sobre la suave almohada y el cuerpo dolorido pronto cubierto por el cálido edredón. Cargar tanto a Evelyn durante el día está causando estragos en mi espalda, una parte de mi cuerpo que ya estaba sufriendo después de llevar tanto peso durante la última etapa del embarazo. Sospecho que en algún momento tendré que ir al quiropráctico, pero antes necesito dormir bien. Con la ayuda de Tomlin, puede que lo consiga.

Al menos eso es lo que creo hasta que oigo sonar su teléfono.

Mi cuerpo se enfría al instante al oír el tono de llamada porque lo reconozco enseguida y sé exactamente qué teléfono es el que está sonando. No es el suyo personal, es su móvil del trabajo, y eso solo puede significar una cosa. Por supuesto, estoy en lo cierto, porque cuando oigo a Tomlin decir que esta noche no es una buena noche y preguntar si no hay otra persona que pueda hacerlo en su lugar, ya sé lo que se avecina.

Lo han llamado del trabajo de forma inesperada.

Eso significa que me voy a quedar sola con Evelyn.

Oigo a Tomlin terminar la llamada y sé que es cuestión de tiempo que entre aquí y me cuente la conversación que acaba de tener con

uno de sus superiores en comisaría, pero, hasta entonces, intento aprovechar al máximo los últimos momentos de paz que tengo. Mi cuerpo agotado no quiere moverse de esta cama cálida y cómoda, pero pronto no tendrá más remedio porque, en lugar de dormir cinco o seis horas como esperaba, ahora tendré que levantarme varias veces durante la noche para alimentar y calmar a Evelyn. ¿Cómo demonios lo hacen las madres solteras? No puedo ni imaginarme el desgaste diario de su mente y su cuerpo, pero sí sé una cosa.

Debe ser el trabajo más duro del mundo.

Cuando Tomlin aparece en la puerta de la habitación con mi bebé en brazos, parece tan nervioso como me siento yo. La expresión de su amable rostro no hace más que empeorar mis sentimientos, porque veo que se siente incómodo al dejarme sola cuidando de Evelyn. Para él es obvio que lo estoy pasando mal, y por eso ha intentado hacerme la vida más fácil ayudándome tanto, pero no puede hacer mucho por mí mientras está en el trabajo.

—Me acaban de llamar —dice en voz baja.

—Lo sé. Te he oído hablar por teléfono.

—Ha habido un incidente en Carlisle. Necesitan ayuda extra.

—No pasa nada. Vete.

—¿Estarás bien? —pregunta Tomlin, nervioso, dando muestras de su propio cansancio al pasarse una mano por la cara antes de sofocar un bostezo. Últimamente lo he visto reprimir muchos bostezos y supongo que lo hace porque se siente mal por mostrarme lo cansado que está cuando sabe que yo debo sentirme mucho peor.

—Estaremos bien —le digo antes de obligarme a salir de la cama y decirle que me traiga a Evelyn. Está envuelta en una toalla después del baño y hay que vestirla, darle de comer y hacerla eructar antes de que se me ocurra intentar que se duerma, así que eso me dice que me espera una hora de trabajo por lo menos antes de que pueda volver a tumbarme. Lo que daría por estar en la situación de mi novio ahora mismo. Dentro de un momento saldrá de casa, se subirá

a su coche y se marchará, y pasará las próximas horas rodeado de otros adultos haciendo cosas de adultos. Claro que el incidente en el que va a ayudar puede ser espantoso; ha visto muchas cosas horribles en su trabajo como detective. Si pudiera elegir, creo que me intercambiaría por él esta noche, solo por la desesperación de cambiar de aires. Pero eso no es una opción, y después de entregarme a Evelyn, Tomlin se pone rápidamente el traje, uno de sus muchos looks poco a la moda, y ya está listo para irse.

—Volveré en cuanto pueda —me dice, con esa mirada nerviosa aún en su rostro cansado cuando lo sorprendo observando cómo visto a Evelyn.

—Vete —le digo, repitiendo con cansancio lo que le he dicho la primera vez que me ha dicho que le han llamado, aunque estoy segura de que detecta el trasfondo de que no lo digo para convencerlo de que estaré bien, sino de que estoy completamente harta, pero no tengo otra opción. Se haya dado cuenta o no, Tomlin sale de casa y el sonido de la puerta cerrándose tras él es la señal de que vuelvo a estar sola.

—¿Vas a portarte bien con mamá esta noche? —le pregunto a Evelyn, consciente de que no puede responderme con palabras reales, pero con la esperanza de que el sonido de mi voz pueda al menos provocar una pequeña sonrisa o cualquier cosa que me haga sentir que mi hija me aprecia por todo el duro trabajo que estoy haciendo. Lo único que ocurre es que Evelyn se pone a llorar y permanece muy agitada hasta que consigo meterle un biberón en la boca y darle leche. Parece que es lo único que consigo hacer para calmarla, pero al menos está tranquila y, cuando acabo de darle el biberón, parece que se va a dormir.

Rezo en silencio a los dioses de la maternidad, meto a Evelyn en la cuna y espero que no se despierte pronto. Sorprendentemente, parece estar en paz, así que enseguida me meto yo también en la cama y rezo otra oración rápida, pidiendo al menos un par de horas de sueño hasta que mis deberes maternales vuelvan a reclamarme. Solo consigo dormir quince minutos, porque Evelyn se despierta y empieza a llorar, lo que me hace golpear el colchón con frustración antes de soltar un grito.

Lo que más desearía es tener la paciencia necesaria para tratar a mi hija de una forma más cariñosa y serena. ¿Es tan difícil para todos? Sean cuales sean mis circunstancias personales y las excusas que pueda poner sobre Fern, lo cierto es que lo único que Evelyn quiere es que su madre la cuide bien, y yo estoy fracasando estrepitosamente en ese aspecto. Me gustaría que Tomlin estuviera aquí para hacerse cargo de ella, pero está a varios kilómetros de distancia, así que ahora tengo dos opciones: puedo coger a Evelyn e intentar tranquilizarla o puedo salir de la habitación, cerrar la puerta tras de mí y darle a Evelyn la oportunidad de tranquilizarse. Si hiciera esto, podría bajar a la planta baja, donde todo es más tranquilo y, por tanto, más fácil. No la dejaría mucho tiempo, solo el suficiente para poder calmarme y recuperar un poco de energía para volver a empezar todo el proceso.

Dos minutos después estoy sentada en la cocina, con la radio puesta y una copa de vino sobre la mesa. Aún oigo un poco a Evelyn, pero la música ahoga casi todo su llanto y, aunque me siento culpable, el vino sabe bien y es lo único que me impide tener un ataque de nervios en este momento. Voy a darle unos minutos para que se calme y luego iré a ver cómo está.

Buscando más consuelo en mi teléfono, compruebo mis mensajes y, cuando lo hago, me sorprende pero me complace ver que tengo uno nuevo de una amiga: lo único positivo que salió de mi horrible experiencia en la cárcel.

El nombre que aparece en mi bandeja de entrada es el de Siobhan, la única reclusa de la que me hice amiga entre rejas, y las cosas han cambiado mucho desde que ambas pasábamos el día hablando mientras estábamos rodeadas de peligrosas delincuentes y celosos guardias. Cumplía condena por intento de asesinato de su antiguo jefe, pero, a pesar de ese hecho aterrador, fue amable conmigo y el único rayo de luz en ese lugar oscuro donde languidecí durante tanto tiempo antes de que se hiciera justicia y me pusieran en libertad. La propia Siobhan fue puesta en libertad justo antes que yo, y desde entonces está en Irlanda, donde intenta rehacer su vida, al igual que yo. Nos hemos mantenido en contacto con mensajes y tuvo la amabilidad de enviarme una tarjeta de felicitación cuando nació Evelyn. Ahora parece que Siobhan quiere dar un paso más

para demostrar lo mucho que sigue pensando en mí como amiga porque, después de leer su mensaje, me entero de que quiere venir a visitarme.

Me ha escrito que viene al Reino Unido a pasar unas cortas vacaciones y se pregunta si podría alojarla una o dos noches. Estoy encantada de decirle que sí. Le escribo una rápida respuesta y le digo que sería estupendo verla y que puede quedarse conmigo todo el tiempo que quiera. Me planteo brevemente consultárselo a Tomlin, porque ahora también vive aquí, pero no está. También soy consciente de que, dado su historial delictivo, a Tomlin no le hará mucha gracia que una mujer condenada por intento de asesinato entre en nuestra casa. Conozco a Siobhan mucho mejor que la policía, los fiscales y el jurado, y no es solo una mujer que infringió la ley una vez.

Es una amiga, y necesito todos los amigos que pueda tener en un momento como este.

Le devuelvo el mensaje a Siobhan, emocionada ante la perspectiva de verla en un futuro próximo. Pero eso es todo lo que me emociona; cuando termina la canción que suena en la radio, oigo que Evelyn sigue llorando en el piso de arriba.

Maldita sea, debería ir a ver cómo está. Antes de hacerlo, me pregunto si también debería escribir a mi novio. Sé que esta noche lo han llamado por un incidente, pero no sé de qué se trata y puede que necesite el aliento de un mensaje amistoso mío para animarse. Por eso le envío un mensaje rápido para decirle que espero que esté bien y que Evelyn y yo estamos deseando que llegue a casa. Es poca cosa, pero es mi pequeña forma de demostrarle que le aprecio y que valoro lo que ha hecho por mí y por mi bebé últimamente. Puede que no lo parezca la mayoría de las veces, sobre todo para el detective pisoteado, pero le estoy agradecida. ¿Es solo eso o también estoy enamorada de él? No estoy segura, aunque esa respuesta podría decirlo todo. Tomlin es de fiar, mucho menos imprevisible que Drew y mucho más práctico que Rory, mi difunto marido, que era leal aunque también tenía sus defectos. Sin embargo, no sé si siento una pasión intensa y un amor profundo por mi nuevo hombre. Pero ¿quién tiene tiempo para sentir algo así cuando está criando a un bebé?

Me siento mejor por haberle enviado el mensaje, pero él no contesta, sin duda está demasiado ocupado para eso.

Sin embargo, aunque él tenga sus problemas esta noche, yo también tengo los míos. Subo cansada a tranquilizar de nuevo a Evelyn.

8

TOMLIN

No es el viaje nocturno de Arberness a Carlisle lo que me preocupa, ni tampoco el hecho de que se suponía que esta noche no tenía que trabajar, pero he recibido una llamada inesperada para asistir a mis compañeros. Lo que de verdad me preocupa y me hace agarrar el volante con más fuerza de la necesaria es mi ansiedad por Alice y su vínculo con el bebé, o mejor dicho, la falta de vínculo.

Mientras recorro esta tranquila carretera del norte de Inglaterra y paso por delante de casas cuyos los residentes duermen, espero que Alice y Evelyn también estén durmiendo, aunque es poco probable. Me fastidia que me hayan llamado esta noche porque era una oportunidad para dejar descansar a Alice mientras yo cuidaba del bebé, pero, tal y como están las cosas, mi trabajo se ha interpuesto en mi camino. No es la primera vez que mi vida profesional interfiere con la personal, pero no hay muchos detectives que puedan disfrutar de un equilibrio entre trabajo y vida privada. Tampoco hay muchos detectives que consigan mantener su trabajo después de cometer tantos errores, así que supongo que debería estar agradecido por seguir teniendo un empleo remunerado.

A pesar de esforzarme siempre por hacer el mejor trabajo posible y de representar con orgullo al cuerpo de policía, a lo largo de mi carrera me he equivocado en algunas cosas. Puede que no lo parezca, teniendo en cuenta que he ascendido al puesto de detective, pero no soy perfecto en mi trabajo. Aunque ¿alguien lo es? No soy el único que comete errores en este tipo de trabajo, pero, por desgracia para mí, mis errores han acabado siendo muy sonados, lo que significa que hoy en día mi reputación a menudo me precede. En lugar de entrar en una escena del crimen y ser conocido como el tipo que puede resolver cualquier caso, ahora soy

conocido como el tipo que metió la pata en la mayor investigación que esta parte del Reino Unido ha visto en bastante tiempo.

Ya fue bastante malo que ayudara a enviar a una mujer inocente a la cárcel, cayendo por error en la astuta trama de Fern y declarando a Alice culpable del asesinato de Drew. Pero, incluso cuando me di cuenta de mi error y traté de rectificarlo, fui incapaz de detener a Fern y, mientras siga en libertad, se me conocerá como el detective que la dejó escapar bajo su vigilancia. Un caso tan importante como ese podría haber impulsado mi carrera, pero en lugar de eso la ha hundido, y ya no me veo progresando en mi profesión. He hecho lo posible por conservar el trabajo que tengo y, aunque sigo intentando hacer todo lo que puedo, el hecho de que esa capacidad haya sido puesta en duda por los ciudadanos, los medios de comunicación y algunos de mis propios colegas es irritante.

Nadie quiere ser el detective que se equivocó, pero ese soy yo.

Con todo lo que ha pasado antes, no es de extrañar que la gente se sorprendiera cuando se enteraron de que mantenía una relación con la mujer inocente a la que ayudé a enviar a la cárcel por error. Lo ideal habría sido mantener mi vida amorosa en secreto, pero había pocas posibilidades de hacerlo porque siempre ha habido uno o dos periodistas merodeando por Arberness en busca de una historia desde que Fern Devlin lo convirtió en uno de los lugares más interesantes para una primicia periodística. Así fue como Alice y yo acabamos siendo fotografiados juntos por primera vez mientras paseábamos con Evelyn por la playa hace un par de semanas. Decir que mi nuevo romance fue una sorpresa para el público y mis colegas sería quedarse corto, pero también lo fue para mí, porque nunca había esperado encontrar el amor con una mujer a la que una vez ayudé a condenar. Sin embargo, como me ha quedado dolorosamente claro en el último año, la vida es impredecible, ¿y quién soy yo para tratar de adivinar qué sucederá?

Mi relación con Alice fue totalmente profesional desde la primera vez que la vi tras descubrirse el cadáver de Drew hasta el momento en que fue liberada de la prisión de Carlisle, con mis más sinceras disculpas por haberme equivocado resonando en sus oídos mientras regresaba a Arberness para reiniciar su vida. Las cosas solo empezaron a desviarse hacia un terreno más personal cuando se

hizo evidente que Alice estaba considerando demandar a la policía por haberla enviado a la cárcel por error. Nadie quería eso, no solo porque tenía un caso sólido y costaría mucho dinero, sino porque traería aún más vergüenza a todos los involucrados en la investigación y presumiblemente resultaría en la pérdida de varios puestos de trabajo. Por eso decidí ir a hablar con Alice para ver si podía convencerla de que no interpusiera la demanda, algo difícil de vender y que mis superiores me habrían desaconsejado hacer, pero decidí arriesgarme, aunque solo fuera para intentar reducir la presión que ya teníamos encima mis jefes y yo, dado lo mal que habíamos llevado el caso. Los medios de comunicación ya estaban encima de nosotros, mordaces en sus informes, pero no necesitábamos que la desaprobación pública creciera más, lo que ocurriría si se informaba de que se había utilizado el dinero de los contribuyentes para indemnizar a una mujer condenada injustamente.

Cuando fui a ver a Alice, la encontré en la última fase de su embarazo, con su considerable barriguita y el aspecto de una mujer que no estaba muy segura de si estaba preparada o no para lo que la maternidad le tenía reservado. No estaba precisamente contenta de verme en su puerta, lo cual era comprensible, pero me las arreglé para convencerla de que escuchara lo que tenía que decirle y, una vez que lo logré, hice todo lo que pude para demostrarle que no era la única que estaba dolida por lo que Fern había hecho. Fui muy sincero con Alice, explicándole que no había pasado un solo día en el que no lamentara haberme equivocado, y le dije que, aunque era razonable que culpara a la policía, en realidad solo había una persona a la que culpar, y esa era la persona a la que todavía estábamos intentando atrapar. Para mi sorpresa, Alice estuvo de acuerdo conmigo y admitió que la idea de demandar a la policía había sido más de su abogado que suya. Me dijo que económicamente estaba bien porque el seguro de vida de su marido la había indemnizado, además de que existía la posibilidad de que acabara recibiendo parte del dinero del seguro de vida de Drew por haber tenido a su hija, aunque ese dinero estaba inmovilizado desde que Fern se había dado a la fuga. Pero estaba claro que estaba demasiado ocupada, demasiado cansada o simplemente demasiado ocupada odiando a la mujer del médico como para obsesionarse con el dinero. Tenía suficiente para salir adelante, lo que le permitía

centrarse en lo que quería de verdad, y eso era Fern.

Aunque Alice tenía sus problemas, fue un alivio ver que no estaba resentida conmigo ni con mi profesión. En lugar de encontrarme con una mujer llena de odio hacia mí como detective y hacia mis colegas, parecía reservar todo su odio para Fern, y en eso podíamos encontrar puntos en común, lo que puede ser la razón por la que las cosas al final progresaron hasta lo que han llegado a ser ahora.

En aquella visita me di cuenta de que Alice tenía problemas y estaba preocupada por su inminente maternidad en solitario. Fue entonces cuando empecé a ser algo más que el detective que había trabajado en su caso. Me ofrecí a ayudarla tan solo porque me parecía lo correcto. Le dije que podía ir a comprarle comida o hacer un par de tareas de bricolaje en su casa. También le ofrecí la posibilidad de llamarme, de día o de noche, si alguna vez tenía un problema y necesitaba a alguien con quien hablar. Era consciente de que, aunque tenía algunos amigos en Arberness y algunos familiares en Manchester, la mayoría de las veces se las arreglaba sola. Resultó que ese ofrecimiento dio lugar a numerosas conversaciones telefónicas nocturnas entre nosotros en las que, juntos, procesábamos nuestra conmoción, dolor y vergüenza por lo que Fern nos había hecho a los dos, antes de entretenernos también hablando de todas las deliciosas formas en que nos encantaría vengarnos de ella.

Temía que mis colegas descubrieran mi creciente relación con Alice y se preguntaran si era profesional por mi parte involucrarme con una mujer en cuyo caso había trabajado, pero, a pesar de enterarse y sorprenderse, no me han dicho nada negativo. Supongo que mis jefes vieron las fotos en los periódicos, esas en las que estoy con Alice en la playa, pero prefirieron hacer la vista gorda, sin duda aliviados de que al final Alice no hubiera presentado una demanda.

A medida que se intensificaban las conversaciones sobre nuestra venganza, en lo que a mí respecta, esa venganza solo se extendía a querer ver a Fern capturada y encerrada por sus crímenes, por lo que nunca me sentí demasiado mal teniendo ese tipo de conversaciones. Estaba claro que, cuanto más hablábamos, más nos acercábamos Alice y yo. Nos unimos más cuando Alice tuvo a Evelyn y, aunque no estuve presente en el parto, le envié comida,

flores y más ofertas de ayuda mientras intentaba hacer su transición a la maternidad lo más fácil posible.

Admito que no estaba siendo totalmente desinteresado porque yo también me sentía solo, un divorciado que tenía poco que esperar después de llegar a casa tras un día de trabajo. Por no hablar de que me sentía atraído por Alice. Era una mujer que hacía que los hombres se girasen a su paso, y su pelo rubio y sus ojos azules solo eran algunas de las atractivas características que llevaron a Drew Devlin por su camino de autodestrucción. Tampoco soy tan estúpido como para no darme cuenta de que Alice también se sentía sola y de que probablemente nunca se habría interesado tanto por mí si sus circunstancias hubieran sido diferentes. Éramos dos almas en pena unidas por nuestra historia común con Fern. Así empezó nuestra relación y eso es lo que nos une ahora, aunque no sea exactamente una base romántica para una pareja. Para empezar, no hemos tenido mucho contacto físico. Esto se debe sobre todo a que Alice tuvo un bebé en la época en que nos conocimos. Pasar por algo así no es precisamente un afrodisíaco para una mujer y no esperaba que quisiera irse a la cama conmigo enseguida después de los cambios que había sufrido su cuerpo. Tenía la esperanza de que fuéramos intimando a medida que pasara el tiempo, aunque eso todavía no ha sucedido; Alice no está en el estado mental adecuado para algo así, lo que significa que somos más compañeros de casa que amantes.

Mientras conduzco, me preocupa que mi relación con ella no vaya a durar. No hay duda de que las cosas están tensas entre nosotros y esa tensión se debe a lo difícil que le está resultando cuidar de Evelyn. En lo que a mí respecta, me encanta mi papel de padrastro de la niña y disfruto de la oportunidad de ayudarla todo lo que puedo. Como nunca imaginé que sería padre, estoy agradecido por la oportunidad de influir en la vida de una niña; hay una gran parte de mí que espera que Alice y yo funcionemos para que, cuando Evelyn crezca, podamos ser una familia. Pero eso está por verse; estos días parece que lo único que hacemos Alice y yo es discutir, y la falta de sueño y el compromiso que exige mi trabajo hacen que las cosas no sean fáciles.

Sin embargo, tengo un as en la manga. Es algo que, si lo consigo,

hará que Alice quiera estar conmigo aún más y se dé cuenta de lo mucho que me preocupo por ella. Es algo en lo que he estado trabajando en secreto, sin que ella ni mis colegas de la policía lo sepan.

He recurrido a la ayuda de un viejo amigo para intentar encontrar a Fern.

Cuando la mayoría de los novios intentan quedar bien con sus parejas, se limitan a comprarles algo. Flores. Bombones. Joyas. Tal vez una cita. Una cena y una película. Cualquier cosa así suele funcionar. Soy consciente de que solo hay una cosa que pueda darle a Alice en este momento que la animaría de verdad, y no he tenido más remedio que buscarla.

Alice está desesperada por que atrapen a Fern, por eso espero poder darle ese regalo que superaría todo lo demás.

El viejo amigo que me está ayudando es un excolega, Ian, que se jubiló como detective, pero que se puso en contacto conmigo tras enterarse de mis problemas profesionales por las noticias. Me ofreció su simpatía y me dijo que me mantuviera fuerte, pero también me ofreció otra cosa.

Ayuda.

Me dijo que estaba aburrido de la vida de jubilado y que buscaba un reto, y me preguntó si podía ayudarme a localizar a Fern. Sin duda, era el caso más importante al que se había enfrentado la policía de este país, tanto entonces como ahora. Le di las gracias, pero no esperaba que se dedicara a su tarea con tanta seriedad. Sin embargo, lo ha hecho y, aunque todavía no ha encontrado a Fern, está trabajando diligentemente para conseguirlo. Y, lo que es más importante, trabaja al margen de la política y la burocracia de la policía, cosas que han obstaculizado y siguen obstaculizando mis esfuerzos aquí.

No le he contado a Alice lo de Ian porque quiero que sea una gran sorpresa cuando, con suerte, pronto tengamos buenas noticias. Hasta entonces, lo único que puedo hacer es intentar que facilitarles las cosas todo lo posible tanto a ella como a Evelyn en casa, al

tiempo que trato de aferrarme a mi trabajo, que podría haber perdido por culpa de esa mujer taimada y mortífera.

¿Dónde estás, Fern?

Te encontraremos.

Es solo cuestión de tiempo.

9

FERN

Lo único más molesto que escuchar cómo gotea el grifo roto de mi piso es tener que pedirle a mi casero, Nigel, que venga a echarle un vistazo. Espero al desagradable personaje en mi puerta en cualquier momento. Por eso me he quitado la bata y me he puesto ropa que me cubra todo el cuerpo, para que Nigel no vea nada de piel desnuda y se excite demasiado. Ya se me ha insinuado un par de veces, por no hablar de que me ha dejado caer varias veces que está soltero y disponible. Son insinuaciones que he rechazado de inmediato porque estar cerca de ese hombre me pone la piel de gallina, aunque lo que es aterrador es que, a medida que se acerca la fecha del próximo pago del alquiler, me cuesta saber cómo lograré reunir el importe. Esto significa que Nigel no se limitará solo a hacerme sugerencias inapropiadas para que le pague de alguna otra manera.

Literalmente, podría llegar a tener que elegir entre acostarme con él o que me echaran a la calle y vivir sin hogar con Cecilia a mi lado.

Esa es toda la motivación que necesito para asegurarme de que algo así no ocurra y por eso, mientras Cecilia duerme la siesta en su cuna, yo estoy encorvada sobre el portátil de segunda mano, que pude comprar hace poco a un precio de saldo, e intento de nuevo descifrar la contraseña de la cuenta de Drew en el extranjero.

Intentar acceder a los fondos de mi difunto marido no debería ser tan difícil, y no lo sería en circunstancias normales, pero estas distan mucho de serlo. Para subrayar lo extraño de todo esto, existe la posibilidad muy real de que la póliza de seguro de vida de mi difunto marido —de la que yo disfrutaba antes de huir— acabe en manos de la mujer con la que me engañaba. Al haber tenido una

hija de Drew, Alice puede tener derecho a parte del dinero para criar a su bebé en su ausencia, y la idea de que ella gaste el dinero que debería haber sido mío me pone furiosa. Estuve con Drew durante años, me casé con él, construimos una vida juntos, mientras que ella simplemente llegó, se acostó con él varias veces, ¿y ahora qué? ¿Se hace rica con su aventura?

Menudo chiste. Si hubiera podido predecir el futuro, me habría gastado hasta el último penique del dinero del seguro para que Alice no recibiera nada, pero ninguno de nosotros tiene una bola de cristal.

Sin embargo, aunque lo hubiera hecho, probablemente no habría creído lo que me mostraba, a juzgar por lo que ha sucedido desde entonces.

Apretando los dientes, me digo a mí misma que tengo que olvidarme de la situación financiera de Alice y centrarme en mejorar la mía, y así será si consigo utilizar este portátil de mala muerte para meterme en la cuenta bancaria secreta de Drew. Pero este portátil era barato por una razón. Un par de teclas no funcionan, falta una y, cuando pulso ENTER, hay un cincuenta por ciento de posibilidades de que haga lo que se supone que tiene que hacer. Lo compré porque necesitaba estar conectada a Internet de alguna forma y esto era todo lo que podía permitirme. Sin embargo, se me está acabando el tiempo para descifrar la contraseña y puede que no tardando mucho tenga que revender este portátil a la tienda donde lo compré para conseguir unos fondos muy necesarios, así que tengo que trabajar deprisa.

En cuanto a adivinar la contraseña, hace tiempo que agoté todas las opciones obvias. He introducido cosas como los equipos deportivos favoritos de Drew, nombres de mascotas de la infancia y cualquier apodo que pudiera haber tenido o usado para mí, y no he conseguido nada. También he probado cosas como su número o color favoritos, pero tampoco he conseguido nada. Y, lo que es más irritante, también he probado con el nombre de Alice, preguntándome si mi difunto marido podría haber utilizado el nombre de su amante para proteger su cuenta en Internet. Tampoco funcionó, lo que me alivió y frustró a partes iguales.

Tiene una contraseña difícil de adivinar, que es obviamente el objetivo de estas cosas, pero ¿por qué no podía ser el tipo de idiota que se limita a utilizar su nombre seguido de 123? Incluso muerto, ese hombre me atormenta y, no por primera vez, tengo miedo de no adivinar nunca la combinación de letras y números que necesito para acceder a esta cuenta. Sin ella, estaré jodida económicamente y, además de que no podré proporcionar un techo a Cecilia, tampoco tendré los fondos necesarios para alimentarla.

No solo estoy intentando piratear la contraseña de la cuenta en el extranjero. También estoy intentando acceder a la cuenta de correo electrónico personal de Drew porque creo que, si consigo entrar, existe la posibilidad de que pueda hacer clic en el botón «Olvidé la contraseña» de su cuenta bancaria para crear una nueva. Tampoco estoy cerca de conseguir entrar en sus correos electrónicos, pero basta una mirada a la apacible niña que duerme a mi lado para obligarme a seguir intentándolo.

Piensa, Fern, piensa. ¿Qué más puedo probar que no haya probado ya?

Con renovadas esperanzas, introduzco el nombre de uno de los personajes de su serie de televisión favorita, seguido de su número de la suerte, pero no funciona. Luego pruebo con algunos de los autores favoritos de Drew, pero de nuevo, nada. Si hay algo positivo en mi, hasta ahora, infructuosa búsqueda para descifrar este código, es que su cuenta de correo electrónico no tiene uno de esos sistemas que solo permiten un cierto número de aciertos antes de que el usuario quede bloqueado. Eso me da la oportunidad de seguir adivinando, aunque no me está llevando a ninguna parte todavía. Sin embargo, con su cuenta bancaria es otra historia, ya que solo puedo hacer cinco intentos en un periodo de veinticuatro horas, así que tengo que ser mucho más selectiva con lo que escribo. También por eso soy consciente de que esto podría llevarme mucho más tiempo.

Molesta, un momento después oigo movimiento en la puerta de mi casa y sé que voy a tener que dejar lo que estoy haciendo porque estoy a punto de tener compañía.

Cierro el portátil para que mi casero no pueda ver a hurtadillas lo

que estoy haciendo, me levanto y me dirijo a la puerta, consciente de que es más probable que intente ver a hurtadillas mis curvas que la pantalla de mi ordenador. Pero ni siquiera llego a la puerta antes de que se abra, pues Nigel ha decidido que prefiere utilizar su llave en lugar de llamar y permitirme abrir la puerta de mi propia casa. Técnicamente, el piso es suyo, pero no me gusta que entre sin más y se lo hago saber. Me pide disculpas, aunque, a juzgar por su cara, no está tan arrepentido de haber irrumpido como de haberse dado cuenta de que no me ha pillado desnuda.

—¿Cómo está el grifo? —me pregunta, con la decepción evidente en su rostro mientras observa mi holgado jersey y mi pantalón de chándal, posiblemente preguntándose por qué no me he esforzado un poco más para su visita de hoy.

—Sigue goteando —le digo, y le permito que le eche un vistazo mientras vuelvo junto a Cecilia y tomo asiento a su lado, sintiendo que tengo que ser un poco más protectora con mi pequeña ahora que hay un hombre en este piso con nosotras. O tal vez solo intento recordarle a Nigel que hace poco he tenido un bebé y que, como tal, debería alejar de su mente la idea de insinuarse.

—Parece que necesitas un caballero de brillante armadura —dice Nigel mientras se inclina sobre el fregadero para examinar el grifo. No me ve poner los ojos en blanco, poco impresionada con la idea de que venga a rescatarme.

—¿Vas a tardar mucho en arreglarlo? Tengo cosas que hacer —le digo, con la esperanza de acelerar el asunto, pero Nigel no me oye o me ignora por completo.

—¿Cómo va todo? Debe ser aburrido estar aquí todo el día con la pequeña como única compañía —dice Nigel, y me devuelve la mirada con una sonrisa sugerente en la cara.

—Estoy bien —respondo antes de volver a preguntar por el grifo.

—Creo que voy a tener que pedir uno nuevo. —Es la respuesta que no quería oír.

—¿No puedes arreglarlo? No me deja dormir por las noches.

—¿El grifo o el bebé?

La respuesta es ambas cosas, pero no lo digo.

—Volveré con uno nuevo —me dice Nigel.

—¿Cuándo?

—No lo sé. En un día o dos.

—¿No puedes venir antes?

—Depende de lo motivado que esté —dice Nigel, y vuelve a aparecer esa sonrisa sugerente que me revuelve el estómago.

—Un día o dos está bien —me apresuro a responder, dando por terminada la conversación.

Mientras Nigel revisa debajo del fregadero, pongo una mano en el pecho de Cecilia, que empieza a despertarse de su última siesta, y me pregunto si de nuevo estoy perdiendo la oportunidad de adivinar la contraseña, porque puede que tenga que hacer de mamá durante la próxima hora o así. Pero sus ojos permanecen cerrados mientras Nigel termina en el fregadero y me pregunta si hay algo más que pueda hacer por mí mientras esté aquí, una pregunta que no necesitaba el guiño que la acompañaba. Le digo que estoy bien y lo acompaño a la puerta.

Me relajo un poco cuando se va, pero solo un poco porque sé que volverá pronto para arreglar el grifo, igual que sé que pronto exigirá el pago del alquiler, y de momento no tengo el dinero. Por eso vuelvo a abrir el portátil y me pongo a trabajar.

Alternando entre la cuenta bancaria y la de correo electrónico, pruebo varias combinaciones más y nada funciona hasta que se me ocurre un nombre que aún no he probado. Es un nombre que significaba algo para Drew, pero también para mí, y por eso siento un escalofrío que me recorre la espalda al pensarlo.

Roger.

Es el nombre del tenista favorito de Drew, Roger Federer, y creo

que vale la pena probarlo como contraseña. Pero ese nombre también me recuerda al hombre que me engañó tras la muerte de Drew. Greg, que se hacía pasar por Roger, era amigo de Drew. Se hizo pasar por mi novio para averiguar la verdad sobre el asesinato de Drew y estuvo a punto de destapar mis mentiras, por lo que lo maté. Lo último que necesitaba era un flashback de aquella habitación de hotel en la que lo apuñalé hasta la muerte con una botella de cerveza rota, pero eso es lo que tengo ahora. Sin embargo, aún no he probado ese nombre como contraseña, así que lo escribo rápidamente.

RogerFederer - contraseña incorrecta.

Federer123 - contraseña incorrecta.

Roger123 - contraseña incorrecta.

Rogerfan123 - contraseña incorrecta.

Federerfan123...

¡No me lo puedo creer! He entrado. Vale, solo es la cuenta de correo electrónico de Drew, pero enseguida voy a su cuenta bancaria para probar la misma contraseña, con la esperanza de que también funcione allí. Por desgracia, no funciona, pero al menos con el acceso a su antiguo correo electrónico puedo solicitar un enlace para restablecer la contraseña, y eso es lo que pienso hacer. Justo antes, mis ojos recorren algunos de los asuntos de los correos electrónicos de la bandeja de entrada de mi difunto marido y veo un nombre que reconozco.

Alice.

Entre unos cuantos correos genéricos de algunos de los lugares que Drew solía frecuentar, como el club de tenis en el que jugaba o un restaurante del que a veces recibía descuentos, veo el nombre de su amante también aquí, en su bandeja de entrada. Por lo que parece, Drew recibió un correo electrónico de Alice ayer mismo, lo que parece extraño porque ¿por qué iba a enviar un correo electrónico a una persona muerta?

Solo hay una forma de averiguarlo, así que abro el correo electrónico y, cuando lo hago, veo el breve pero poco dulce mensaje que envió al médico fallecido.

¡Te odio!

Eso es todo. Eso es todo lo que dice el e-mail. ¿Por qué enviaría Alice algo así, sabiendo que Drew nunca lo vería? A menos que estuviera teniendo un momento en el que su odio por ese hombre anulara cualquier tipo de pensamiento sensato. Vaya, realmente debe decirlo en serio. Pero no es la única; yo también odio a Drew, aunque ver que Alice siente lo mismo es un poco sorprendente. A menudo me he imaginado que estaría de luto por el hombre con el que tuvo una aventura, deseando que las cosas hubieran salido de otra manera y que él siguiera vivo para poder seguir teniendo todo tipo de diversiones ilícitas con él. Supongo que no, y ver un correo como este me hace pensar que la vida de Alice no va nada bien. Es decir, una persona feliz no envía correos agresivos a un muerto, ¿verdad?

Sobre todo a las tres de la mañana.

Curiosa por saber qué otro tipo de correspondencia podría haber en esta bandeja de entrada, hago una búsqueda de su nombre para ver cuántos otros correos electrónicos se enviaron entre ella y mi marido. Al hacerlo, obtengo un par de resultados; en concreto, dos correos electrónicos enviados cuando mi marido aún vivía.

Reviso el primero y veo que es un correo electrónico de Drew a Alice. En él, se disculpaba por haberse puesto en contacto con ella, pero continuaba diciendo que solo quería hablar con ella y que había pensado que esta era la mejor manera de hacerlo, en lugar de enviarle un mensaje a su teléfono porque su marido podría verlo. Por el tono del mensaje, queda claro que Drew estaba ansioso por obtener una respuesta de Alice porque le pedía que le diera otra oportunidad. Esto es sorprendente porque, por lo que parece, él estaba desesperado por verla, pero tal vez ella no estuviera tan

desesperada por verlo a él. Lo confirmo cuando pulso el siguiente mensaje, en el que Alice le contestó que lo que dijo de que tenían que dejar de verse iba en serio y que no creía que fuera justo que ninguno de los dos hiciera lo que habían estado haciendo a nuestras espaldas.

Estoy atónita con lo que estoy leyendo porque, a pesar de tener siempre en mi mente la imagen de Alice como una rompehogares que nunca pensó en nadie más que en sí misma, aquí estoy viendo un lado muy diferente de ella.

¿Cambia eso lo que pienso de ella?

No estoy segura de que sea para tanto, pero después de leer los correos está claro que era Drew el que la perseguía. Supongo que eso encaja perfectamente con lo que hizo después. Al mirar las fechas de estos correos, veo que fueron enviados antes de que sugiriera que nos mudáramos a Arberness, y que esa mudanza se debía a que él intentaba acercarse de nuevo a su amante. Yo creía que Alice había intentado poner fin a las cosas cuando se mudó de Manchester, congelando así su aventura, pero aquí puedo ver claramente que, incluso antes de eso, tenía reservas al respecto.

Quizá he sido demasiado dura con ella.

Drew se merecía lo que le hice, pero ¿se lo merecía Alice?

Nada bueno puede venir de que, de repente, tenga una crisis de confianza sobre cualquier venganza que haya emprendido en el pasado, así que cierro los correos y decido no mirarlos más. Necesito centrarme en el futuro, no en el pasado, y por eso no pierdo más tiempo. Vuelvo al sitio web de la cuenta de Drew en el extranjero y hago clic en el botón «He olvidado la contraseña». Me ofrece enviarme un enlace para restablecerla, cosa que no me cuesta hacer ahora que tengo acceso completo a la cuenta de correo electrónico de Drew y, un momento después, estoy creando nuevas credenciales de inicio de sesión. A continuación, las pruebo por primera vez antes de contener la respiración para ver si funciona.

Así es.

He accedido.

Pero, lejos de pensar que algunos de mis problemas podrían estar a punto de resolverse, me doy cuenta de algo.

Tal vez no hayan hecho más que empezar.

10

ALICE

La noche ha sido dura, sin dormir y sin mi novio cerca para ayudarme con Evelyn. Todavía estoy esperando a que Tomlin llegue a casa del trabajo. Lleva fuera más de doce horas, y aunque esta mañana me ha enviado un mensaje preguntándome cómo estaba, eso es todo lo que he sabido de él. En la comisaría deben estar muy ocupados, pero aquí también lo estoy. Mientras termino de darle otro biberón, estoy desesperada por salir de casa y respirar un poco de aire fresco. Pero, aunque tenía la esperanza de poner a Evelyn en su cochecito y sacarla a pasear, el tiempo ha tenido otras ideas y no me apetece sacarla bajo la lluvia. Pasaría frío y se mojaría, y eso solo le daría otro motivo para llorar, aunque no parece necesitar más. Vuelve a berrear, con la cara roja y pequeñas lágrimas en las puntas de las pestañas, y aunque intento calmarla cogiéndola en brazos y meciéndola, como siempre, no lo consigo.

Lo único que me ha ayudado a sobrellevar el día hasta ahora ha sido la cafeína, pero ni siquiera eso es ya lo bastante fuerte. Después de acostar a Evelyn un momento, me sirvo una copa de vino y le doy un buen trago. Luego, vuelvo a mirar los mensajes para ver si Siobhan me ha contestado, y lo ha hecho diciéndome que, aunque aún no tiene una fecha exacta para venir a visitarme, será pronto y que me avisará cuando haya concretado sus planes. Le respondo que me parece muy bien, y así es, porque cuando pueda venir a verme me va a parecer bien. Apenas le haya presentado a Evelyn, me llevaré a Siobhan al pueblo, donde pasaremos una noche muy larga en el pub mientras Tomlin hace de canguro. Es justo lo que necesito.

Una actividad para adultos.

Felicidad.

Hasta entonces, me toca beber sola con la única compañía de un bebé que llora, pero después de dos copas, oigo que un coche aparca fuera. Me asomo a la ventana y veo que Tomlin por fin ha vuelto del trabajo y, aunque parece cansado, probablemente sabe que no debe entrar y decir que tiene mucho sueño, teniendo en cuenta que yo también he estado ocupada mientras él no estaba.

Últimamente nos hemos peleado un poco, así que decido esforzarme más con él cuando llegue para intentar mantener la paz, por el bien de todos. Puede que el vino que he bebido haya mejorado mi humor, pero, sea como sea, sonrío cuando entra y le pregunto cómo le ha ido el último turno.

—Extenuante —es la cansada respuesta antes de que Tomlin se acerque a mí y me dé un beso en la mejilla. Es lo más físico que nos damos, pero es agradable, o al menos eso creo hasta que se retira con cara de preocupación.

—¿Has estado bebiendo? —me pregunta.

Y, de repente, a pesar de que esperaba que las cosas fueran más fáciles cuando estuviera en casa, parece que están a punto de empeorar.

—Me he tomado una copa de vino —digo, encogiéndome de hombros para aparentar que no es para tanto, y quizá no lo sería si no fuera porque no me he tomado solo una. Tomlin se da cuenta, porque no queda mucho vino en la botella que hay en la mesa junto a mi copa.

—¿Qué haces? Es mediodía —grita Tomlin, exasperado—. Y no deberías estar bebiendo mientras estás sola con Evelyn. ¿Y si tuvieras que llevarla a algún sitio?

—¿A dónde?

—No lo sé. ¿Al médico? ¿Al hospital? Deberías estar sobria.

—¡Estoy sobria!

—¿Lo estás?

—¡Sí!

—¿Y si te hubieras quedado dormida? ¿Sabes cuántas veces a lo largo de mi carrera he oído que un padre se ha desmayado borracho cuando estaba a cargo de su bebé y ha ocurrido algo terrible?

—Oh, deja de exagerar. Solo han sido una o dos copas de vino. Todavía soy perfectamente capaz de cuidar a mi bebé.

A pesar de que lo pienso y lo digo en serio, no parece convencido, lo cual me duele; nadie quiere que se pongan en duda sus habilidades como guardián. Para demostrarle que está equivocado, voy a buscar a Evelyn, aunque cuando lo hago, ella llora aún más fuerte y no ayuda mucho a mi argumento.

—¿Cuánto tiempo lleva llorando? —me pregunta Tomlin mientras se acerca para ayudar.

—¡Nunca para! —respondo antes de decidir que es más fácil entregársela a él que quedarme aquí e intentar darle la razón.

Mientras intenta calmar a mi bebé, decido contarle la noticia que tengo, aunque solo sea para cambiar de tema y dejar de hablar de lo mala madre que puedo llegar a ser.

—Una amiga va a venir a quedarse —le digo con despreocupación, con la esperanza de que se limite a decir que le parece bien y no me pida más detalles.

—¿Quién?

No ha habido suerte.

—Siobhan.

Tomlin frunce el ceño.

—¿Quién es?

—Mi amiga de la cárcel —respondo, deseando que hubiera una

forma de decirlo con despreocupación, pero no la hay y, una vez más, Tomlin frunce el ceño.

—¿Tu amiga de la cárcel?

—Sí, ¿hay algún problema?

Está claro que lo hay, pero finjo que no debería haberlo.

—¿Por qué estaba en la cárcel?

—No importa. Ahora está fuera e intenta seguir con su vida, como yo.

—No finjas que sois iguales. Tú eras inocente, ella no. Hay una gran diferencia.

No necesitaba que me lo explicase y sacudo la cabeza para demostrarle lo poco que me gusta.

—Fue una buena amiga mientras estuve dentro y será agradable verla.

—¿Por qué estuvo en la cárcel? —vuelve a preguntar, con desprecio evidente en su voz y en su rostro.

—Intento de asesinato —respondo, y nada más pronunciar esas palabras sé que no van a ayudarme a convencerlo de que tener a una persona así en casa es una buena idea.

—¿Estás loca? ¿En qué mundo crees que es inteligente que una persona así se quede en la misma casa en la que está tu bebé?

—¡Intentó matar a su antiguo jefe, no robar un niño! —grito, defendiéndola—. Y es una buena persona. Solo cometió un error.

—¡Es una criminal convicta y claramente peligrosa!

—No todos los que van a la cárcel son malas personas. Tú deberías saberlo mejor que nadie. Tú me metiste allí, recuerda, ¡y yo era inocente!

Ha sido un golpe bajo, pero lo he dicho y no se puede negar que me ha ayudado en esta discusión; ha hecho callar a Tomlin. No hay mucho que él pueda decir ante algo así porque tan solo he dicho la verdad.

El llanto de Evelyn es cada vez más fuerte porque está percibiendo todo el estrés que hay a su alrededor, lo que nos indica a ambos que tenemos que dejar de discutir. Es más fácil decirlo que hacerlo, porque los dos estamos cansados y enfadados, y necesitamos un descanso. Como llevo tanto tiempo aquí con el bebé, decido que la que tiene que descansar soy yo y cojo el abrigo antes de salir.

—¿A dónde vas? —me pregunta Tomlin, sonando sorprendido de que me vaya en un momento así.

—¡Necesitamos leche y pañales! —digo, lo que en parte es cierto, pero no es la única razón por la que salgo. Necesito cualquier excusa para salir de casa un rato y no me siento mal por marcharme. Tampoco me siento mal cuando, en lugar de ir en dirección a la tienda del pueblo, voy hacia la playa. En un momento así y con lo estresada que estoy, siento que necesito estar junto al agua, así que sigo avanzando hasta que el estuario de Solway Firth aparece a la vista.

Contemplo el mar y la arena y vislumbro Escocia a lo lejos, pero la vista aún no es suficiente para calmarme, así que sigo caminando y, cuanto más me alejo, más me acerco a dos lugares notables por todas las razones equivocadas.

La primera es una de las casas que domina este pintoresco lugar. Puedo ver la impresionante propiedad a la que Fern y Drew se mudaron cuando llegaron a Arberness. Como cualquier otro residente de la zona, todos envidiábamos un poco a la pareja que se mudara a la casa grande y cara que se había puesto a la venta. Fue todo un shock cuando descubrí de quién era; el hecho de que Drew me siguiera hasta aquí y comprara esta casa no era más que un claro ejemplo de lo desesperado que estaba por retomar el romance que yo había interrumpido en Manchester.

Al pasar por delante de la impresionante casa, echo un vistazo a la ventana delantera y veo a otra pareja dentro, sentada en su sofá y

viendo la televisión. No reparan en mí ni tienen idea de que ya he estado antes en su casa, cuando me invitaron a una cena que organizaba Fern. Asistí con mi difunto marido, Rory, y la idea era que fuera una cita doble con Fern y Drew, pero, en retrospectiva, ahora sé que Fern lo sabía todo sobre mi aventura con su marido y tan solo estaba jugando con nosotros dos al ponernos en una situación incómoda y ver cómo nos retorcíamos uno frente al otro en la mesa de la cena.

Me pregunto si la pareja que vive ahora aquí conoce toda la historia de la casa a la que ahora llaman hogar. Es posible, porque fue noticia nacional, pero aunque supieran que esta casa fue el hogar del médico que murió y de la mujer que conspiró para matarlo, está claro que eso no les impidió hacer una oferta y mudarse después. O tal vez consiguieron la casa a un precio muy reducido, aprovechando que los anteriores propietarios habían sido tan infames y ayudando así al desafortunado agente inmobiliario encargado de venderla. Es curioso, pero hay personas a las que no les importa que una casa tenga una historia horrible y priorizan el espacio extra y el prestigioso código postal por encima de cualquier cosa que pudiera haber ocurrido con los anteriores propietarios. Supongo que, como nadie murió en esa casa, en realidad no es tan relevante.

Eso se debe a que fue en la playa donde el anterior dueño de la casa perdió la vida.

Mientras bajo a la arena, el viento se levanta a mi alrededor, tal vez una señal de los dioses del tiempo de que debería dar media vuelta y volver a casa en lugar de continuar hacia el lugar al que me dirijo. No creo que pueda salir nada bueno de esta parte de la playa, pero voy de todas formas, sin inmutarme, quizá tontamente.

A medida que me acerco al lugar concreto de la arena, pienso en cómo debió ser aquella fatídica noche. Imagino que incluso con más viento. Más frío también, porque era pleno invierno. Y silencioso. Muy silencioso. Al menos, hasta que el arma homicida hizo contacto con un cráneo.

Dejo de caminar cuando llego a mi destino y miro a mi alrededor. Pero solo veo granos de arena del color que deberían tener. No hay

manchas rojas, signos de sangre que no deberían estar aquí porque se lavaron hace meses. Pero antes estaban aquí.

Eso es porque esta es la parte exacta de la playa donde Drew Devlin perdió la vida.

Como predije, nada bueno va a salir de mi presencia aquí, pero me entretengo demasiado. Mi cabeza se llena de todo tipo de imágenes desagradables de Fern, Rory y Drew en esta playa y diciendo cualquier cosa que se dijeran entre ellos antes de que el doctor muriese. Mi exmarido se fue a casa conmigo, y Fern volvió a su casa y esperó a que la policía hiciera el espeluznante hallazgo. Me pregunto qué se dijeron aquella noche. Mejor no saberlo. Quizá lo averigüe algún día, si alguna vez cogen a Fern. Ahora mismo, eso parece tan probable como que yo cuente exactamente cuántos granos de arena hay en esta playa.

De pie en el lugar donde murió Drew, pienso en el correo electrónico que le envié esta madrugada. Cansada, enfadada y harta de la llorona de mi hija, envié un mensaje innecesario a la bandeja de entrada del difunto doctor, un mensaje que nadie leerá jamás, pero que me apetecía mandar de todos modos. Le dije que lo odiaba y, aunque era inútil, me sentí mejor durante cinco segundos porque era lo máximo que podía hacer para descargar mi frustración contra el hombre que me siguió hasta aquí, retomó nuestra aventura y, al final, provocó que mi vida acabara como lo ha hecho.

Resulta inquietante que mi odio hacia Drew sea otra de las razones por las que me cuesta establecer un vínculo con mi bebé. Es tan suya como mía, lo que significa que siempre habrá una parte de su padre dentro de ella y, cuando la miro, pienso en él. Eso no es culpa de Evelyn; ningún bebé elige quiénes son sus padres ni lo que hicieron antes de que naciera. Pero es un hecho.

El padre de mi hija es el hombre que me ha hecho la vida más difícil.

El sonido de mi teléfono me devuelve al presente y, cuando lo saco del bolsillo del abrigo, veo que es Tomlin quien me llama. Probablemente quiere saber dónde estoy porque ya debería haber vuelto del supermercado, lo cual es un problema, porque ni siquiera

he ido todavía. Me planteo no contestar, pero eso solo le molestaría aún más, así que cojo la llamada. Pero, cuando lo hago, no oigo a Tomlin preguntándome dónde estoy o diciéndome que Evelyn necesita a su madre. En cambio, lo que tiene que decir suena mucho más prometedor.

—Ven a casa, tengo noticias —me dice, y es imposible no darse cuenta de la emoción que hay en su voz. ¿Qué tiene a mi novio tan excitado?

—¿De qué estás hablando? ¿Qué noticias? —le pregunto mientras el viento vuelve a soplar con fuerza a mi alrededor.

—Te lo diré cuando vuelvas.

—¿Por qué no puedes decírmelo ahora?

—Porque quiero ver tu cara cuando te lo diga.

—No lo entiendo.

Hay una pausa al otro lado de la línea.

—Supongo que no importa. También podría decírtelo. ¿Adivina qué? Creo que la he encontrado.

—¿A quién?

—¿Tú a quién crees? ¡A Fern!

—¿Qué?

De todas las cosas que esperaba que Tomlin me dijera, esa era la última. De hecho, ni siquiera lo había considerado. Si alguien iba a encontrar a Fern, pensé que sería yo. Pero ¿lo ha hecho? ¿Ha logrado lo imposible? Si es así, es un milagro. Al menos, lo parece.

—Sé dónde está —confirma Tomlin, lo cual es música para mis oídos y todo lo que necesito oír antes de echar a correr por la arena.

Nunca he tenido tantas ganas de volver a casa en toda mi vida.

11

TOMLIN

Siempre es agradable dar buenas noticias, sobre todo a una persona que te importa tanto, y más después de que nuestro último intercambio fuera una discusión. Aunque Alice se sintiera irritada conmigo cuando salió de casa, no hay duda de que se sentirá muy diferente cuando vuelva después de lo que acabo de decirle.

No mentía cuando dije que tenía buenas noticias.

No solo le he alegrado el día; creo que acabo de alegrarle el año a Alice.

Me muero de ganas de que vuelva, pero el tiempo que le está llevando parece indicar que ha ido un poco más allá del supermercado local. De todas formas, ya me lo imaginaba, porque cuando salió de casa era evidente que tenía ganas de irse y no tenía prisa por volver, aunque sospecho que ahora sus piernas la traen de regreso tan rápido como pueden.

Ha sido una sorpresa recibir una llamada de Ian, el exdetective al que he mantenido ocupado durante su jubilación poniéndole tras la pista de Fern. Normalmente, soy yo quien lo llama en busca de novedades y, a menudo, acabo decepcionado tras la conversación porque no ha descubierto gran cosa. Siempre he sabido que no era culpa de Ian no tener noticias, sino que Fern era demasiado buena escondiéndose. Pero hoy tenía noticias para mí y, cuando por fin oigo abrirse la puerta principal, estoy emocionado por compartirlas.

—¿Qué pasa? ¿La han detenido? —me pregunta Alice al irrumpir en la habitación donde estoy acunando a Evelyn. Puedo ver la esperanza y la angustia grabadas en su rostro, lo que hace aún más evidente lo mucho que necesitaba una noticia como esta.

—Todavía no —digo, lo que ya suena más a malas noticias que a buenas—. Pero tenemos el nombre con el que vive actualmente.

—¿Qué?

—Teresa Brown. Esa es quien Fern está fingiendo ser y, gracias a eso, encontrarla será mucho más fácil. Todo lo que tenemos que hacer es buscar a cualquier mujer con ese nombre.

Alice me mira fijamente durante un segundo y no puedo evitar sonreír; es genial ver cómo su hermoso cerebro procesa algo un poco más emocionante que calcular cuántas horas de sueño se perdió anoche.

—¿Qué? ¿Teresa Brown? ¿Cómo...?

—¿Cómo sé que ese es su nombre ahora? Porque he estado pagando a un viejo amigo para que la busque por nosotros, y es bueno.

Alice parece aún más sorprendida de que le haya dicho que estaba pagando a alguien para encontrar a Fern, pero me limito a asentir con la cabeza para demostrar que hablo en serio.

—Sé lo importante que es para ti que la encontremos, así que he estado haciendo todo lo que he podido, tanto en el trabajo como fuera de él, para dar con ella. Te quiero, Alice, y solo quiero que puedas cerrar esta parte de tu vida.

Es un alivio ver que Alice parece más conmovida que molesta porque le haya estado ocultando un secreto. Tomo la luz de sus ojos como una señal positiva para seguir explicándole.

—Ian ha estado investigando por mí y, como Londres es uno de los últimos lugares donde Fern fue captada por las cámaras de seguridad, ha centrado allí gran parte de sus esfuerzos. Pero hasta hoy no había encontrado ningún rastro de ella. Eso fue hasta que se enteró de la detención de un hombre en la ciudad que había estado vendiendo documentos de identidad falsos.

—¿Documentos de identidad falsos?

—Sí. Es obvio para todos que la única manera de que Fern haya

podido evitarnos con éxito durante todo este tiempo es porque debe estar viviendo bajo una nueva identidad. Por eso, cuando Ian se enteró de la detención de este falsificador, un tipo llamado Dimitri, por un contacto en la Metropolitana de Londres, pudo conseguir cinco minutos con él. Le contó a su amigo que este sospechoso podía estar relacionado con un antiguo caso en el que había trabajado, y su amigo le hizo un favor. Pero, en realidad, lo único que Ian quería era preguntarle al sospechoso si había proporcionado documentos falsos a alguien que coincidiera con la descripción de Fern.

—¿Y?

—Dimitri se mostró poco colaborador al principio, negándose a responder a casi nada. Su defensa alega que solo estaba visitando el piso donde se encontraron los documentos falsos durante la redada policial y que es su primo quien los falsificaba y los vendía.

—Probablemente sea mentira.

—Oh, es mentira. Te aseguro que Dimitri es culpable. Pero Ian le dijo a Dimitri que no le importaba nada de eso, que solo quería saber si había estado en contacto con Fern. Ian le enseñó una foto y le dijo que ella podría haber cambiado de aspecto, pero no importó porque, en cuanto vio la foto, a Dimitri se le iluminaron los ojos.

—¿La reconoció?

—Sí, lo hizo. Y entonces, después de que Ian le contara una historia sobre la posibilidad de conseguirle a Dimitri una condena menor si decía la verdad, Dimitri admitió que había visto a Fern en el piso y que le había hecho varios documentos falsos para su nueva identidad. Resulta que en realidad estaba bastante contento de entregarla porque, por lo que le dijo a Ian, Fern le había atacado y robado.

—¿Qué?

—Sí. Parece que no podía pagar la suma que le pidió para facilitarle la documentación falsa, pero aun así se las arregló para salirse con la suya. Dimitri planeaba localizarla en el futuro porque sabía bajo

qué nombre se escondía, pero obviamente ahora es demasiado tarde porque estará en la cárcel durante un tiempo. Sin embargo, son buenas noticias para nosotros porque ahora sabemos que vive bajo el alias de Teresa Brown.

—¡Dios mío! —grita Alice—. ¿Y dónde está ahora?

—Esa es la cuestión —digo, intentando evitar que mi excitación se desborde como ya lo está haciendo la de mi pareja—. Todavía no la tenemos, pero, ahora que sabemos el nombre que utiliza, todo lo que debemos hacer es buscar a personas registradas con ese nombre. Cuentas bancarias. Bases de datos de empleo. Listas de pacientes de médicos. Es solo cuestión de tiempo que encontremos dónde se esconde.

—¿Así que la policía la está buscando mientras hablamos?

Hago una pausa porque es la primera vez que Alice me hace una pregunta que tiene una respuesta un poco complicada.

—No del todo. Hasta ahora, Ian solo me ha hablado de esto. Me llamó en cuanto terminó de hablar con Dimitri. Dijo que yo debía enterarme primero, ya que fui el detective que trabajó en el caso original con Fern y todo eso. Pero piensa contárselo a los agentes de la Metropolitana y, cuando lo haga, se iniciará una persecución por todo el país. ¿No es genial?

Lo es, aunque Alice de repente deja de sonreír y parece tener una razón para no saltar de alegría como pensé que haría cuando llegara este momento.

—Quiero ser yo quien la encuentre —dice estoicamente, como si una profunda sensación de calma acabase de invadirla después de estar tan agitada.

—¿Qué?

—¿Y si no se lo contamos a la policía y la localizamos nosotros? —sugiere—. ¿No sería aún mejor? Yo vería su cara cuando la atraparan y tú serías el detective que la esposase, compensando lo que sucedió en el pasado. Es perfecto.

—No lo entiendo. Podemos hacer que la policía la busque. Serán más rápidos. Son muchos más que nosotros.

—Pero Ian tiene el nombre para poder encontrarla, ¿verdad? No puede haber muchas Teresa Brown por ahí que coincidan con la edad y la descripción de Fern. Todo lo que tiene que hacer es buscar una que parezca haberse mudado a otra zona. Podemos encontrarla con su ayuda y traerla.

Alice piensa claramente que este es el camino a seguir, pero yo no estoy convencido.

—Es demasiado arriesgado —le recuerdo a la mujer demasiado entusiasta que tengo delante—. Cuanto más tiempo esperemos, más posibilidades hay de que Fern vuelva a escapar. Podría enterarse de la detención de Dimitri en las noticias y darse cuenta de que su tapadera podría ser descubierta.

—No, no lo hará. ¡Nosotros la encontraremos primero!

—Luego está el hecho de que es una asesina —continúo—. Es demasiado peligroso que nos acerquemos a ella aunque la encontremos. Ya ha matado antes para escapar y volverá a hacerlo si la arrinconamos. No voy a correr el riesgo de que te hagan daño, y menos ahora que tenemos que pensar en Evelyn.

—Puedo con ella —dice Alice desafiante, pero apuesto a que eso mismo es lo que pensaban Drew, Rory y Greg antes de que ella ganara la partida y los matase.

—De ninguna manera. Ni hablar. Dejaremos esto a la policía.

—¿La misma policía que la dejó escapar la primera vez? —grita Alice—. ¡No le deis esa oportunidad de nuevo! Conocemos a Fern mejor que nadie. Podemos hacerlo. Podemos ser quienes la capturen.

Alice podría añadir que la policía ya tuvo su oportunidad de capturar a Fern, y que no acabó muy bien. Lo sé porque yo era quien los dirigía en aquel momento. Se cometieron errores, pero no se volverán a cometer. ¿Verdad? En la remota posibilidad de que se

repitan, ¿no merece Alice ser la que intente poner fin a este asunto? Si lo hiciera, seguro que aliviaría en gran medida la culpa que siento por el papel que desempeñé en su desgracia.

—Por favor —dice Alice mientras se acerca a mí. Y, cuando me pone la mano en el brazo, me siento incapaz de negarme a los deseos de esta hermosa y persuasiva mujer. Hay una razón por la que Drew cayó rendido ante sus encantos y arriesgó su matrimonio, y es la misma razón por la que Greg estaba dispuesto a arriesgar su vida para acercarse a Fern con tal de salvar a Alice de una vida en prisión. Es porque Alice es el tipo de mujer que puede hacer que un hombre cometa locuras.

Esa es mi única explicación para la locura que acabo cometiendo.

Me rindo y le digo a Alice que no daremos esta nueva información a la policía para poder buscarla nosotros mismos. Con la ayuda continua de Ian, la localizaremos y nos enfrentaremos a ella dondequiera que se esconda. Pero no cedo sin pedir algo a cambio.

—Si estoy de acuerdo con esto, tienes que hacer algo por mí —le digo—. No solo por mí, sino también por Evelyn. Tienes que ir a hablar con alguien sobre cómo te sientes. Me refiero a un médico. Sabes que lo estás pasando mal y es comprensible, pero odio verte así y quiero que busques ayuda. ¿Me prometes que lo harás?

Trago saliva con dificultad, con la boca seca, síntoma de la ansiedad que me produce hacer una pregunta así.

Alice no parece tan dispuesta a aceptar ese plan como el que ella sugirió, pero, si hay que elegir entre que ella tenga la oportunidad de encontrar a Fern o que lo haga otra persona, siempre optará por lo primero.

—Está bien. Mañana iré a hablar con alguien —me dice, y yo me doy por satisfecho con la respuesta, así que le digo que llamaré a Ian y le daré las nuevas instrucciones. Puede que no le gusten, pero estoy seguro de que le gustará el dinero extra que le ofreceré por hacer las cosas a nuestra manera.

Mientras devuelvo a Evelyn a su sonriente mamá, saco el teléfono

para llamar a mi viejo amigo Ian, que está en Londres; voy a decirle que, de momento, se guarde para sí el nombre de Teresa Brown y que la busque sin ayuda externa. Entonces, cuando crea que la ha encontrado, debe llamarme, e iremos a ayudarlo.

Tal vez Alice tenga razón. Quizá nosotros conozcamos mejor a Fern y tengamos más opciones de atraparla.

A pesar de haber aceptado este plan tan arriesgado, sé que yo también tengo razón.

Fern es peligrosa.

Pero la pregunta es: ¿hasta qué punto es peligrosa?

Parece que estamos a punto de volver a ponerla a prueba.

12

FERN

Si bien fue emocionante ver que había obtenido acceso a la cuenta bancaria en el extranjero de mi difunto marido, no lo fue tanto cuando me di cuenta de que acceder al dinero no iba a ser tan sencillo como pensaba en un principio.

Supuse, quizá ingenuamente, que si tenía acceso a la cuenta, podría cambiar los datos bancarios y transferir el dinero que hubiera a mi nueva cuenta con un nombre falso. Al fin y al cabo, demostrando que conocía la contraseña correcta, demostraba que tenía derecho a ver la cuenta, y si alguien lo comprobaba, asumiría que había sido el propio Drew quien había entrado y lo había hecho. Como este banco tiene su sede en el extranjero, dudo que tengan ni idea de que el titular de la cuenta ha fallecido, porque desde luego yo no se lo he notificado como su mujer y nadie más sabe de la existencia de este dinero. Pero he tenido la repentina idea de que si alguien lo ha comprobado alguna vez, o si alguien está vigilando en secreto esta cuenta ahora mismo, enviar el dinero a una cuenta a nombre de Teresa Brown podría delatar la identidad falsa que tanto me ha costado mantener oculta. No quiero tener que gastar dinero en comprarme una nueva identidad, prefiero mantener la actual intacta si puedo.

Teniendo esto en cuenta, quizá sea demasiado arriesgado transferir este dinero a mi nuevo nombre. Si es así, es una pena increíble, porque estoy mirando los números en mi pantalla y pensando en todas las cosas que podría hacer con los fondos que están ahí, esperando a ser gastados.

Hay más de veinte mil libras en esta cuenta.

Imagina lo que podría hacer con ese dinero.

Mientras observo mi deprimente entorno, sé que lo primero que haría sería abandonar este minúsculo piso y buscarme un lugar mejor para vivir. Podría hacer un pequeño depósito para una casa o, al menos, para un piso mejor, uno que no esté alquilado por un casero tan poco fiable como el que tengo ahora. Necesito más espacio y Cecilia no va a hacer más que crecer, así que un par de habitaciones más para todas sus cosas sería una bendición. Sé que no podré permitirme nada parecido a las propiedades en las que estaba acostumbrada a vivir, pero puedo mejorar mi situación actual. Este dinero nos daría la oportunidad de mudarnos a una zona más segura, y eso es lo primero en mis prioridades, porque ¿quién no quiere criar a su hijo en el mejor entorno posible? El dinero extra también me quitaría presión a la hora de comprar comida o pagar facturas y significaría que podría dejar de lado la búsqueda de trabajo durante un tiempo, al menos hasta que mi hija sea un poco más mayor. Más dinero también significaría que, si lo necesitara, podría permitirme llevar a Cecilia a la guardería uno o dos días a la semana, lo que me daría la oportunidad de trabajar o tener un descanso. También estaría bien que socializara con otros niños, en vez de estar todo el día en casa conmigo en un sitio cutre que huele a humedad.

El sonido del grifo de la cocina, que sigue goteando a mi izquierda, no hace más que motivarme aún más para acceder a esos fondos y comprar mi salida de este sitio, así que empiezo a pensar.

¿Cómo puedo retirar el dinero sin que se pueda rastrear la transacción hasta mí?

Después de pensarlo un poco, me planteo abrir otra cuenta y transferirlo allí. Aunque eso llevará más tiempo, más papeleo, más posibilidades de que se descubra mi identidad falsa. Tiene que haber otra solución, algo más rápido y que, preferiblemente, no me obligue a presentar mis documentos de identidad falsos a empleados bancarios de mirada severa.

Solo se me ocurre una opción. Necesito usar la cuenta bancaria de otra persona para mover los fondos. De esa manera, la cuenta bancaria no estará vinculada a mí, así que si la policía alguna vez se pone tras la pista y sigue el dinero, no les llevará a mí y a mi nueva identidad.

Bien, necesito una persona que me ayude. Alguien a quien pueda pagar una pequeña cantidad para que actúe como una especie de intermediario.

Tendría que ser alguien de confianza. Lo ideal sería un amigo.

Pero ¿quién?

En mi situación, la única persona que tengo es el bebé que duerme a mi lado y, aunque es adorable y probablemente me quiere, no está en la fase de tener una cuenta bancaria y poder sacar dinero por mí. Podría abrir una cuenta a su nombre, pero sería yo quien la gestionara, es decir, seguiría siendo yo quien estuviera vinculada a la cuenta.

¿Quién más hay?

La llamada a mi puerta interrumpe ese pensamiento, y me levanto esperando que sea el fontanero de Nigel, que viene a arreglar el grifo. Me detengo antes de abrir porque siempre cabe la posibilidad de que sea la policía, que me ha encontrado y viene a detenerme. Por eso miro nerviosa la bolsa que está a los pies de la cama. Siempre la tengo preparada por si tengo que cogerla y salir corriendo de aquí con Cecilia. En caso de que necesite hacer una salida de emergencia, saldría por la entrada trasera; esa ruta me permite desaparecer por el callejón trasero y salir a la carretera principal más allá. Por supuesto, si la policía me hubiera encontrado, ya tendrían cubiertas esas rutas y estaría rodeada, pero al menos tendría una oportunidad. Desde luego, tendría más posibilidades que si saliera por la puerta principal.

Mientras me acerco a la mirilla de la puerta, rezo por no ver a un hombre de uniforme mirándome fijamente con unas esposas colgando delante de su cara y me relajo al instante porque no hay nada de qué preocuparse.

—Ah, hola, Victoria —digo después de desbloquear la puerta y saludar a la sonriente mujer sonriente—. ¿Estás bien?

—Sí, solo pensé en venir a charlar. ¿Te apetece una taza de té? Tengo algunas bolsitas de té en la mía si no tienes ninguna.

Es una buena idea y, la verdad, me vendría bien dejar de pensar en qué hacer con el dinero de Drew, así que le confirmo que tengo bolsitas de té y la invito a pasar. Apenas ha entrado, ya está junto a la cuna de Cecilia, inclinada sobre ella y sonriendo al ángel dormido que descansa dentro.

—Es preciosa —susurra Victoria para no despertarla, y yo sonrío antes de poner el agua a hervir y sacar dos tazas del armario. Es una suerte que no haya venido nadie más a tomar el té, porque dos tazas es todo lo que tengo, además de los dos platos y los dos cubiertos, y aun así, la mayoría de los días no necesito tanto.

Creo que pasará mucho tiempo antes de que vuelva a organizar una cena.

—¿Qué estabas haciendo? —me pregunta Victoria mientras se sienta en mi sillón y echa un vistazo al estrecho interior de mi casa. Al menos sé que no me juzga a mí ni a mi forma de vida, porque su casa es exactamente igual a esta, menos unos cuantos paquetes de pañales, claro.

—Oh, recoger un poco —respondo mientras preparo el té. No puedo decirle que acabo de descifrar la contraseña de la cuenta bancaria secreta de mi difunto marido y ahora estoy intentando idear la mejor manera de sacar esos fondos de ella. Y entonces se me cae la cucharilla porque de repente me doy cuenta de que la respuesta a mis problemas podría estar aquí conmigo, en este piso.

Mientras miro a Victoria, sentada en el sillón y sonriendo a la dormida Cecilia, me pregunto si podría ayudarme con mi complicado dilema. Necesito la cuenta de otra persona para transferir el dinero y no revelar mi nuevo nombre en caso de que se acceda a los registros en el futuro.

¿Y si esa persona fuera Victoria?

Cuanto más lo pienso, más la veo como una opción viable. Para empezar, es la única amiga que tengo en el mundo; ninguna de las antiguas podrá volver a saber de mí. Y lo que es aún más interesante: está tan mal de dinero como yo, así que seguramente será receptiva a la idea de que le pague si me hace un favor. Sobre

todo, sé que quiere a Cecilia, así que no tengo que preocuparme de que haga algo estúpido como sospechar de mí y denunciarme a la policía. Solo querrá ayudar al bebé que adora y a su madre.

Por supuesto, no tengo que admitir ante Victoria quién soy y por qué necesito que me haga este favor. De ninguna manera quiero arriesgarme a darle mi verdadero nombre y decirle que la cuenta bancaria pertenece al hombre que asesiné. Ella no necesita saber nada de eso. Puedo inventarme una tapadera, soy bastante buena en ese tipo de cosas. Podría decirle que la cuenta pertenece a un pariente mío que falleció y que ha habido problemas con el testamento, así que es la única forma de hacerlo. Al menos podría hacerlo si ella no ve ningún extracto bancario con el nombre de Drew, pero le diré que no se moleste en conseguir un extracto, solo el dinero en efectivo. También podría dejar caer alguna indirecta sobre mi necesidad de permanecer en el anonimato en esto porque hay un exnovio maltratador en mi pasado que me está buscando y no puedo dejar que me encuentre a mí o a mi bebé.

Una historia así no es nada original en un lugar como este; imagino que estos pisos están llenos de gente con historias complicadas que huyeron de su hogar y se esconden en un lugar nuevo, desesperados por evitar volver a entrar en contacto con alguien o algo de su problemático pasado. La propia Victoria tiene una historia muy triste que contar porque, aunque nunca se lo he preguntado directamente, un día me contó algo de su pasado, y fue muy triste.

Víctima de una serie de malas relaciones, Victoria había estado en constante movimiento, iniciando de nuevo su vida en varios lugares antes de conocer inevitablemente a otro hombre que no era bueno para ella y tener que dejarlo cuando las cosas se ponían demasiado difíciles. Me contó que su último novio, un auténtico encanto llamado Darren, tenía problemas con el alcohol y a menudo descargaba su mal humor con ella cuando volvía del pub. Ella se defendió una vez, pero enseguida se dio cuenta de que no valía la pena, así que una noche, mientras él estaba desmayado en el sofá del salón, hizo las maletas y se marchó. Cornualles fue su siguiente parada. Lleva aquí desde entonces y parece bastante feliz, probablemente porque ha evitado acercarse a cualquiera de los hombres de la zona que solo podrían hacerle la vida más difícil en

lugar de más fácil. Además, sospecho que Victoria procede de un hogar desestructurado. Una vez le pregunté por su familia, pero me dijo que no tenía ni idea de dónde estaba su padre y que no quería que su madre supiera dónde se encontraba.

Era difícil no sentir lástima por Victoria y era aún más difícil que no me cayera bien cuando veía lo bien que se llevaba con Cecilia. Pensé que sería su amiga mientras alguna de las dos viviera por aquí. Pero quizá las dos podamos ser algo más que amigas la una de la otra.

Quizá podamos ayudarnos mutuamente.

—¿Estás bien? —me pregunta de repente Victoria. Y, cuando la miro, me doy cuenta de que me está observando con cara de preocupación.

—¿Yo? Sí, estoy bien.

—Llevo un minuto hablando contigo y creo que no has oído nada de lo que te he dicho —me explica Victoria.

Entonces me doy cuenta de que me he perdido por completo en mi ensoñación y no he oído nada de lo que me ha dicho.

—Lo siento. Estaba pensando en algo —digo mientras llevo nuestros dos tés.

—¿Puedo ayudar en algo? —me pregunta Victoria mientras acepta agradecida su bebida caliente, y da un sorbo mientras yo tomo asiento en el borde de mi cama, frente a ella.

—Quizá puedas —digo con una sonrisa—. Averigüémoslo.

13

ALICE

El subidón de adrenalina que me dio enterarme de que se había descubierto la nueva identidad de Fern aún no se me ha pasado, aunque ya han transcurrido veinticuatro horas desde que Tomlin me contó lo que estaba ocurriendo.

Fue una gran sorpresa descubrir que mi novio había estado trabajando en secreto para intentar atrapar a Fern, no solo por el bien de su reputación, sino también por mi bienestar. Que Tomlin pagara a un viejo amigo para cazar a Fern demuestra lo desesperado que está por darme lo único que necesito en mi vida y, por eso, me siento mucho más cerca de él que antes de enterarme. También me siento culpable porque soy consciente de que no ha sido fácil convivir conmigo estos últimos meses y de que debería estar más agradecida de que Tomlin no haya decidido que yo era demasiado complicada y se haya marchado. No solo se ha quedado, sino que ha ido mucho más allá: ha hecho algo que hoy me hace sentir la mujer más feliz de Arberness.

Está muy cerca de encontrar a esa perra.

Ahora que sabemos el nombre falso con el que vive Fern, solo es cuestión de tiempo que la encontremos. Por eso me alegro de haber podido convencer a Tomlin de que no proporcione esta información a la policía. Así podré ser yo quien sorprenda a Fern cuando la encontremos; mejor yo que algún policía que no esté tan interesado en ver a esa mujer entre rejas. Un policía incompetente podría permitir sin querer que Fern se librara de nuevo aunque la encontraran, mientras que yo no la dejaré escapar.

Una vez que la tenga, será mía.

Con una idea tan deliciosa para mantenerme ocupada, no es de extrañar que anoche no pudiera dormir mucho. Pero al menos esta vez mi falta de sueño se debe a algo que no es mi bebé, que me mantiene despierta toda la noche. No me importa pasar unas cuantas noches más en vela si al final termino atrapando a Fern y riéndome en su cara mientras la tiro al suelo y le digo que se acabó.

Hasta que llegue ese momento, hay algo más de lo que tengo que ocuparme y, tras meter a Evelyn en su cochecito —donde sospecho que no tardará en dormirse en cuanto empecemos a movernos—, salgo de casa y me dirijo al pueblo. Tomlin está en el trabajo, pero volverá a casa esta noche y, cuando lo haga, lo primero que querrá saber es si he acudido o no a la cita que pedí ayer con el médico. Me aseguraré de decirle que sí, lo que demostrará que he cumplido la promesa que le hice de hablar con alguien sobre cómo me siento desde que nació Evelyn.

No puedo decir que esté deseando abrirme y expresar mis sentimientos a un profesional médico, pero sé que mi novio tiene razón. Tengo que hacerlo, por el bien de nuestra relación, de mi bebé y por mí. No sé si estoy deprimida o si simplemente tengo problemas, pero no me vendrá mal desahogarme y, quién sabe, tal vez las pastillas recetadas me permitan desconectar cuando mi cabeza toque la almohada por la noche.

Llego a la consulta del médico y solo he tenido que pararme una vez, cuando me he encontrado con el carnicero de la calle. Quería echar un vistazo en el cochecito para ver a Evelyn. Pero ya estoy aquí, justo a tiempo para mi cita, y al entrar en la sala de espera, estoy lista para ver al nuevo médico del pueblo.

Es el doctor Andrews, y fue contratado después de que el médico anterior ya no pudiera cumplir con sus obligaciones profesionales. El doctor Drew Devlin tenía una buena razón para ello, ya que había sido asesinado. Aunque sé que estaré en buenas manos con el nuevo médico, porque ya lo he visto antes, cuando estaba embarazada de Evelyn y necesitaba preguntar algunas cosas. También sé que la consulta que utiliza es una con la que tengo una historia muy particular.

Mientras que todos los demás pacientes de este pueblo entran en

esa sala para una revisión y una charla con el médico, en una ocasión yo entré para algo más.

Fui allí a acostarme con Drew.

Cuando me llaman por mi nombre y entro en una sala que me resulta muy familiar, miro la camilla donde una vez estuve desnuda con Drew, con la cabeza apoyada en su pecho desnudo mientras hablábamos después de intimar. En aquel momento, los dos pensábamos que lo teníamos todo bajo control y que nadie sabía nada de nuestros encuentros secretos.

El doctor Andrews me descubre mirando la camilla del rincón y carraspea para llamar mi atención; cuando la tiene, me disculpo por soñar despierta y tomo asiento junto a su escritorio. Entonces empiezo a sentir la paranoia de que el doctor sabe la razón por la que estaba en trance. ¿Lo sabe? ¿Sabe que me acosté con Drew aquí? Puede que no, pero sabrá que tuve una aventura con su predecesor porque todo el mundo en este pueblo lo sabe.

Oh, Dios, esto es muy embarazoso. Necesito salir de aquí. No puedo hacer esto.

Se me llenan los ojos de lágrimas cuando me vienen recuerdos de Drew en esta sala, y está claro que aún tengo muchos demonios que procesar en lo que se refiere a él. Antes de que pueda irme, el doctor Andrews me pone una mano en el brazo y me dice que todo va bien. Luego habla por mí, adelantándose a algunas de las cosas que cree que podría haber estado a punto de contarle al hablar de lo difícil que puede ser la maternidad y de cómo los traumas del pasado pueden tener un impacto muy negativo en una madre primeriza.

Suelo odiar el hecho de que mi reputación me preceda, pero, en este caso, parece que me está ayudando, porque me ahorra tener que hablar de todo con el médico, que quiere atenderme con amabilidad. Debe ser evidente para él que tengo problemas de salud mental. Al final, tengo que confirmarle que es así y darle un par de ejemplos de lo difícil que me está resultando todo con Evelyn. Entonces me receta unas pastillas que deberían ayudarme con mi estado de ánimo y me remite a un profesional médico de fuera de

este pueblo con el que pueda hablar más abiertamente. Eso sería de gran ayuda, y me siento aliviada porque siempre va a ser difícil ser sincera con un médico al que podría ver en el bar del pueblo o en la calle principal el fin de semana; hablar con alguien de fuera será de gran ayuda. Después de darle las gracias, cojo a Evelyn y salgo de la consulta en dirección a la farmacia, que está a un par de edificios de distancia.

Una vez allí, le entrego mi receta a la sonriente mujer de la bata blanca y, cuando me da la medicación, le doy las gracias y salgo, empujando a Evelyn fuera mientras me pregunto si el pequeño paquete que tengo en las manos es una especie de cura milagrosa para mí. El doctor Andrews me ha dicho que tardaré un tiempo en notar los efectos, pero que cuanto antes empiece, mejor. Así que eso hago, me tomo una pastilla y me la trago antes de seguir mi camino.

Al girar la esquina de la calle para atravesar el centro del pueblo, supongo que veré unas cuantas caras amigas mientras me dirijo a casa. Sin embargo, lo único que ocurre es que veo a alguien a quien no esperaba encontrarme en absoluto y suelto un chillido descomunal.

—¡Siobhan! —grito cuando veo a mi amiga de la cárcel fuera de la carnicería hablando con un vecino. Al verme, se excusa de la conversación antes de correr hacia mí y el cochecito.

—¡Hola! ¡Sorpresa! —dice, antes de abrir los brazos y envolverme con ellos. Es increíble volver a verla. Tiene mucho mejor aspecto que la última vez que estuvimos juntas, aunque eso no es difícil teniendo en cuenta que ambas llevábamos uniformes de presidiaria y que nuestro peinado y maquillaje eran lo de menos. Pero ahora parece estar floreciendo; su piel está radiante, sus ojos verdes brillan, y a pesar de no haberlo notado antes gracias a su poco favorecedor atuendo entre rejas, claramente está en buena forma.

—¿Qué haces aquí? Sé que dijiste que vendrías, pero no cuándo —digo mientras rompemos nuestro abrazo.

—Lo sé. Iba a contarte que estaba de camino, pero luego decidí darte una sorpresa —me dice Siobhan, sonriendo—. Me imaginé

que este era un pueblo pequeño, así que mi plan era preguntar a uno de los lugareños dónde vivías y luego sorprenderte en tu casa. Pero tú me has encontrado primero.

—¡No me lo puedo creer! —digo, genuinamente sorprendida, pero en el buen sentido—. No tienes ni idea de lo que me alegro de verte.

—¿A quién tenemos aquí? —pregunta Siobhan mientras desvía su atención de mí hacia la niña del cochecito—. Tú debes ser Evelyn. Oh, ¡qué bonita eres!

Observo a Siobhan mientras hace carantoñas a mi bebé y sacudo la cabeza sin poder creer que haya venido a Arberness tan pronto después de preguntarme si podía visitarme. Ahora que está aquí, tengo muchas ganas de ponerme al día con ella, así que le sugiero que nos dirijamos a casa, donde puedo prepararnos una taza de té.

—¿Té? No he venido hasta aquí solo para tomar té contigo. Por favor, dime que hay un bar en este pueblo.

Me río mientras Siobhan mira a su alrededor en busca de alguna señal de un lugar que sirva alcohol antes de decirle que, efectivamente, hay un pub en Arberness.

—¡Genial, entonces vamos! —sugiere—. Pueden entrar bebés en el pub, ¿verdad?

—Por supuesto —digo mientras Siobhan se ofrece voluntaria para empujar el cochecito, y con eso nos ponemos en camino hacia el centro social de este pueblo, que es The King's Head. Cuando llegamos, busco una mesa en un rincón mientras Siobhan va a por las bebidas. A pesar de decirle que solo tomaré una copa de vino, vuelve con una botella llena.

—¡Salud, amiga! —dice después de servirnos a los dos una buena cantidad, y chocamos las copas.

Mientras bebo el primer sorbo, pienso que no esperaba pasar una tarde así en un día entre semana. También pienso que el doctor Andrews me ha dicho que no debo beber alcohol con las pastillas

que me ha recetado, pero, teniendo en cuenta que acabo de empezar a tomarlas, dudo que tenga que preocuparme demasiado por eso todavía. Además, solo me tomaré esta copa. Seré sensata. Debo serlo porque Evelyn está con nosotras.

Al menos, ese es el plan.

Por desgracia, mientras Siobhan y yo charlamos, me doy cuenta de que me va a resultar difícil tomarme solo una o dos copas. Lo confirmo cuando Siobhan sugiere otra visita a la barra y no digo que no cuando se levanta de su asiento para traer más bebida. Pero, mientras la veo pedir, siento aprensión porque soy consciente de que las cosas se van a complicar cuando más tarde llegue a casa. Y es que a Tomlin no le gustaba la idea de que permitiera a Siobhan venir a visitarme, citando sus antecedentes penales como una buena razón para no tenerla en casa y cerca de mi bebé. Le aseguré que no pasaría nada, pero, por la forma en que lo dejamos, creo que asumió que no iba a venir. Siobhan ya está aquí, así que no puedo decirle que se busque otro sitio donde quedarse. Sin embargo, como estaré encantada de recordarle a Tomlin si es necesario, no hay nada de qué preocuparse porque ella es inofensiva, al menos para cualquiera que no sea su antiguo jefe. Sí, intentó matarlo, pero ya cumplió su condena por ello.

No es un peligro para nosotros.

Es mi amiga.

O, al menos, eso es lo que creo.

14

TOMLIN

La noticia de que mi viejo amigo Ian había logrado un avance decisivo en la búsqueda de Fern hizo maravillas en mi vida personal. Darle tan buenas noticias a Alice ayudó a salvar algunas de nuestras diferencias y a aliviar parte de la tensión que había ido creciendo entre nosotros. Sé que también podría mejorar mucho mi vida profesional, y por eso es más que frustrante que Alice me convenciera de mantenerlo en secreto para que pudiéramos encontrar a Fern antes que nadie.

Entiendo por qué quiere hacerlo así, pero ella no tiene que ir a trabajar todos los días a un lugar donde todo el mundo cotillea a tus espaldas y te mira con simpatía o repugnancia. Mis compañeros policías saben que yo fui el responsable de que Fern escapara, así que nada me gustaría más que entrar en mi despacho y decir que me he redimido al encontrarla de nuevo. Por desgracia, aún no puedo hacerlo porque le he dado mi palabra a Alice de que dejaré que Ian se acerque a Fern antes de dar el siguiente paso. También me parecería extraño, porque al haber sido apartado del caso de Fern y asignado a investigaciones más pequeñas y serviles, levantaría grandes sospechas si revelara que he estado trabajando en secreto en algo que no debería. Además, basándome en cómo me trataron mis superiores cuando Fern escapó por primera vez, no estoy seguro de querer darles buenas noticias y dejar que se lleven toda la gloria cuando no han hecho nada.

Como detective, estoy acostumbrado a sacrificarme; este trabajo consiste en anteponer otras cosas a uno mismo, y este es solo otro ejemplo de ello. Supongo que a la larga valdrá la pena porque, una vez que hayamos atrapado a Fern, obtendré todos los elogios y el respeto, y limpiaré mi reputación, así que es solo gratificación

retrasada. Al retrasarlo, también habré conseguido que Alice me quiera un poco más, así que al final merecerá la pena. Hasta entonces, tendré que seguir siendo conocido como el detective estúpido que metió la pata en el caso más importante de su carrera.

Pero no voy a dejar que eso me desanime durante mucho tiempo, porque estoy volviendo a casa de mi último turno y tengo una bolsa llena de comida china para llevar en el asiento del copiloto. El aroma que desprende la bolsa llena de delicias hace que mis papilas gustativas se estremezcan, y sé que le pasará lo mismo a Alice cuando entre por la puerta con ella. No tiene ni idea de que he cogido una deliciosa sorpresa para que la disfrutemos esta noche, pero tengo la sensación de que no le importará demasiado que no tengamos que cocinar. Con un poco de suerte, podremos dejar a Evelyn un rato en su cuna, y eso nos permitirá sentarnos juntos a disfrutar de la comida y hablar de nuestro día.

Debería haber mucho que contar.

Aunque yo tengo unas cuantas anécdotas del trabajo, Alice también tendrá cosas de las que hablar porque esta tarde tenía que acudir a su cita con el médico. Sé que era reacia a ir y hablar de su salud mental, pero estoy seguro de que ha cumplido su palabra y ha acudido a la cita. También estoy seguro de que se siente mejor por haberlo hecho. Siempre es bueno abrirse a alguien y espero que Alice se sienta mucho más tranquila cuando entre por la puerta dentro de unos minutos.

Estoy pasando por el centro de Arberness y casi estoy en casa cuando suena mi teléfono. Frunzo el ceño porque no esperaba una llamada de la persona que intenta ponerse en contacto conmigo. Es Ken, el dueño del pub del pueblo, y aunque nos llevamos bien, no suele llamarme. Solo tiene mi número porque una vez le dije que no conocía a mucha gente aquí y, obviamente, se apiadó de mí y me pidió mi teléfono para quedar alguna vez. Eso aún no ha sucedido e, incluso cuando llegó el momento de encontrarnos, supuse que sería en su local porque no hay ningún otro sitio al que puedan ir dos hombres por aquí, lo que significaría que él se beneficiaría de nuestro encuentro con todas las bebidas que yo acabaría consumiendo. A menos que me permita beber gratis, lo que podría ser divertido, aunque no lo sería tanto a la mañana siguiente.

—Hola, Ken. ¿Cómo va todo? —digo mientras conecto la llamada usando mi sistema de manos libres.

—Hola, detective —dice Ken, y el hecho de que utilice mi título profesional me indica que puede que no se trate de una llamada amistosa. Aunque le dije que aún no tenía muchos amigos en este pueblo, eso no significaba que todo el mundo no supiera ya quién era y a qué me dedicaba. Quizá la verdadera razón de mi falta de amigos aquí es que muchos de ellos me culpan de haber dejado escapar a Fern.

—¿Qué sucede?

—Te llamo porque estoy un poco preocupado por algo. Estoy seguro de que no es nada, pero pensé que era mejor decírtelo por si necesitabas venir.

—¿De qué estás hablando? —pregunto, preocupado ahora porque en este pueblo haya sucedido algo más que no debería haber ocurrido.

—Es Alice. Está aquí, en el pub.

—¿Qué?

—Y tiene a Evelyn con ella.

—¿Qué hace ella allí? Pensé que estaría en casa.

—Está aquí con una amiga.

—¿Quién?

—Una mujer llamada Siobhan.

Reconozco el nombre de inmediato y aprieto los dientes. Es la amiga de Alice de la cárcel, la que intentó matar a un hombre. Me dijo que podría venir, pero no tan pronto y, además, creía haber sido bastante claro cuando le dije a Alice que no quería que se quedara con nosotros y estuviera cerca de Evelyn.

—Parece encantadora —continúa Ken—. Es solo que...

—¿Qué?

—Bueno, Alice y Siobhan han estado bebiendo bastante. Con la pequeña Evelyn aquí, pensé en asegurarme de que podrían llegar bien a casa.

Ya es bastante malo oír que Alice ha quedado con Siobhan, ¡pero es que además las dos están borrachas!

Beber alcohol con una asesina en potencia y con una niña pequeña en el pub. ¿Qué le pasa? ¿En qué mundo piensa que esto es una buena idea, y más estando a cargo de un bebé? Sabía que no era ella misma con todo lo que ha estado pasando, pero esto no es lo que habría esperado de Alice.

Hablando de ser irresponsable.

—Voy para allá —digo mientras me dirijo al pub.

Cuando llego, dejo rápidamente el coche y entro corriendo. Una vez en el interior, no tardo en localizar a Alice porque no es difícil encontrarla.

Es la que canta en voz alta en la esquina.

Está claro que ha bebido demasiado. Me precipito hacia ella, observando las copas de vino sobre la mesa, pero también a Evelyn en su cochecito. También veo a Siobhan y, aunque aún no nos conocemos oficialmente, tengo la sensación de que no voy a causarle la mejor primera impresión.

—Alice, ¿qué estás haciendo? —pregunto, y mi novia parece atónita al verme. Aunque una vez que sabe que estoy aquí, sonríe y me dice que me tome algo y me una a ella.

—Me llevo a Evelyn a casa —digo mientras me hago cargo del cochecito—. ¿Cuándo fue su última toma? ¿Cuánto tiempo lleva aquí?

Alice me dice que todo va bien y luego intenta presentarme a Siobhan, que me dedica una gran sonrisa y me tiende la mano, pero yo las ignoro a las dos porque estoy demasiado enfadado con ellas

por beber tanto mientras tienen un bebé a su cargo. Alice parece muy borracha, lo que empeora cuando veo la bolsita de la farmacia sobre la mesa, junto a su copa de vino.

—¿Qué es esto? ¿Te ha recetado algo el médico? —le pregunto, pero Alice se limita a encogerse de hombros. Compruebo las pastillas y, cuando lo hago, sé que no se las habrían ofrecido a menos que el médico pensara que había algún problema. Es bueno que las tenga, pero, para que se aprecien sus beneficios, estoy seguro de que no deben mezclarse con alcohol.

—Venga, quédate y diviértete —me dice Alice, pero la ignoro mientras Ken se acerca a la mesa.

—¿Por qué has seguido sirviéndole cuando claramente ha bebido demasiado? —le pregunto, pero él se limita a disculparse y a decir que no ha sido él quien ha estado en la barra sirviendo en toda la tarde.

Al darse cuenta de que quiero irme con el cochecito, Alice va a levantarse, pero tropieza y acaba tirando su bebida al intentar recuperar el equilibrio. Todos en el pub nos están mirando ahora, por lo que bajo la voz y susurro a mi pareja:

—Estás montando una escena. Es hora de irse a casa.

Pero Alice no se da por aludida y se limita a extender los brazos hacia mí.

—Dame a mi bebé —me dice, mientras Siobhan da un sorbo a su vino y sigue observando.

Presiento problemas por la inflexión de Alice al decir «mi niña». Lo último que quiero es que me recuerde a mí y a todos los demás que no soy el padre de Evelyn y que, técnicamente, no tengo derecho a llevármela a casa.

—Alice, vamos. Si quieres quedarte a beber con tu amiga, me parece bien, pero Evelyn no debería estar aquí si estás borracha —le digo, esperando que lo entienda.

Pero parece que no.

—Dámela —vuelve a decir Alice, antes de coger el cochecito.

Lo alejo, no me entusiasma la idea de que sostenga a la niña teniendo en cuenta que ella misma apenas podía mantenerse en pie hace unos momentos. Pero Alice no ceja en su empeño de quitarme a Evelyn y vuelve a meter la mano en el cochecito, aunque esta segunda vez casi pierde el equilibrio, lo que no hace sino reforzar mi opinión sobre lo inadecuado que es para ella estar a cargo de un bebé en su estado actual.

—¡Mírate! ¡Apenas puedes mantenerte en pie! ¡Evelyn probablemente podría caminar mejor que tú ahora mismo! —No tengo intención de avergonzar a Alice en público, tan solo digo lo que siento que es verdad—. ¡Déjala en paz antes de que acabes dejándola caer!

Como era de esperar, Alice no se toma bien mis comentarios, y parece que estamos a punto de tener una discusión muy incómoda en un ambiente muy social, que no nos va a hacer ningún favor a ninguno de los dos. Hasta que interviene Ken, que se mete en la discusión con toda la habilidad y experiencia de un tabernero que lleva décadas resolviendo disputas en este local.

Le dice a Alice que no se permiten bebés en el pub a estas horas, lo que me ayuda mucho y también evita que todo esto se convierta en una cuestión de querer alejar a Evelyn de su madre ebria. También sugiere que Alice y Siobhan pidan algo de cenar porque deben tener hambre, que es una forma educada de decir que necesitan algo para absorber el alcohol sin decirles que dejen de beber.

Decido no mencionar la comida china para llevar que se enfría en mi coche; la idea de disfrutar de una buena cena con mi pareja esta noche ya no es una posibilidad. Siobhan dice que tiene hambre y a Alice parece gustarle la idea de cenar. Ken lo hace aún más atractivo cuando le dice que puede relajarse sin tener que cuidar del bebé ahora que estoy aquí, antes de volverse hacia mí y susurrarme que se asegurará de que no beban demasiado esta noche.

Con Alice más tranquila, me parece un buen momento para salir, así que le digo que la veré en casa y me dirijo a la puerta con Evelyn en el cochecito.

Mientras salgo del pub, soy consciente de que esta noche se ha convertido en un desastre y de que esto aún no ha terminado. Es probable que Alice y yo discutamos cuando llegue a casa más tarde y más aún si Siobhan está con ella buscando un lugar donde pasar la noche.

Mientras miro a Evelyn, no puedo evitar pensar en cuántas locuras han tenido que ocurrir para que yo haya acabado aquí, en esta situación.

Al igual que Alice, muchos de mis problemas se remontan a Fern.

Todo lo que puedo esperar es que Fern tenga muchos problemas propios en este momento.

Al menos, eso sería una especie de justicia.

Pero ¿los tiene?

15

FERN

La vida puede ser muy dura cuando tienes un problema aparentemente imposible de resolver. Pero la vida puede parecer sorprendentemente fácil cuando encuentras una solución a ese problema. Tengo una gran sonrisa en la cara porque hoy he resuelto un problema. Y creo que mi vida va a ser mucho más fácil en el futuro.

Necesitaba una forma de acceder al dinero de la cuenta de Drew en el extranjero sin sacarlo a mi nuevo nombre, Dios me libre de que alguien lo vea. Tuve la idea de pedirle a mi vecina, Victoria, que me hiciera un favor, pero no sabía si estaría de acuerdo hasta que lo intenté.

Eso es lo que he hecho esta tarde.

Y ella ha dicho que sí.

Abordando el tema con toda la delicadeza que merecía, conseguí hacer entender a Victoria que había un dinero al que tenía derecho a acceder, pero que debía mantenerlo en secreto. Aprovechando la experiencia de mi vecina cuando se trata de evitar a personas del pasado y de tener un motivo real para pasar desapercibido, le pregunté a Victoria si ella podría retirar el dinero de la cuenta por mí y, en caso afirmativo, le dije que estaría dispuesta a pagarle.

Sorprendentemente, Victoria dijo que sí sin que yo le mencionara siquiera la cifra que estaba dispuesta a darle por su ayuda, pero casi de inmediato supe que iba a estar de acuerdo con mi plan por lo cariñosa y atenta que ha sido desde que la conozco. Sin pedirme que le explicara con detalle de dónde iba a sacar el dinero y por qué necesitaba su ayuda, Victoria se limitó a decirme que, cuando

estuviera listo, me facilitaría los datos de la cuenta bancaria a la que tenía que enviar el dinero.

Hubo un momento en el que me sentí muy culpable no solo por preguntarle, sino también por lo amable que estaba siendo con todo el asunto, porque si mis temores más profundos se hacían realidad y la policía estaba vigilando esta cuenta, estaba a punto de verse envuelta en algo muy desagradable. Los detectives la seguirían para averiguar quién era exactamente y por qué me estaba ayudando. Si bien podría tener la oportunidad de huir antes de que encontraran a Victoria, ella tendría que dar muchas explicaciones. Podría decirles que no tenía ni idea de que yo era una delincuente buscada, y es la verdad, pero ¿la creerían?

No me gusta pensar en condenar a una amiga inocente y extremadamente servicial a una posible investigación de la policía que podría no acabar bien para ella, por no lo voy a pensar más. No tengo otra opción. Necesito ese dinero y Victoria se ha ofrecido a ayudarme, arriesgándose ella misma al no indagar ni hacer preguntas, presumiblemente porque supone que esta transacción puede no ser del todo correcta, pero está encantada de ayudarme, y sobre todo si de paso ella puede sacar algo de dinero.

Dos amigas ayudándose mutuamente. Eso es todo. Además, ya es demasiado tarde para preocuparse por los pros y los contras de todo esto.

Eso se debe a que el dinero ya se está transfiriendo.

Antes me senté con Victoria delante de mi portátil y, juntas, hicimos lo necesario para pasar el dinero de la cuenta de Drew a la suya. Según las condiciones de la cuenta en el extranjero, el dinero puede tardar hasta veinticuatro horas en aparecer en el banco del destinatario, lo que significa que no obtuve la gratificación instantánea que buscaba. También significa que ahora he tenido que depositar mucha confianza en Victoria porque, salvo que me siente a su lado hasta que el dinero llegue a su cuenta, voy a tener que confiar en su palabra de que no desaparecerá con los fondos.

No creo que lo hiciera, porque eso significaría que me estaba jodiendo tanto a mí como a Cecilia, un bebé al que adora. Por si

acaso, decidí aumentar la cantidad de dinero de la que estaba dispuesta a desprenderme para que me ayudara. En lugar de quinientas libras, pasé a ochocientas, que era mucho más de lo que yo quería, pero me parecía muy tacaño darle solo una fracción de la pequeña fortuna que estaba consiguiendo para mí. En su favor diré que Victoria rechazó la oferta y me aseguró que estaba encantada de ayudar, a condición de que si me mudaba me mantuviera en contacto y la dejase visitar a Cecilia de vez en cuando. Pero no solo le prometí que lo haría, sino que me aseguré de dejarle claro que sería bien compensada por ello, y cuando Victoria se marchó de mi piso, era muy consciente de que todo lo que tenía que hacer era cumplir su parte del trato y al día siguiente sería ochocientas libras más rica.

Ha pasado una hora desde que Victoria salió de mi piso ¿y qué he hecho en todo ese tiempo?

Me he quedado escuchando junto a la puerta de mi casa para asegurarme de que mi vecina no estaba recogiendo sus cosas y marchándose con todo el dinero de mi exmarido.

Vaya confianza la mía, pero hay una delgada línea entre confiar en alguien y ser estúpido. Al fin y al cabo, conozco a Victoria desde hace poco tiempo, así que podría ser problemática. Lo dudo, pero tengo que estar alerta, y por eso me aseguro de que no me dejará tirada escabulléndose en cuanto tenga el dinero en su cuenta.

Una cosa que me ayuda es que el banco de Drew enviará una notificación a su correo electrónico cuando el dinero se haya transferido oficialmente, lo que significa que lo sabré en cuanto lo tenga Victoria. Eso es útil, aunque también significa que si quiero saber exactamente cuándo sucede, voy a tener que estar despierta toda la noche y seguir actualizando la página en la pantalla de mi portátil. Estar despierta toda la noche habría sido un problema en algún otro momento de mi vida, pero, mientras Cecilia llora para hacerme saber que tiene hambre otra vez, tengo la sensación de que ahora no me va a costar mucho conseguirlo.

Se avecina una noche sin dormir.

Después de saciar el hambre cada vez mayor de mi bebé, pienso en

lo que puede pasar una vez que Victoria retire el dinero de su banco. El mundo se abrirá ante mí y seré libre para dejar este lugar y alquilar un sitio mejor. Me cuesta creerlo mientras miro este horrible piso, pero pronto estaré fuera de aquí. Estaré lo bastante lejos y no tendré que escuchar el maldito grifo que gotea y que aún no han arreglado. Pero no me iré demasiado lejos. Quiero quedarme en este pueblo porque es bonito y ahora tengo una buena amiga aquí. Victoria tendrá sus ochocientas libras para gastar y yo estaré encantada de quedarme a ver qué elige para darse un capricho.

Consciente de que tengo que luchar contra el cansancio mientras estoy aquí sentada y refresco la pantalla para ver si se ha transferido ya el dinero, rompo esa rutina repetitiva echando un vistazo de vez en cuando a algunos de los antiguos correos electrónicos de Drew. Creo que ya he leído todo lo que tiene que ver con Alice hasta que me encuentro con un correo sobre una gala médica en Manchester. Reconozco el evento en cuestión porque está asociado a un bonito recuerdo que tengo de Drew, o al menos así era hasta que leo el correo que envió a Alice refiriéndose a él. Es entonces cuando el recuerdo que tengo se mancha al instante y, a pesar de que supuestamente esta noche me he sentado frente al portátil para seguir comprobando la cuenta bancaria, me encuentro olvidando todo eso por el momento y centrándome en otra mentira que acabo de descubrir.

Teniendo en cuenta lo que ha ocurrido desde esa gala médica, quizá no debería escandalizarme que Drew traicionara mi confianza en otra ocasión, pero sigue doliendo, aunque esté muerto. Mientras reflexiono sobre la noche en cuestión, tengo la tranquilizadora sensación de que, a pesar de todo lo que he hecho y de la situación en la que me encuentro ahora por ello, solo hay tres palabras que me vienen a la cabeza cuando pienso en mi espectacular plan de venganza.

Valió la pena.

16

FERN

Hace dos años, la gala médica

Estudio mi reflejo en el espejo de la habitación y siento que estoy lo mejor posible para la velada que me espera. Me he arreglado el pelo y las uñas, y me he comprado un vestido nuevo para la ocasión. He transformado mi apariencia: me he rizado el pelo oscuro y he exagerado un poco con la sombra de ojos. He experimentado y me gusta bastante el efecto, siento que el maquillaje extra acentúa mis ojos.

En general, estoy preparada para lucir en breve mi mejor versión.

Me siento, y parezco, la glamurosa mujer de un médico.

Estoy segura de que el propio doctor lo aprobará.

—¿Estás listo? —grito a Drew, antes de coger mi copa de vino y beber un sorbo, dándome cuenta después de que he dejado un semicírculo rojo de pintalabios en el borde. No hace falta que me vuelva a maquillar, porque ese era el efecto que buscaba: mucho rojo. Y parte de él se pegará a lo que toquen mis labios esta noche porque, como siempre, me gusta dejar huella.

Drew no me ha contestado, pero puede que sea porque hay música en la casa, y no le doy demasiada importancia mientras rebusco en el contenido de mi bolso de mano y me aseguro de que tengo todo lo que necesito. Aparte de algo de maquillaje, no tengo que meter muchas cosas. Drew llevará su cartera para el taxi, pero, cuando lleguemos al local de esta noche, las bebidas serán gratis, lo cual es

muy cómodo, y tengo muchas ganas de darme un capricho en la barra libre.

Mientras Drew debe estar admirando su propio reflejo en el espejo del baño, peinándose y ajustándose la pajarita del esmoquin, pienso en la razón por la que ambos nos estamos arreglando este viernes por la noche. Vamos a asistir a una gala médica, un gran y ostentoso acto benéfico que reúne a los mejores médicos de la zona de Manchester para una velada en la que se come, se bebe, se hacen contactos y se recaudan algunos fondos que se necesitan con urgencia para diversas causas nobles de la ciudad. Será estupendo estar en una sala llena de todo tipo de gente interesante, desde los propios médicos hasta sus parejas. También será agradable sentir que estamos devolviendo algo a la sociedad porque, entre todos, deberíamos recaudar decenas de miles de libras para obras benéficas mientras pujamos por diversos artículos en subasta.

Antes he echado un vistazo a la página web del evento y he visto algunas de las cosas por las que tendremos la oportunidad de pujar más adelante, y ya le he echado el ojo a una de ellas. Se trata de una estancia de dos noches para dos personas en un hotel de cinco estrellas en las Tierras Altas de Escocia, y nada me gustaría más que disfrutar de esa escapada con Drew. Ya nos estoy viendo, paseando por lagos y haciéndonos selfies frente a montañas espectaculares, antes de regresar al lujoso hotel y sentarnos junto a una chimenea, vestidos solo con mullidos albornoces y bebiendo a sorbos el champán que acaba de llegar del servicio de habitaciones. Supongo que para ganar la estancia en el hotel tendremos que pagar de más, pero ese es el objetivo de estas subastas: que la gente con dinero lo done por una buena causa. Eso solo hará que ganar el premio sea aún mejor; nuestra oferta por la estancia en el hotel podría ver cómo el dinero que gastamos se destina a nuevos equipos médicos en un hospital cercano, y eso vale cada penique.

Mientras termino de revisar mi bolso, me siento satisfecha de que Drew y yo hagamos mucho por la caridad, pero siempre podemos hacer más. Estoy deseando llegar a la gala de esta noche y conocer algunas de las fantásticas causas para las que estamos recaudando fondos, todo ello mientras saboreo el champán y picoteo unos cuantos canapés, por supuesto. Después de dejar de trabajar y

convertirme en un ama de casa en toda regla, este tipo de eventos me brindan la oportunidad de socializar fuera de mi círculo íntimo de amigos. Por eso los espero con tanta ilusión, porque me sacan de casa un poco más de lo habitual y, además, son muy divertidos una vez que el alcohol ha hecho efecto y todos se sueltan.

¿A quién no le gusta la oportunidad de mezclarse con un grupo de personas bien vestidas, bien pagadas y con buenos modales?

—¡Drew! El taxi estará aquí en un minuto. ¿Estás listo? —le pregunto, pero sigue sin responderme desde el baño, así que apago la música, por si acaso me ha estado respondiendo y no lo he oído. La casa está en silencio y ahora estoy un poco preocupada, así que voy al baño para comprobar si mi marido está bien. Cuando llego, lo veo de pie frente al lavabo mirando su teléfono móvil.

—Oye, estaba hablando contigo —le digo, confundida porque Drew parece estar soñando despierto—. ¿Estás listo? Tenemos que irnos en un minuto.

Drew por fin me hace caso, probablemente porque no tiene más remedio ahora que estoy a su lado, pero, cuando lo hace, no son buenas noticias.

—Lo siento. He metido la pata —me dice. Y, por un segundo, me asalta la ansiedad por lo que pueda estar a punto de decir.

—¿Qué pasa? —pregunto nerviosa, con mi recién adquirido y carísimo vestido, mirando a mi elegante compañero con su esmoquin blanco y negro.

—Me equivoqué. Creía que las parejas estaban invitadas esta noche, pero no es así. Lo siento mucho, pero no puedes venir conmigo a la gala.

Una parte de mí se siente aliviada de que la confesión de Drew no sea algo demasiado serio. Pero otra parte está muy enfadada porque me he arreglado y emocionado para nada.

—¿Qué? Estás bromeando, ¿verdad?

—No, lo siento. Acabo de comprobar la invitación y es solo para

profesionales médicos, así que las parejas están excluidas. Lo siento mucho, debería haberlo leído con más cuidado.

Es irritante oírlo, pero también puedo ver que Drew parece muy avergonzado por ello, así que siento que no puedo ser demasiado dura con él porque solo ha sido un error. Sin embargo, eso no resuelve mi problema de qué hacer esta noche. Hasta que Drew tiene una sugerencia.

—¿Por qué no llamas a una de tus amigas a ver si le apetece salir a tomar algo? —dice—. ¿Claire, tal vez? Me parece una pena que te hayas arreglado tanto para nada.

—Claire está fuera este fin de semana. Además, no quiero salir a tomar algo con una amiga. Quería salir a tomar una copa contigo.

Sé que decir algo así no va a ayudar a que Drew se sienta menos culpable por haberme invitado accidentalmente a algo, pero lo he dicho de todos modos. Aunque solo sea porque quiero que sepa que de verdad me apetecía pasar una velada así en su compañía.

—Lo siento mucho —vuelve a decir—. Ojalá pudieras venir. Te lo compensaré, te lo prometo. Saldremos juntos el próximo viernes por la noche, los dos solos. Cena y copas. Tal vez podríamos quedarnos en un hotel también. ¿Qué te parece?

Suena bien, así que le digo que sí, pero eso no cambia el hecho de que esta noche me voy a quedar sola en casa, vestida y sin ningún sitio al que ir.

—¿Por qué no pides comida para llevar? El menú de esa nueva pizzería está en el cajón de la cocina —sugiere Drew antes de volver a comprobar su reflejo en el espejo. Mientras se pasa las manos por el pelo oscuro, tengo la repentina impresión de que no está tan decepcionado porque no pueda ir con él como parecía al principio. No sé por qué tengo esa sospecha, pero lo miro mientras se prepara para salir de casa y me parece que está mucho más contento de lo que debería.

—¿Así que vas a ir solo? —le pregunto mientras coge su abrigo y las llaves—. ¿Crees que te divertirás?

—Bueno, tengo que ir porque he confirmado mi asistencia —me dice—. Habrá una etiqueta identificativa con mi nombre, así que lo sabrán si al final no aparezco. No quiero ser descortés. Y conozco a varios médicos allí, por lo que estaré entretenido.

La despreocupada respuesta de Drew se interrumpe cuando recuerda que probablemente no debería estar tan relajado por dejarme sola mientras se va a emborracharse con un montón de colegas médicos, así que amplía la respuesta que acaba de darme.

—Te voy a echar de menos —dice—. Volveré en cuanto pueda, pero ya sabes cómo pueden ser estas cosas. Tal vez se haga tarde. Yo no esperaría despierta. Te mandaré un mensaje cuando esté en el taxi de vuelta a casa, ¿te parece bien? Te quiero.

Drew me da un beso en los labios, los mismos que me he pasado horas pintando. Cuando se separa, veo que sus labios están un poco más rojos que hace un momento. Pero no le importa, se dirige a la puerta y, tras saludarme con la mano, se marcha.

Me acerco a la ventanilla y lo veo subir al taxi que lo estaba esperando, que arranca y se va. Me siento estúpida con este vestido, debería ir a quitármelo. La sensación de angustia en la boca del estómago me impide hacer algo tan práctico como eso. En su lugar, empiezo a considerar la idea de hacer algo muy poco práctico.

Cojo el móvil, pero, a diferencia de lo que sugiere Drew, no voy a pedir que me traigan comida para llevar. En realidad, pido un taxi y, cuando llegue, quiero que me lleve al lugar donde se celebra la gala de esta noche. El motivo es un miedo muy arraigado que tengo y la necesidad de asegurarme de que no se haga realidad.

Siempre he tenido miedo de que Drew pudiera engañarme.

¿Y si eso es lo que está haciendo esta noche?

Una vez pedido el taxi, intento decirme a mí misma que estoy exagerando y que mi marido estaba siendo sincero. Nunca antes le he pillado mintiendo, así que debería fiarme de lo que me ha dicho de que se ha liado con las invitaciones a la gala. Pero entonces pienso en la vez que descubrí que estaba enviando mensajes de

texto a una antigua amiga de la universidad, una mujer muy atractiva que seguramente no necesitaba enviar tantos mensajes a mi marido. Drew dijo que no pasaba nada y al final le creí, pero, por un momento, me aterrorizó la idea de que mi matrimonio perfecto y mi vida perfecta fueran a derrumbarse a mi alrededor. Pensé que había superado ese miedo, pero supongo que no, porque estoy saliendo de casa y dirigiéndome al taxi que acaba de llegar para llevarme a la gala a la que supuestamente no estoy invitada.

Mientras el conductor se dirige a la dirección, me pregunto qué veré cuando llegue. Lo ideal sería que hubiera un montón de gente soltera mezclándose sin ninguna pareja a la vista. Si es así, entonces Drew me estaba diciendo la verdad y puedo volver a casa contenta de que mi hombre siga siéndome fiel. No lo sabré hasta que llegue allí, y el viaje dura quince angustiosos minutos.

Para cuando el taxi aparca fuera del recinto, soy un manojo de nervios y me pregunto si voy a hacer el ridículo y avergonzar a Drew mientras charla con un grupo de médicos sobre todo tipo de aburridas cuestiones laborales. Pero, nada más bajarme del taxi, mis peores temores empiezan a hacerse realidad, porque veo a varios asistentes caminando hacia el interior y muchos de ellos llevan a sus parejas del brazo.

Demasiados para no ser un evento para parejas.

Drew me estaba mintiendo.

Pero ¿sobre qué más me ha estado mintiendo?

Consciente de que no encontraré más respuestas si permanezco aquí fuera, me pregunto si puedo entrar o al menos averiguar si Drew está dentro, posiblemente con alguna otra mujer del brazo que no debería estar allí. Por eso me acerco a la puerta y, cuando lo hago, veo a una sonriente y elegante mujer con un portapapeles. Cuando me ve, me pregunta mi nombre.

Con la esperanza de que mi nombre esté en la lista de invitados porque Drew me dijo que había confirmado nuestra asistencia hace semanas, le digo a la mujer quién soy y ella comprueba sus notas.

—Ah, sí, Fern Devlin, la tengo aquí. Y está con el doctor Drew Devlin, ¿correcto?

—Eh, pues no. ¿No está dentro?

La mujer frunce el ceño y comprueba su lista antes de negar con la cabeza.

—No, aún no ha llegado. ¿No viene con usted?

Definitivamente no está conmigo. Mientras la mujer me mira, me siento mucho peor por dentro de lo que mi apariencia externa podría sugerir. Puede que lleve un vestido glamuroso, pero mi marido no está a mi lado con su esmoquin.

¿Dónde está?

Y lo que es más importante, ¿con quién?

17

FERN

En la actualidad

El piso en el que estoy sentada ahora está a un mundo de distancia de aquella lujosa gala. Mi aspecto esta noche también contrasta con el de aquella noche, pero las cosas han cambiado mucho desde entonces. Lo que también acaba de cambiar es cómo veo aquella noche en cuestión y lo que sucedió después. Tras ver este correo electrónico de Drew a Alice, en el que le decía que inventaría una excusa y se libraría de asistir a la gala para poder ir y estar con ella, ahora conozco el alcance de sus mentiras aquella noche.

A día de hoy, sigo pensando que lo que ocurrió aquella noche no fue más que un gran gesto romántico por parte de mi marido. A pesar de que me quedé fuera de aquella gala sin mi cita y me sentí como una idiota, las cosas no tardaron en cambiar. Al final de la noche, todo se había solucionado. Ahora me siento tan estúpida como cuando me planté delante de aquella mujer con el portapapeles y le pregunté si mi marido estaba dentro, y es que acabo de descubrir que me volvió a mentir.

Tras enterarme de que Drew no estaba en la gala, poco más podía hacer que marcharme. Antes de volver a casa, llamé al móvil de mi marido porque pensé que sería interesante ver qué me decía que estaba haciendo cuando contestara. ¿Me mentiría y me diría que se lo estaba pasando muy bien en la gala, o se pondría nervioso y se preguntaría por qué le estaba controlando cuando debería ser la mujer leal, obediente e ingenua que está sentada en casa comiendo ella sola un plato de comida para llevar? Resultó que no obtuve mi respuesta porque Drew no cogió el teléfono, lo que solo sirvió para

convertir mi conmoción y paranoia en ira y frustración. Por eso tomé la decisión, posiblemente desacertada, de dejarle un mensaje de voz en el que le decía que sabía que no estaba en la gala y que quería saber qué estaba haciendo porque estaba claro que no estaba donde había dicho que iba a estar. Creo que incluso terminé el mensaje de voz advirtiéndole que, si me engañaba, le quitaría todo en caso de divorcio. En retrospectiva, no fue muy sensato por mi parte exponer mi posición y avisarle de que sabía que había mentido, pero estaba enfadada y disgustada y, como solía hacer con él en el pasado, exageré un poco.

Después de dejar aquel explosivo mensaje de voz en su teléfono, no tuve más remedio que coger un taxi para volver a casa y, una vez allí, me senté impaciente junto a la ventana y esperé a que Drew volviera, con la cabeza llena de todo tipo de pensamientos aterradores. Eran más de las diez cuando vi que un taxi aparcaba delante de casa y, para cuando Drew bajó por el camino de entrada, yo ya estaba en la puerta, exigiendo saber qué estaba pasando.

Se disculpó al instante, con las manos en alto y una mirada desesperada mientras me decía que me calmara y que me lo explicaría todo. Suponiendo que en ese momento se harían realidad mis peores temores y me diría que me dejaba por otra mujer, acabé muy sorprendida por lo que oí a continuación.

—Vale, esta noche no te he dicho la verdad. Quería que fuera una sorpresa, pero supongo que ahora necesitas saberlo, así que voy a decírtelo. En realidad, he ido a reservar una mesa en ese nuevo restaurante que acaba de abrir en Manchester. Ya sabes, ese tan exclusivo de ese chef de la tele que te gusta.

—¿Qué?

—Llevo un par de horas haciendo cola en el restaurante para reservar nuestra mesa. Quería sorprenderte con la reserva por tu cumpleaños porque me has dicho que te encantaría ir, ahora ya sabes por qué te he mentido esta noche. Lo siento, pero solo intentaba ser romántico.

¿Tratando de ser romántico? ¿De verdad?

—¿Por qué tuviste que ir al restaurante? —le pregunté entonces—. ¿Por qué no reservaste por Internet?

—La página web se ha colgado esta tarde —respondió Drew—. Supongo que la demanda era muy alta. Intenté reservar por teléfono mientras estaba en el baño, pero no pude. Luego vi que algunas personas en Internet decían que lo mejor era ir al propio restaurante y reservar directamente, así que eso fue lo que hice. Me inventé la historia de que no te habían invitado a la gala, pero la verdad es que yo tampoco he ido. Fui a hacer la reserva porque sabía que te encantaría ir y es prácticamente imposible conseguir mesa.

—¿Nos has conseguido una mesa? —pregunté entonces, queriendo ver pruebas de esa supuesta historia.

—Sí —dijo Drew con una sonrisa—. He conseguido una mesa.

En retrospectiva, debería haberme dado cuenta de que la historia de Drew era una tontería. Sin embargo, en aquel momento, como tenía tanto miedo de que me engañara y esperaba que volviera a casa con muy malas noticias, acabé tan contenta con lo que había oído que le creí. Además, parecía una historia tan concisa y coherente que era imposible que se la hubiera inventado, ¿no? Tonta de mí. Acabó siendo una mentira tan buena que me la creí hasta hoy. Pero ahora, después de leer este correo electrónico, sé que esa noche en realidad estaba con Alice.

Maldita sea, estuve muy cerca de descubrir su aventura por aquel entonces. Quizá, si hubiera seguido indagando, podría haber acabado con todo aquella noche y lo que ha pasado desde entonces podría no haber ocurrido. Por otra parte, si Drew hubiera vuelto a casa y me hubiese contado lo de Alice, habría perdido el control y lo habría matado allí mismo. Si eso hubiera sucedido, no habría podido salirme con la mía como he hecho desde entonces.

Reflexionando sobre lo buen mentiroso que era Drew, pienso que incluso después de aquella noche todavía tenía que seguir alimentando la mentira y cubrir sus huellas. Sabiendo lo que sé ahora, es obvio que no fue a reservar mesa a un restaurante esa noche, pero aun así acabamos yendo a comer allí unas semanas después. Eso significa que debió conseguir una reserva poco después

de que tuviéramos aquella tensa conversación en el pasillo. Tal vez tiró de algunos hilos, conocía a alguien allí o a otra persona que iba a ir y pagó un extra para ocupar su lugar. Tenía el dinero y el encanto para hacer algo así. Debió creerse muy listo. Apuesto a que se sintió así cuando fuimos al restaurante y pasamos una velada muy romántica, disfrutando de la comida y de todas las bebidas previas. Me siento estúpida al recordar cuántas veces le di las gracias por haberlo reservado y cómo aceptó agradecido todos mis cumplidos cuando le dije lo romántico que era. Menudo mentiroso. Apuesto a que durante todo el tiempo que estuvimos sentados el uno frente al otro en aquella mesa cogidos de la mano estaba pensando en Alice y en cómo él se estaba saliendo con la suya al tenernos a las dos.

Al cerrar ese correo electrónico porque no quiero pensar más en él ni en ella, me doy cuenta de que hay un nuevo mensaje en su bandeja de entrada, y es relativo a la transacción bancaria que he hecho hace poco. El dinero ya ha salido de la cuenta de Drew en el extranjero. Eso significa que ahora debe estar en la cuenta de Victoria.

¿Debería ir a la puerta de al lado y comprobarlo?

Estoy seriamente tentada de hacerlo, pero entonces miro la hora y veo que es casi medianoche, así que hay muchas posibilidades de que la despierte si se ha ido a la cama. Mi parte considerada me dice que espere hasta mañana, aunque mi parte paranoica me recuerda que Victoria podría escabullirse con todo ese dinero, y la parte paranoica suele ganar.

Por eso, después de asegurarme de que Cecilia está tranquila en su cuna, me acerco a la puerta. No salgo por delante, sino por detrás para, una vez fuera, asomarme al pequeño muro que separa mi piso del de Victoria y ver si hay alguna luz encendida. Las hay y, mientras me aseguro de que no me descubra, veo a Victoria sentada en su sofá a la luz del televisor. Es un alivio encontrarla todavía allí en lugar de haciendo la maleta, y ahora sé que no va a traicionarme. También me entristece porque parece increíblemente sola ahí dentro. En este momento, me siento más agradecida que nunca por tener a Cecilia conmigo. Vivir huyendo es duro, pero mi niña me da la motivación para seguir adelante. Mientras tenga que

luchar por ella, nunca me rendiré.

De vuelta a mi piso, me tumbo junto a la cuna y observo a Cecilia, que está durmiendo. Mientras, pienso en Drew y en que nunca llegó a vivir un momento tan mágico como este.

Apuesto a que si pudiera volver atrás me habría llevado a esa gala.

Ahora es demasiado tarde para eso.

Supongo que el karma existe.

Pero entonces me invade una sensación de inquietud, porque si el karma existe de verdad, ¿significa que pronto me va a pasar algo malo?

Supongo que me lo merecería.

Alice desde luego lo creería...

18

ALICE

La habitación da vueltas cuando me despierto y tardo un segundo en darme cuenta de dónde estoy. Cuando lo consigo, veo que estoy en mi habitación, lo cual es extraño porque no recuerdo haber llegado hasta aquí. Pensando en ello, lo último que recuerdo es que estaba en el pub con Siobhan y Evelyn. Me sorprendió que mi amiga de la cárcel hubiera llegado a Arberness tan pronto después de decirme que me visitaría. Tras conocer a mi bebé, me propuso ir a tomar una copa, a lo que accedí.

¿Y qué pasó después?

Me llevo la mano a la frente, pero eso no alivia las punzadas en el cerebro y, además del dolor de cabeza, tengo náuseas. La verdad es que no me encuentro bien, y cuanto más tiempo paso aquí tumbada y languideciendo en este estado de cansancio, más intento responder a una pregunta acuciante.

¿Cuánto bebí?

Cada célula de mi cuerpo me dice que probablemente no quiero saber la respuesta a esa pregunta, así que no me molesto en darle más vueltas. Pero, cuando voy a levantarme del colchón porque necesito un poco de agua, no sé muy bien si tengo resaca o sigo borracha.

—Uf —es todo lo que puedo decir. Miro la mesilla de noche y, al ver el teléfono, lo cojo para ver la hora. Es más de medianoche, lo que no contribuye a calmarme, porque, por lo que veo, hay varias horas que parecen perdidas en lo más recóndito de mi mente.

Sin embargo, al menos no tengo que preocuparme por Evelyn

porque tengo un mensaje de Siobhan de hace una hora. Me dice que me ayudó a meterme en la cama y que está durmiendo en el sofá. También me dice que Tomlin está cuidando de Evelyn y que, aunque no estaba muy contento cuando volvimos, estará bien por la mañana.

Agradezco el mensaje de Siobhan porque, sin él, estaría corriendo frenéticamente para averiguar qué le ha pasado a mi bebé. Pero, después de releerlo, tengo un flashback de la discusión que tuve en el pub.

Oh, Dios. Tomlin apareció y estaba enfadado. Me echó la bronca por beber cerca de Evelyn y no le gustó que estuviera con Siobhan. Entonces cogió a Evelyn y se fue, pero no antes de que llamáramos la atención de todos en el pub.

El arrepentimiento y la paranoia son fuertes, y casi desearía no haberlo recordado. El cerebro tiene a menudo la extraña costumbre de hacernos recordar las cosas malas y olvidar las buenas, y ahora lamento mucho lo que ha pasado. ¿Por qué dije que sí a una copa en el pub? Debería haber sabido que no iba a ser solo una. No debería haber tenido a Evelyn fuera tanto tiempo. También debería haberle dicho a Siobhan que a mi novio no le gustaba mucho que ella estuviera cerca.

Sé que he cometido errores y que tengo que compensarlos, pero, por lo que veo, no ha ocurrido nada malo. Evelyn está bien, que es lo principal, y según el mensaje de Siobhan, está durmiendo aquí, así que Tomlin debe haberse relajado un poco y le ha permitido pasar la noche.

¿Qué debo hacer ahora? ¿Levantarme, buscarlo e intentar disculparme? ¿O mejor lo dejo para mañana?

Consciente de lo tarde que es, decido no arrastrarme todavía porque despertarlo a él y al bebé podría ser el colmo, así que me tumbo en la cama y espero que se me pase pronto el dolor de cabeza. Acurrucada en posición fetal —que nunca es una buena posición para una mujer adulta—, pienso en la razón por la que me excedí tanto en el pub. Podría mentirme a mí misma y decir que bebí mucho porque estaba disfrutando de la compañía de una vieja

amiga, pero ¿para qué molestarse? Mejor admitirlo ante mí misma y decir que, habiéndome sentido impotente y frustrada, tanto con Fern como con Evelyn, vi la oportunidad de soltarme y ahogar todos mis problemas en un mar de vino, que Siobhan pagó en su mayor parte.

Espero que mi amiga esté bien en el sofá. Seguro que se ha desmayado y mañana estará bien. Recuerdo que en la cárcel me dijo que rara vez tenía resaca, lo cual me daba envidia, igual que la envidié cuando salió de la cárcel antes que yo. Pero me alegro de haberla visto y, aunque no recuerdo todo lo que me ha contado que ha hecho desde que salió, parece que le va bien y me alegro de que haya venido a verme. Espero tener la oportunidad de charlar de nuevo con ella por la mañana y, esta vez, no beberemos nada más fuerte que un café mientras hablamos.

Cierro los ojos con la esperanza de quedarme dormida y, al despertar, sentirme como nueva. Pero el sueño no es un remedio milagroso, y menos para mis problemas. Estoy demasiado deshidratada y me doy cuenta de que necesito mucha agua para poder dormir.

Me levanto de la cama a regañadientes y al menos no tengo que buscar ropa en mi oscuro dormitorio, porque sigo vestida con lo que llevaba en el pub. No me he despertado con la ropa del día anterior desde que tenía veintipocos años y participaba con asiduidad en la vida nocturna del centro de Manchester, pero supongo que he vuelto momentáneamente a mis días de juventud, cuando esto era algo habitual. Es un pensamiento bastante aleccionador darse cuenta de que parece que voy hacia atrás en la vida, no hacia delante.

Quiero volver a encauzar mi vida, y todo empieza con un gran vaso de agua del grifo de la cocina.

Abro con cuidado la puerta de mi habitación, salgo con sigilo al oscuro pasillo y escucho. Todo está en silencio, así que sigo adelante, paso frente a la puerta cerrada del dormitorio de invitados, donde duermen Tomlin y Evelyn, y subo las escaleras. Me sorprende no oír el llanto de mi bebé, pero también lo agradezco porque es lo último que necesita mi dolor de cabeza. También me

dice que Tomlin es mucho mejor que yo tranquilizando a mi hija, pero eso ya lo sabía.

Desciendo tranquilamente por la escalera, con la garganta seca y desesperada por beber agua, pero antes sé que tengo que pasar junto a Siobhan, que está en el sofá, sin despertarla. Caminar a hurtadillas en la oscuridad, sobre todo medio borracha y con resaca, no es fácil, es como un reto cruel que no necesito, pero hago todo lo posible por ser considerada con los demás. Cuando estoy a mitad de la escalera, oigo un ruido que me deja helada.

Yo no he provocado el ruido ni es uno que esperaría oír. No es el crujido de una tabla del suelo, que no sería nada raro oír en esta vieja casa. En cambio, es algo muy peculiar. Solo cuando me agacho un poco para ver bien el salón comprendo lo que está pasando en mi propia casa.

Siobhan está en el sofá, pero no está sola.

Tomlin está con ella.

Y ese sonido que oigo es el de ellos dos besándose.

19

TOMLIN

Cuando llegué a casa anoche, pensé que yo era el que tenía razón y que Alice era la persona que había cometido grandes errores. Pero, al meterme en la cama y cerrar los ojos para poner fin a este día tan largo, me doy cuenta de que yo tampoco soy perfecto y de que los dos hemos cometido errores. La única diferencia es que, mientras que los errores de Alice se cometieron antes abiertamente en aquel pub, los míos permanecen en secreto.

O al menos espero que lo hagan.

Mientras miro al bebé que duerme en la cuna junto a mi cama en la habitación de invitados, no puedo evitar desear haberme quedado aquí con la descansada Evelyn. Si lo hubiera hecho, ahora no tendría remordimientos. Cuando salí de este dormitorio y bajé a tomar algo, lo hice como un novio leal y cariñoso, pero volví a subir las escaleras como una persona desleal y mentirosa.

¿En qué demonios estaba pensando al acostarme con Siobhan? Ella todavía estaba borracha después de su visita al pub con Alice, pero ¿qué excusa tengo yo? Estoy completamente sobrio, lo que empeora las cosas porque no puedo culpar al alcohol de mi indiscreción.

Mientras me tumbo bocarriba y miro el techo, escuchando el silencio de la casa que me rodea y agradeciendo a mis estrellas de la suerte que tanto Alice como Evelyn hayan dormido las últimas horas, reflexiono sobre lo que acaba de ocurrir.

Después de recoger a Evelyn en el pub, volví a casa y me ocupé de darle de comer, bañarla y prepararla para ir a la cama. Durante ese tiempo, no perdí de vista el reloj, preguntándome cuándo volvería Alice a casa. Era tarde cuando lo hizo y, como ya sabía que

ocurriría, estaba muy borracha, al igual que la mujer que la acompañaba. Pero al menos Evelyn estaba pasando una noche tranquila y, después de dejarla en la cuna, decidí no causar demasiado drama cuando las chicas llegaran a casa. Tan solo sugerí que Alice se fuera a la cama y Siobhan durmiera en el sofá y añadí que hablaríamos por la mañana.

Las dos mujeres parecían contentas, así que nos fuimos a la cama y pensé que ahí acabaría la noche. Así fue hasta que, pasada la medianoche, tuve un ataque de tos y necesité agua, pero me di cuenta de que no tenía en la habitación.

Bajé las escaleras con la idea de no hacer ruido y no molestar a Siobhan, por si daba lugar a una conversación incómoda entre ella, la exconvicta, y yo, el detective. Pero al llegar al pie de la escalera, encontré a Siobhan sentada y bien despierta y, al verme, se disculpó enseguida por lo que había hecho.

Había encontrado más alcohol en la nevera y seguía bebiendo sola.

En ese momento, estuve seriamente tentado de decirle a Siobhan que tenía que marcharse porque, en lo que a mí respecta, era una terrible influencia para Alice. Había cometido un delito grave y también era una bebedora empedernida, así que ¿qué bien podía hacer una persona así a mi novia o a su bebé? Entonces me imaginé discutiendo a voces con Siobhan y a Alice y Evelyn despertándose, y eso me pareció un problema aún mayor, así que solo le dije a Siobhan que aceptaba sus disculpas y fui a la cocina a por agua. No esperaba que me siguiera, y después de que volviera a disculparse, esta vez por hacer que Alice llegase tan tarde, no tuve más opción que aceptarlo también. Tal vez porque había sido tan comprensivo, Siobhan decidió que quería tomarse una copa conmigo. Me la ofreció, aunque le dije que no, que quería volver a la cama y dormir un poco.

Eso fue hasta que Siobhan dijo que estaba preocupada por Alice y quería hablar.

Tras tomar asiento tontamente en el sofá, bajé la guardia y me tomé una copa mientras Siobhan me contaba lo mal que lo había pasado Alice en la cárcel. Tal vez esperaba oír algo que me ayudara a

encontrar la manera de llegar a Alice un poco mejor, o tal vez simplemente estaba disfrutando de la compañía de una mujer que no siempre discutía conmigo. Fuera lo que fuese, cada vez me relajaba más y, al cabo de un rato, me sentí un poco culpable por haber sido tan duro con Siobhan. Como detective, me han enseñado a ver todo como correcto o incorrecto porque, con la ley, no hay zonas grises. Pero eso a menudo me ha llevado a ser muy estrecho de miras. Cuando Siobhan mostró un lado divertido y cariñoso de su carácter, me di cuenta de que había mucho más en ella que sus antecedentes penales.

Era una buena amiga de Alice.

O al menos eso pensaba yo.

Cuando una copa se convirtió en dos, Siobhan alejó la conversación de la mujer que dormía en el piso de arriba y hablamos de nuestras propias vidas. Siendo ligeramente coqueta y más que un poco insinuante, Siobhan comentó que lo más duro de estar en la cárcel fue echar de menos la compañía de los hombres y me dijo que estaba celosa de Alice por tener a alguien como yo para cuidarla. Sé que debería haber sido más precavido, pero estaba disfrutando demasiado de los cumplidos y el flirteo como para ponerle fin. Sin darme cuenta, me estaba acercando peligrosamente a Siobhan. Quizá, si mi relación con Alice hubiera sido mejor en los últimos meses, no me habría sentido tan atraído por otra mujer, pero una cosa llevó a la otra y acabamos besándonos antes de ir más lejos.

No puedo hablar por Siobhan, pero yo me sentí culpable en cuanto todo terminó. Recogí mi ropa y me fui corriendo escaleras arriba, aunque el mero hecho de poner distancia entre la escena de mi aventura y yo no me hace sentirme mucho mejor. Algo así no es propio de mí y me siento fatal. Me siento aún peor cuando pienso en todo por lo que ha pasado Alice, porque el hecho de que descubriera que la he engañado con su amiga de la cárcel podría ser la gota que colme el vaso en lo que respecta a ella y a su frágil salud mental.

Por eso nunca debe averiguar lo que ha pasado.

No necesito decirle a Siobhan lo importante que es que esto sea un

secreto, y espero que siga siéndolo siempre. Me preocupo por Alice, a pesar de lo que acaba de ocurrir, así que espero poder dejar esto en un momento de debilidad y seguir adelante, por mi bien, el de Alice y, por supuesto, el de la pequeña Evelyn. No hay nada como la inocencia de un niño para contrastar la vergüenza de un adulto deshonrado y, mientras me tumbo en la cama y miro a Evelyn, desearía no haber bajado nunca.

Espero quedarme dormido, pero, como ocurre con los remordimientos de conciencia, dormir es imposible, así que cojo el teléfono y envío un mensaje a Ian pidiéndole que me ponga al día. Hace tiempo que no sé nada de él, no desde que me dijo que tenía el nombre con el que ahora vivía Fern. No espero que me responda enseguida porque estamos en mitad de la noche, pero pulso enviar de todos modos y me quedo esperando su respuesta hasta el amanecer.

Son poco más de las seis cuando veo entrar la luz a través de las cortinas y no pasa mucho tiempo cuando un nuevo mensaje parpadea en mi teléfono.

Es de Ian y tiene novedades.

Dice que anoche hizo un gran avance y que quería llamarme, pero pensó que era tarde, así que estaba esperando hasta por la mañana. Ahora que ha llegado el momento, puede darme la noticia sin miedo a despertarme.

Me cuenta que, después de investigar a varias Teresa Brown que viven en el Reino Unido, ha podido reducir su búsqueda a un lugar que cree que tiene potencial.

Aunque aún no está confirmado, según él y su vasta experiencia en la búsqueda de personas que no quieren ser encontradas, cree saber en qué zona se encuentra Fern.

Cree que está en Cornualles.

Ya estamos cerca.

Tan cerca, pero tan lejos...

20

FERN

A pesar de haber planeado quedarme despierta toda la noche para asegurarme de que Victoria no huyera con mi dinero, debo haber acabado durmiéndome un par de horas porque, cuando me despierto, ha salido el sol y Cecilia está llorando en su cuna, claramente lista para su primera toma del nuevo día. Antes de darle de comer, salgo corriendo a la puerta, aterrorizada por la posible desaparición de Victoria, mi dinero y mi última esperanza de escapar de este lúgubre lugar.

Llamo a su puerta, rezo para que me responda y al mismo tiempo me imagino teniendo que coger a Cecilia y salir corriendo por el centro del pueblo llamando a mi vecina y esperando alcanzarla antes de que coja un autobús o un tren para salir de aquí. Pero no tengo que hacer nada de eso, porque la puerta de Victoria se abre y, cuando lo hace, la veo sonriéndome.

—Buenos días —dice, con una tostada a medio comer en la mano—. ¿Va todo bien?

—Eh, sí, ¡bien! Buenos días. Iba a preguntarte si había llegado la transferencia.

—Así es —responde Victoria, antes de dar otro bocado a su desayuno—. El dinero está listo para cuando tú lo estés.

—¡Genial! —digo—. Me prepararé y luego iremos a tu banco, si te parece bien.

—No hay problema. ¿Necesitas ayuda con Cecilia?

Estoy a punto de decirle que no, pero luego pienso que no pasa

nada si Victoria viene a mi casa, donde puedo vigilarla, así que le doy las gracias y le digo que sí, si no le importa. Se mete el resto de la tostada en la boca antes de coger su bolso y seguirme a mi piso.

Mientras alimento a Cecilia, Victoria muy amablemente ordena algunas cosas, haciendo mi entorno un poco más soportable, y una vez que mi bebé está lista para irse, me cambio y estoy lista también.

El plan ahora es ir al banco, donde Victoria intentará retirar todo lo que pueda de los nuevos fondos que entraron en su cuenta durante la noche. Visitando la sucursal en persona, hay más posibilidades de que le den más dinero que sacándolo de un cajero automático, porque suelen tener límites más estrictos. Así que crucemos los dedos para que Victoria salga con una buena parte del dinero y pueda pagarle la comisión que he acordado darle por las molestias.

Me preocupa que el banco le pregunte por qué necesita retirar tanto dinero, así que hemos preparado una historia. Victoria va a decir que ha heredado los fondos y que piensa utilizarlos para pagar la señal de un coche de segunda mano y que el vendedor le ha pedido que, a ser posible, sea en efectivo. No es raro que se compren vehículos de esta manera, así que espero que el empleado del banco no ponga muchos impedimentos, pero ya veremos. Todo lo que puedo hacer es esperar que no haya ningún contratiempo de última hora con mi plan.

—Yo llevo el cochecito —dice Victoria cuando salimos de mi piso, y me alegro de poder descansar un poco de esa tarea mientras nos dirigimos al banco, con la mente llena de los billetes de cincuenta libras que pronto llenarán nuestros monederos.

Hace un día soleado y el paseo es agradable mientras Victoria y yo hablamos de cómo, a pesar de las dificultades de nuestro pasado, tenemos suerte de vivir en un lugar donde la gente paga un buen dinero por venir a hacer turismo cada año. Pero el ambiente de pueblo costero también me recuerda a Arberness. Sobre todo cuando veo el letrero de la carnicería local o la forma en que un par de lugareños se reconocen en la calle y se detienen a charlar, con las bolsas de la compra sobre el brazo mientras cotillean antes de seguir con el resto de sus recados diarios. Es curioso, porque a

primera vista todo parece normal aquí, pero, una vez más, soy consciente de que está a punto de producirse un crimen y, como de costumbre, estoy justo en el centro del mismo.

Para cuando llegamos al banco, tengo unas cuantas mariposas revoloteando en el estómago porque todavía no estoy segura de cómo va a salir todo esto. Por eso decido darle a Victoria una pequeña charla de ánimo antes de que entre y me deje esperando aquí fuera con Cecilia.

—Recuerda, puede que no te entreguen el dinero sin más. Puede que tengan algunas preguntas, así que mantén la calma y cíñete a lo que hemos hablado, ¿vale? Y si en algún momento crees que algo va mal y que están tardando más de lo debido, dales las gracias y vete. Siempre podemos intentar resolverlo más tarde, pero no queremos que venga la policía y empiece a hacer preguntas porque eso podría complicarnos las cosas a las dos.

Espero que añadir esa última parte sobre «las dos» haga hincapié en que ahora estamos juntas en esto. No tenía que preocuparme por eso porque Victoria está más que preparada.

—No tardaré —dice con despreocupación, antes de entrar con confianza en el banco. Supongo que no puedo hacer nada más que esperar lo mejor, así que me distraigo poniéndole caras graciosas a Cecilia durante unos minutos mientras otros clientes entran y salen.

Es una espera angustiosa y, mientras vigilo la puerta, también estoy atenta a cualquier señal de que lleguen coches de policía. Pero de momento todo va bien y, cuando veo que la puerta del banco vuelve a abrirse, sale Victoria, que tiene una gran sonrisa en la cara.

También tiene algo más.

Mi dinero.

—Lo siento, había mucha cola, pero ya lo tengo —dice Victoria con una sonrisa, mostrando el abultado sobre lleno de billetes de cincuenta.

—¿Te lo han dado todo?

—No, solo diez mil libras. Tendré que volver mañana a por la otra mitad, pero no pasa nada, ¿no?

—Está bien —digo, aliviada de que haya funcionado. Y aliviada porque ahora tengo el cincuenta por ciento del dinero de Drew.

—Aquí tienes —dice Victoria, entregándome el sobre con una sonrisa antes de mirar a Cecilia y hacerle monerías.

Mientras ella se concentra en mi bebé, yo me concentro en el dinero que tengo en la mano. Sugiero que dejemos la concurrida calle y nos vayamos a casa para que podamos arreglar lo de los fondos y yo pueda darle a Victoria lo que le debo. Pero ella tiene otra idea.

—En serio, no te preocupes por el dinero, estoy encantada de ayudar —me dice—. Prefiero que te lo gastes en ti. ¿Cuándo fue la última vez que te tomaste un respiro y te diste un capricho? ¿Por qué no vas a que te arreglen el pelo o las uñas?

Pensándolo bien, no me he tomado ningún descanso desde que nació mi bebé y, ahora que tengo dinero, me vendría muy bien un cambio de imagen.

—¿Y Cecilia?

—Puedo cuidar de ella. Podría pasearla por el parque.

Hace buen día y Victoria se lleva bien con Cecilia, así que creo que ese plan podría funcionar. Cuanto más lo pienso, más me gusta la idea de darme un capricho. Cerca hay un salón de manicura por el que hasta ahora solo he pasado de largo, y estaría bien entrar y arreglarme las uñas. Pero ¿debería hacerlo?

—No sé. Quizá podríamos ir a comer juntas. Las tres. Yo invito —sugiero, sintiendo que tengo que hacer algo por Victoria ya que ella acaba de hacer algo por mí. Pero lo único que parece querer es que me relaje.

—Está bien, de verdad. Vete y haz lo que quieras durante la próxima hora o así, y ven a vernos al parque después. Estaremos bien, ¿a que sí?

Victoria habla con Cecilia, que se ríe mientras mi vecina le acaricia la mejilla. Al ver que mi niña parece tan contenta, me siento mejor dejándola un ratito. Además, ¿quién sabe cuándo volveré a tener la oportunidad?

—¿Estás segura? —pregunto para asegurarme una última vez.

Victoria asiente, y me despido de Cecilia con un beso antes de decirle a mi vecina que estaré en el salón de manicura y que venga a buscarme si me necesita. Victoria está de acuerdo y empuja el cochecito en dirección al parque infantil. Tengo algo que hacía mucho tiempo que no tenía.

Libertad.

De camino al salón de manicura, pienso en lo que podría pedir al llegar. Pero, para cuando ya me ha saludado cordialmente una esteticista y me he sentado en una silla frente a ella, tengo la extraña sensación de que no ha sido una gran idea. Por mucho que confíe en Victoria y por mucho que me haya ayudado, siento que debería quedarme con Cecilia en lugar de dejarla con otra persona, así que me marcho y voy en dirección al parque, esperando alcanzarlas antes incluso de que lleguen. No las veo, así que atravieso las puertas del parque y miro a mi alrededor en busca de una mujer que empuja un cochecito. Hay algunas personas con niños en cochecitos, pero ninguna de ellas es Victoria, así que sigo caminando por el sendero que rodea el parque. Cuando vuelvo al punto de partida, no he visto a mi vecina ni a mi bebé y empiezo a preocuparme.

Victoria dijo que estarían aquí, así que ¿dónde están?

Imagino que habrán entrado en una tienda y vuelvo a la calle principal, y al hacerlo saco el móvil para llamar a Victoria. No contesta y, después de recorrer la calle sin encontrar ni rastro de ella, entro en pánico.

¿En qué estaba pensando? ¿Por qué he dejado a Cecilia con ella?

Quizá no se puede confiar en Victoria.

Y me he dado cuenta demasiado tarde.

21

ALICE

Fue una noche larga y solitaria en la que me tumbé en la cama y pensé en lo que había ocurrido entre mi novio y mi amiga cuando pensaban que estaba dormida.

Tomlin me ha engañado y, en lugar de ser la amante en una aventura, ahora soy la víctima.

Así que esto es lo que se siente.

A pesar de tener todavía grabada a fuego la horrible imagen de Tomlin y Siobhan besándose en el sofá, hay otra imagen que me viene a la mente. Es la de Fern. Ahora sé lo que es sufrir el shock de descubrir que tu pareja te engaña; sé lo que ella debió sentir cuando descubrió que su marido se acostaba conmigo.

Eso significa que siento cierta simpatía por ella, algo que nunca pensé que fuera posible. Sin embargo, un poco de simpatía es lo máximo a lo que puedo llegar porque, a pesar de lo que ahora sé, no pienso en asesinar ni en inculpar a inocentes de crímenes que no han cometido. No soy un monstruo, a diferencia de Fern, que fue mucho más allá de lo que tenía derecho a hacer para vengarse. Aun así, nunca la perdonaré por lo que me hizo. Pero, aunque no esté dispuesta a llegar a tales extremos para vengarme de una pareja infiel, no hay duda de que quiero hacerles algo a Tomlin y Siobhan por traicionar mi confianza.

Por el momento, ninguno de los dos sabe lo que vi, lo que significa que espero que ambos se comporten como si nada hubiera pasado cuando baje en breve. Aunque pueden fingir todo lo que quieran, yo sé la verdad, y la única pregunta ahora es qué voy a hacer al respecto.

Me quito la ropa de ayer, con la que he dormido, y me ducho antes de ir al encuentro de los demás habitantes de esta casa, aunque solo tengo ganas de ver a uno de ellos. Cuando veo a Evelyn, le doy un gran beso y un abrazo, que no es algo que pueda decir que haya hecho siempre a primera hora de la mañana, normalmente porque me ha hecho pasar una terrible noche sin dormir. Pero prefiero abrazarla a ella que a las dos personas que están en mi cocina. Tomlin y Siobhan toman una taza de té cada uno y, cuando me ven, hacen justo lo que yo pensaba que harían, que es actuar como si no hubieran hecho nada malo en mitad de la noche.

—Buenos días, dormilona. ¿Cómo te encuentras? —me pregunta Siobhan, poniendo una gran sonrisa—. ¡Ayer bebimos demasiado!

—Estoy bien —murmuro antes de mirar a Tomlin, que parece igual de incómodo.

—La tetera acaba de hervir. ¿Quieres un café? —me pregunta.

Asiento con la cabeza, dejando que se ocupe de esa sencilla tarea en lugar de mirarme y sentirse mal por lo que ha hecho.

Mientras me prepara el café, Siobhan me felicita por mi casa antes de dirigirse a Evelyn y prestarle atención un momento. No puedo creer el descaro de este par por fingir que están de mi lado. Si mi bebé y yo no estuviéramos aquí ahora, probablemente estos dos volverían a hacer lo que hicieron anoche en el sofá, en lugar de actuar como mis mejores amigos.

—Tenemos que hablar —le digo a Tomlin justo después de que me pase el café, y me quedo corta, pero probablemente esté pensando que mi petición no tiene nada que ver con lo que pasó ayer en el pub, cuando irrumpió y me arrebató a Evelyn. Teniendo en cuenta lo que ha ocurrido desde entonces, Tomlin parece haberlo olvidado convenientemente y me dice que siente haber exagerado antes de sugerirme algo.

—Hoy es día de mercado. ¿Qué tal si vamos a dar una vuelta?

—¡Eso suena bien! —se apresura a decir Siobhan. Mientras la veo jugar con Evelyn, me pregunto cuánto tiempo espera quedarse aquí.

Antes, me habría encantado alojarla varios días porque me parecía agradable tenerla cerca. Ahora, creo que solo se queda porque espera tener otro momento privado con mi hombre, o al menos con la persona que cree que es mi hombre hasta que yo decida qué hacer con él.

—Vale —digo, dispuesta a ir al mercado porque tiene que ser mejor que estar aquí encerrada con muchas cosas en la cabeza. Antes de irnos, vuelvo a mi habitación y, una vez allí, me tomo un par de las pastillas que me dio ayer el médico. Se supone que solo debo tomar una al día, pero, al diablo, si ayudan a levantar el ánimo, necesito todas las que pueda.

Espero que la medicación me haga efecto pronto, pero de momento me siento mal por la resaca y la conmoción de lo que vi. Los cuatro salimos de casa y nos dirigimos al centro del pueblo. Siobhan se ofrece voluntaria para empujar el cochecito y se lo permito porque estoy demasiado cansada para hacerlo yo, pero mis ojos se clavan en su nuca mientras caminamos. Siento el mismo odio por la persona que está a mi lado, pero me sorprendo cuando se inclina y me susurra algo por el camino.

—Tengo algo que decirte —dice, lo cual me sorprende porque me pregunto si va a confesarme su infidelidad. Eso es algo que Drew nunca tuvo el valor de hacer con Fern, aunque tampoco es que sea algo especialmente heroico.

—¿Qué pasa? —le pregunto mientras sigo observando a Siobhan, que camina delante de nosotros.

—Te lo diré cuando Siobhan se haya ido —dice—. Por cierto, ¿cuándo se va?

Buena pregunta.

—No estoy segura —respondo, porque es la verdad—. ¿Por qué no puedes decírmelo ahora?

—Te distraerá mucho y no quiero estropearte la diversión con tu amiga.

¿Estropearme la diversión con mi amiga? Creo que es un poco tarde para eso.

—¿El qué me distraerá?

—Te lo diré dentro de un rato. Vamos a disfrutar de la mañana —dice Tomlin antes de que doblemos la esquina y veamos la calle principal. En ella hay hileras de puestos de mercado, todos vendiendo diversos artículos, y Siobhan comenta lo bonito que parece. Luego dice algo muy preocupante.

—¡Me encanta esto! A lo mejor me mudo aquí.

Esa frase me revuelve el estómago y me dan ganas de poner fin a esta farsa ahora mismo. Pero estamos en un lugar público y, además, debo tener cuidado por dos razones. Una: si saco a la luz su aventura, podría ser mi fin y el de Tomlin. No estoy segura de querer eso todavía porque, por mucho que lo odie por engañarme, creo que podría odiar aún más ser madre soltera. También me vendría bien tenerlo cerca al menos hasta que encuentre a Fern, y él parece tener los recursos para ayudarme con eso. Y dos: Siobhan es, como mi novio no dejaba de recordarme antes de que llegara, una criminal exconvicta culpable de intento de asesinato de su antiguo jefe. Eso significa que puede que no sea la mejor persona de la que hacerse enemigo.

—Vaya, está lleno —dice Tomlin mientras mira a su alrededor, y no se equivoca. Como de costumbre, la mayoría de la gente del pueblo ha salido a apoyar el día de mercado y muchos lugareños están echando un vistazo a los puestos mientras unos pocos se detienen a hacer alguna compra. Hay algunas caras que no reconozco, así que puede que sean turistas que se detienen a echar un vistazo, y han elegido un buen día para hacerlo, porque hace buen tiempo y hay mucho que ver y hacer aquí.

Cuando una de las señoras que trabaja en el supermercado local se acerca a ver a Evelyn en su cochecito, Siobhan sigue siendo la que está más cerca de mi bebé y sonríe al poder presumir de ella. Pero no es suya, es mía, y cuando Tomlin se pone a su lado y comparte una sonrisa con las dos, de repente me siento abrumada por la situación.

Tal vez sea porque estoy en un lugar muy concurrido. Quizá porque tengo mucha resaca. Quizá porque vi lo que vi en mitad de la noche y ahora me siento aún más víctima que antes de que empezara toda la locura con Fern. O tal vez sea porque las sustancias químicas de mi cerebro acaban de ser alteradas por las pastillas que me he tomado esta mañana. Sea lo que sea, siento que las piernas me flaquean y me caigo al suelo. No me he desmayado del todo, pero sé que no será fácil volver a levantarme.

Algunas personas jadean al verme caer y se apresuran a socorrerme, pero son Tomlin y Siobhan los primeros en ayudarme a ponerme en pie.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? —me pregunta Siobhan, antes de que Tomlin sugiera que me lleven hacia el banco más cercano. Una vez que me han colocado en una posición más cómoda, tengo la oportunidad de procesar lo que acaba de ocurrir.

Al mirar a mi alrededor, tengo la sensación de que todos en el mercado me están mirando y apuesto a que sé lo que la mayoría de ellos están pensando.

«Pobre Alice. No ha vuelto a ser la misma desde que Fern vino aquí. Esa mujer arruinó su vida. Yo también sería un desastre si fuera ella, sobre todo porque Fern se ha salido con la suya».

Por eso empiezo a llorar y, a medida que fluyen las lágrimas, unos cuantos se sienten mal por mirarme boquiabiertos y otros se apartan para fingir que van a seguir con lo que estaban haciendo antes de que yo montara el numerito. Tomlin sigue a mi lado y, mientras me agarra la mano, me pregunta qué me pasa.

Estoy demasiado alterada para hablar y supongo que está a punto de sugerirme que nos vayamos a casa para que yo descanse un poco. Pero no es eso lo que ocurre. En lugar de eso, me habla de lo valiente que he sido antes de decirme que debería haberme dado la noticia antes.

—¿Qué noticia? —le pregunto, y me la da.

—Sé dónde está Fern —dice—. Todavía estoy esperando una

dirección definitiva, pero tenemos una ubicación. Está en Cornualles.

Así de fácil, mis lágrimas cesan y me siento como una mujer nueva mientras miro fijamente al hombre que está a mi lado.

—¿La has encontrado? —pregunto, y Tomlin asiente con la cabeza.

—Sí, lo hemos hecho —responde con una gran sonrisa—. Aún no tenemos la localización exacta, pero nos estamos acercando a ella, y te prometo que esta vez no se escapará. ¿Te hace sentir mejor?

No tengo que pensar mucho en mi respuesta. Eso es porque ahora también estoy sonriendo.

—Sí, así es —digo mientras mis lágrimas se secan con rapidez y mi mente ya está en una cosa y solo en una cosa.

Quiero subirme al coche y empezar a conducir hacia el sur.

Quiero llegar a Cornualles lo antes posible.

Al llegar, quiero ver la cara de Fern cuando le diga que esto se ha acabado y que he ganado.

22

FERN

Corro por el pueblo buscando a gritos a mi bebé y esperando que alguien pueda ayudarme, pero de momento nadie lo consigue. La mitad de la gente con la que me cruzo quiere ayudarme, pero enseguida se dan cuenta de que no pueden —no tienen ni idea de quién puede tener a mi bebé y dónde puede estar ahora—, mientras que la otra mitad simplemente se detienen y se quedan mirando, con cara de estupefacción, mientras yo paso corriendo a su lado con una mirada frenética. Lo único que me hará sentir mejor es ver a Cecilia y saber que está bien, pero no la encuentro, a pesar de correr por todas partes y buscarla en todas direcciones.

Ahora creo que Victoria se ha aprovechado de la confianza que deposité en ella y ha secuestrado a mi hija. Si es así, puede que nunca vuelva a ver a mi niña. Si eso es cierto, no estoy segura de querer vivir, pero tengo que luchar y utilizar las pocas fuerzas que me quedan para intentar salvar a mi pequeña y a mí misma.

Lo obvio para cualquier madre en esta situación sería llamar a la policía. Pero yo no soy una madre normal; aunque la policía suele ayudar a la gente, para mí es el enemigo. No puedo arriesgarme a que descubran mi verdadera identidad, así que no les llamaré, porque aunque de algún modo fueran capaces de encontrar a Cecilia por mí, ¿de qué serviría que averiguaran quién soy? Me llevarían lejos y solo acabaría perdiendo a mi bebé otra vez.

Hay alguien a quien puedo llamar. Lo intento una vez más con el teléfono de Victoria, pero sigue sin contestar y desisto porque es obvio que no tiene intención de cogerlo.

¿Por qué lo haría si está tratando de escapar?

Espera, eso es.

Si Victoria ha secuestrado a Cecilia, debe haber vuelto a su casa para coger algunas de sus cosas.

Al tener de repente un destino al que dirigirme en lugar de correr sin rumbo, esprinto en dirección a casa, y no tardo mucho en llegar a la velocidad a la que lo hago. Cuando veo los pisos, no tengo tiempo de preocuparme por los jóvenes sospechosos que andan por ahí en bicicleta ni por la basura maloliente que se amontona en varios lugares de mi camino. Me apresuro a llegar a la puerta de Victoria y empiezo a aporrearla, golpeando con los puños la madera contrachapada y sintiéndome capaz de romperla yo misma si es necesario.

Tal vez ya sea demasiado tarde y Victoria haya cogido sus cosas y se haya marchado. O puede que haya decidido no arriesgarse a volver y se haya ido con Cecilia porque es la forma más rápida de desaparecer sin que yo las encuentre. No tengo respuestas y me aterroriza pensar que nunca las tendré, pero entonces es como si todas mis plegarias fueran respondidas de repente, porque la puerta se abre y veo a Victoria de pie frente a mí, tranquila, como si no pasara nada.

—¿Qué ocurre? Creía que te ibas a hacer la manicura —me pregunta, desconcertada, pero no tan estresada como yo.

—¡Creía que ibas al parque! Intentaba encontrarte —grito, antes de mirar más allá de mi vecina en busca de Cecilia. Cuando veo a mi hija en su cochecito, con un aspecto dulce e intacto en su peto rosa y sonriendo porque reconoce el sonido de la voz de su madre, es como si se soltara la garra que me atenazaba el pecho.

—Lo siento, me pareció que hacía demasiado viento, así que decidí volver aquí con ella. Iba a llevarla después para encontrarnos contigo justo antes de que terminaras.

Miro a Victoria y supongo que me está diciendo la verdad porque está aquí y no huyendo ahora mismo con mi bebé en brazos.

—Lo siento —digo, sintiéndome de repente avergonzada—. Es que

es la primera vez que la dejo con alguien y supongo que me he asustado un poco.

—Es comprensible —dice Victoria con una cálida sonrisa—. Pero, como puedes ver, Cecilia está perfectamente. ¿Por qué no lo compruebas por ti misma?

Victoria se hace a un lado y me deja entrar. Paso junto a ella y me acerco a mi bebé. En efecto, Cecilia parece estar bien. Ahora me siento tonta.

—Quizá es que aún no estoy preparada para dejarla —digo, sacudiendo la cabeza mientras Victoria cierra la puerta—. Sé que necesito tomarme un descanso, pero es difícil. Ella es todo lo que tengo.

—Lo entiendo —dice Victoria, uniéndose a mí junto al cochecito—. Pero está a salvo conmigo. Si quieres dar un paseo de diez minutos y despejarte, no pasa nada. Puedes empezar poco a poco. Siento haberte presionado pensando que necesitabas dejarla una hora o más.

Me relajo y, aunque sé que esto ha sido un contratiempo, estoy segura de que estaré mucho más tranquila la próxima vez que decida separarme de Cecilia durante más de dos minutos. Pero, justo cuando empiezo a sentir que todo vuelve a ir bien, veo algo en el sofá de Victoria.

Es una maleta abierta y a su lado hay un montón de ropa.

—¿Vas a alguna parte? —le pregunto a Victoria mientras pienso en cómo no vi la maleta anoche cuando me escabullí por la parte de atrás y espié por la ventana de mi vecina.

—Ah, ¿eso? No, solo estoy ordenando. Tirando algunas cosas viejas, tratando de hacer más espacio aquí.

Eso suena creíble, pero ¿por qué Victoria de repente parece tan sospechosa?

—En serio, si quieres, puedes dar una vuelta a la manzana o algo para despejarte. Me quedo aquí con Cecilia diez minutos —me dice,

pero tengo la sensación de que aquí pasa algo más. Después de volver a mirar la maleta, retrocedo un par de pasos en este minúsculo piso para echar un vistazo al dormitorio de Victoria y, cuando lo hago, veo que las puertas del armario están abiertas de par en par, al igual que todos los cajones. Eso podría no ser preocupante si no fuera porque todos esos muebles están ahora vacíos, totalmente desprovistos de ropa, lo cual me confunde después de lo que me acaba de decir mi vecina.

Ha dicho que estaba haciendo limpieza.

Entonces, ¿por qué lo está guardando todo?

—¿Qué está pasando? —le pregunto a Victoria mientras me giro hacia ella, pero, cuando lo hago, veo que ha cogido a Cecilia del cochecito y la está acunando.

—¿Por qué has tenido que volver? —me pregunta—. ¿Por qué no podías ir a hacerte las uñas tal como dijiste? Así, todo habría ido bien.

—¿Qué?

—No quiero ningún drama y estoy segura de que tú tampoco. No en tu situación.

—¿Mi situación? ¿De qué estás hablando?

—Deja de fingir —dice Victoria con un suspiro—. Sé quién eres.

Esas palabras son escalofriantes para una persona que está huyendo, así que decido no decir nada por si existe la posibilidad de que Victoria esté hablando de otra cosa.

—¿Quién soy? Soy Teresa.

—No, no lo eres —responde Victoria con una sonrisa de suficiencia —. Eres Fern Devlin. Eres la viuda del doctor. O debería decir la Viuda Negra.

Me quedo helada mientras intento averiguar cómo es posible que Victoria conozca mi verdadera identidad. Más que eso, intento

averiguar por qué mi amable y cariñosa vecina parece ahora tan fría conmigo.

Tras pensar rápidamente qué hacer, opto por soltar una carcajada con la esperanza de que eso haga pensar a Victoria que todo esto es un gran malentendido.

—Oh, me estás gastando una broma. Muy buena. Muy graciosa —digo con una sonrisa—. Casi me lo creo.

Pero Victoria no se ríe. Lo único que hace es seguir sujetando a mi bebé.

—Hablo en serio, Fern. Sé quién eres y lo que hiciste. La policía te está buscando, ¿verdad? Por eso estás viviendo en este lugar con un nombre falso. Intentas esconderte de ellos. Por eso necesitabas mi ayuda con el dinero, ¿no? No podías arriesgarte a sacarlo tú por si algo salía mal, así que me utilizaste. Está bien, no estoy enfadada. Lo comprendo. Pero sé quién eres, así que deja de jugar conmigo.

Esa parece ser la señal para que deje de fingir, así que lo hago, levantando las manos delante de mí para intentar apaciguar a la persona que creía que era mi amiga.

—Vale, sí, tienes razón. Soy Fern, ¡pero puedo explicarlo! No te estaba utilizando. Eres mi amiga. Te ofreciste a ayudarme. Y no creas todo lo que has oído en las noticias. Esos periodistas lo han exagerado todo. No soy peligrosa. Solo intento dar la mejor vida que puedo a mi bebé.

Victoria pone los ojos en blanco, pero tengo que hacer que me crea. También tengo que saber cómo ha averiguado todo esto.

—¿Cómo lo has sabido? —le pregunto nerviosa—. ¿Cuándo te has enterado?

—Lo descubrí cuando hice una búsqueda en Internet del nombre de la cuenta bancaria desde la que estaban transfiriendo dinero —cuenta Victoria—. Pensé que el nombre D. Devlin me sonaba, así que lo escribí en Google y, cuando lo hice, aparecieron todo tipo de resultados disparatados. Artículos sobre un asesinato, un juicio y

una esposa a la fuga. Entonces supe dónde había oído antes ese apellido. Lo había oído en las noticias. Y también supe lo que significaba la «D». Es Drew, Drew Devlin, el médico muerto en Arberness. Es su cuenta bancaria y su dinero, y la única razón por la que lo sabías es porque eres su mujer. La policía cree que tú lo mataste.

Victoria tiene razón en todo, pero ¿qué se supone que debo hacer? ¿Felicitarla por sus dotes de investigación y decirle que no es para tanto que haya estado viviendo al lado de una delincuente buscada todo este tiempo?

—Estás huyendo y necesitabas ese dinero para seguir huyendo —continúa Victoria—. Está bien, no tienes que ocultármelo. Ahora sé la verdad, así que relájate. No soy la policía, no tienes problemas. Todavía no. Pero podrías tenerlos porque todo lo que tengo que hacer es una llamada y estarán aquí en cinco minutos para detenerte.

—No llames a la policía —le ruego, dando un paso hacia ella, pero Victoria retrocede, como si yo supusiera una amenaza para ella y para el bebé que lleva en brazos. Por supuesto que no soy una amenaza para Cecilia, pero ¿para Victoria? Bueno, no sería la primera vez que me acorralan y tengo que luchar para salir de esa situación. Quizá debería recordárselo a mi vecina. Pero ese es el último recurso y preferiría resolver esto pacíficamente por el bien de mi hija, así que me calmo como ha sugerido Victoria antes de volver a intentarlo.

—Me has ayudado. Has sido una gran amiga. Te lo agradezco y agradezco que no hayas llamado ya a la policía —digo, manteniendo una respetuosa distancia entre nosotras para no parecer intimidante—. Gracias. No tengo más amigos, así que necesito toda la ayuda posible.

—No me sorprende. A una mujer como tú le debe resultar difícil hacer amigos cuando deja un rastro de cadáveres a su paso.

—¡No es tan sencillo! Me presionaron. Estaba disgustada. Enfadada. Confundida. Me arrepiento de todo lo que hice, pero no puedo cambiarlo. Todo lo que puedo hacer ahora es tratar de ser una

buena madre para mi bebé. Entiendes eso, ¿verdad? Cecilia me necesita. No es justo para ella si voy a prisión, estaría sola. Por favor, solo intento vivir una buena vida. Una vida normal. Solo intento empezar de nuevo, como tú.

—No me parezco en nada a ti —dice Victoria con frialdad, y en este momento me doy cuenta de que ya no es mi amiga. A pesar de que no ha llamado a la policía, está claro que quiere un final diferente. No va a aceptar que me lleve a Cecilia y vuelva a vivir al lado como si nada hubiera pasado.

—Vale, ¿qué quieres? —le pregunto, preparada para cualquier cosa —. ¿Es el dinero? Puedes quedártelo todo si es lo que quieres. Yo me iré con Cecilia y tú serás veinte mil libras más rica. Todo el mundo gana, ¿no?

Espero que Victoria acepte entusiasmada el dinero porque, en realidad, no estoy en condiciones de negociar. Extrañamente, no parece interesada en lo que acabo de decirle. Entonces descubro por qué.

—No quiero el dinero —me dice mientras Cecilia empieza a llorar en sus brazos—. Quiero a tu bebé.

23

ALICE

En cuanto Tomlin me dijo que estaba convencido de que Fern estaba en Cornualles, corrí a casa y empecé a hacer las maletas. Por lo que a mí respecta, estoy lista para salir a la carretera y empezar a acortar distancias entre esa mujer y yo, y no hay nada que nadie pueda decir para intentar detenerme. Pero eso no impide que el hombre que tengo enfrente lo intente.

—Más despacio. Aún no tenemos una dirección definitiva —grita Tomlin mientras cojo el cargador del móvil y lo meto en la mochila, en la que ya hay una muda de repuesto. Llevo poco equipaje, solo lo imprescindible, por lo que, en cuanto tenga mi cepillo de dientes, creo que estaré lista para salir. Bueno, eso y Evelyn y su bolsa de cosas esenciales, por supuesto, porque no voy a dejar a mi niña aquí con él, o con ella. Siobhan sigue aquí, merodeando por mi casa y permaneciendo totalmente ajena al hecho de que sé que anoche intimó con mi novio. Pero no me importan ni ella ni él. Solo quiero llegar al sur lo antes posible. Cuando tenga mi maleta y a mi bebé en el coche, me voy.

—Esto es ridículo. ¿Qué vas a hacer? ¿Conducir y esperar encontrarla? Cornualles es un lugar grande, ¿sabes? —dice Tomlin —. Espera hasta que tengamos una dirección, entonces podremos irnos.

—No, cada segundo que perdemos es un segundo que nos arriesgamos a que Fern vuelva a escapar —grito mientras cierro la cremallera de mi bolso, y me dirijo a la puerta de la habitación. Teniendo en cuenta que hace poco estaba al borde de un ataque de nervios, ahora me siento en plena forma y con ganas de seguir adelante, y es increíble lo que la adrenalina y un fuerte deseo de

venganza pueden hacer por la salud de una persona.

Salgo corriendo del dormitorio y me cruzo con Siobhan, pero ella no intenta que vaya más despacio. En lugar de eso, me dice que quiere acompañarme.

—Puede que necesites ayuda. Fern es peligrosa. Déjame ir contigo —dice.

La idea de estar sentada en un coche durante varias horas con la mujer que me ha traicionado no me resulta muy agradable. Pienso entonces en revelar lo que he visto y decirle a Siobhan que se largue, pero eso retrasaría mi avance. No tengo tiempo para discutir, solo necesito llegar a mi coche y, mientras bajo las escaleras, empiezo a coger cosas para Evelyn. Guardo todas los botes de leche que puedo en su bolsa y pienso que compraré más si es necesario, pero mi velocidad se ve frenada por Tomlin y Siobhan, que siguen interponiéndose en mi camino.

—Si de verdad vas a irte, deja a Evelyn aquí —sugiere Tomlin—. Podríamos dejarla con alguna amiga en el pueblo. Audrey, tal vez. Ella estaría feliz de ayudar si supiera que nos vamos para tratar de atrapar a Fern.

—No, se viene conmigo —le digo, porque no pienso dejar a mi bebé con nadie, aunque el viaje sería mucho más fácil. No tengo ni idea de cuánto tiempo estaré fuera ni de lo que puede pasar, así que Evelyn tendrá que venir. Pero Tomlin tiene razón en una cosa. No debería ir sola, por eso les digo a él y Siobhan que pueden venir conmigo.

—Vamos a por esa zorra —dice Siobhan, claramente de acuerdo con este plan. Y, aunque ella también sea una zorra, por ahora puede ser una aliada. Pero Tomlin aún no está seguro.

—Sigo pensando que es mejor que esperemos a ver qué encuentra Ian en Cornualles —dice—. Solo te lo he contado porque estabas muy disgustada en el mercado. Ojalá no te lo hubiera dicho.

—Estaba disgustada porque esa mujer sigue libre. Ahora que sabemos dónde está, podemos acabar con esto de una vez por todas

—grito, con la emoción creciendo en mi interior porque siento que el final esta vez podría estar cerca—. Me voy, y me voy ya —le digo a Tomlin, empujando a Evelyn y su cochecito hacia la puerta mientras Siobhan coge unas bolsas y me sigue—. Puedes venir con nosotras o puedes quedarte aquí y perder a Fern otra vez.

Sé que ese comentario cortante escocerá al orgulloso detective, pero también asegurará que tome su decisión con rapidez.

—Bien —dice mientras coge sus llaves—. Pero, para que conste, creo que es una mala idea, y si acabamos metiendo la pata y Fern se escapa, será culpa tuya.

—No se va a escapar —digo con confianza mientras salimos de casa y nos dirigimos al coche—. Me aseguraré de ello.

Una vez que todo está en el coche, rechazo la sugerencia de Tomlin de que conduzca él y arranco el motor. Luego piso a fondo el acelerador y salgo de Arberness lo más rápido posible, ansiosa por incorporarme a la autopista que me proporcionará la ruta más rápida hasta la costa sur.

No veo la hora de quemar estos kilómetros y llegar a mi destino.

Cuando lo haga, Fern no va a creer lo que ven sus ojos.

24

FERN

Miro fijamente a la mujer que sostiene a mi hija e intento comprender lo que acaba de decir.

Ella no quiere mi dinero; quiere a mi bebé.

Pero ¿en qué mundo cree ella que eso va a suceder?

—Victoria, por favor, seamos sensatas —digo, tendiendo las manos hacia mi vecina mientras ella mantiene las suyas firmes sobre Cecilia, impidiendo que coja a mi niña y salga corriendo de este piso, que es lo único que quiero hacer.

—Estoy siendo sensata —responde ella con frialdad—. Sé que no quieres ir a la cárcel el resto de tu vida, y estoy segura de que harás cualquier cosa para evitarlo. Deja que me vaya con Cecilia y seguirás siendo una mujer libre.

—¡No te voy a dar a mi bebé! —grito, y vuelvo a acercarme a Victoria, desesperada por arrancar a Cecilia de sus garras, pero ella se limita a retroceder y mantener las distancias. Temo abalanzarme con demasiada fuerza sobre ella por si le hace daño a la pequeña vida que tiene en sus manos.

—No tienes elección —me responde Victoria—. No si quieres mantenerte a salvo. Y a tu hija también.

—No le harías daño —digo, más por mantener la esperanza que porque tenga la certeza.

—No quiero, pero quién sabe de lo que soy capaz si me presionas —dice Victoria—. Deberías saber mejor que nadie que nunca hay que

juzgar un libro por su portada. No tienes ni idea de lo que he hecho antes, igual que nadie en Cornualles sabe que una mujer como tú vive entre ellos. No te acerques, Fern, o te advierto que esto podría no acabar bien para ninguna de nosotras.

Demasiado asustada para poner a prueba esa advertencia, hago lo que Victoria me dice, manteniéndome a distancia mientras intento encontrar una salida. Pero, a menos que Victoria cambie lo que quiere, no veo ninguna.

—Por favor, sabes que no puedo darte a mi bebé —le digo, con el corazón encogido mientras miro a mi niña y deseo más que nada reunirme con ella—. Pero puedo darte dinero, y mucho. Puedes cogerlo y empezar de nuevo en otro sitio. No iré a por ti. No me importa en qué te lo gastes. Pero, por favor, no le hagas daño a mi niña.

—No le haré daño mientras me dejes tenerla —dice Victoria. Y lo que dice a continuación me aterroriza—. Tengo una idea. ¿Por qué no coges el dinero y empiezas de nuevo en otro sitio? Estás acostumbrada, así que no te resultará difícil. Lo decía en serio cuando dije que no me importaba el dinero.

—¡Solo porque en secreto querías a mi hija! —grito—. ¡Nunca te habría pedido el favor si hubiera sabido de lo que eras capaz!

—¡Y nunca habría sido tu amiga si hubiera sabido de lo que eras capaz! —responde Victoria—. Planes de venganza mortales. Asesinatos. Inculpar a un inocente. Fraude. ¿Alguna de esas cosas suena como algo que haría una gran madre? Porque no eres una gran madre, Fern, ni mucho menos, y por eso Cecilia está mejor conmigo que contigo.

No puedo creer lo que oigo. A pesar de mi accidentado pasado, es imposible que piense en serio que Cecilia debe estar con ella antes que conmigo.

—Sí, he hecho muchas cosas mal —admito—. Pero lo que intentas hacer aquí es mucho peor que todo eso. Estás intentando quitarle una niña a su madre, y eso es enfermizo. Es mi hija, Victoria, no la tuya, así que devuélvemela o si no...

—O si no, ¿qué? ¿Me harás lo mismo que a esas personas? ¿Lo mismo que le hiciste a tu marido? Ese pobre doctor cometió el mayor error de su vida cuando se casó contigo, y pagó el precio por ello. Arruinaste su vida, pero no dejaré que arruines la de esta niña. Se merece algo mejor que cualquier cosa que tú puedas darle. Se merece una vida normal, no una vida huyendo, y por eso se queda conmigo.

Ahora veo que Victoria nunca va a cambiar de opinión, y darme cuenta de ello me da casi tanto miedo como cuando empezó toda esta pesadilla.

Si no consigo que me entregue a Cecilia, ¿qué otra cosa puedo hacer?

—¿Qué te sucedió? —pregunto, bajando la voz mientras cambio de táctica.

—¿Perdona? —responde Victoria mientras Cecilia empieza a llorar.

—¿Qué te sucedió para convertirte en la clase de monstruo que intentaría hacer algo así? Al menos yo tenía mis razones para hacer lo que hice. Mi marido me engañó, y yo estaba disgustada y enfadada. No me desperté un día y decidí hacer algo terrible. Fue un proceso largo. Muchos meses sintiéndome herida y traicionada. Incontables noches ahogándome en la paranoia, la vergüenza y el asco. Nunca me creí capaz de ser una mujer capaz de hacer daño a los demás, pero me vi obligada a hacerlo por las acciones de otras personas.

—¿Estás echando la culpa de todo lo que has hecho a otras personas? —me pregunta Victoria con cara de espanto—. ¿De verdad? ¿Como si nada de eso fuera culpa tuya?

—No, eso no es lo que estoy diciendo. Lo que estoy diciendo es que me ocurrieron cosas malas y que esas cosas malas me llevaron a tomar malas decisiones. Lo que quiero saber es qué cosas malas te ocurrieron a ti para que pienses que quitarle el bebé a otra persona está bien.

—No es asunto tuyo.

—¡Es asunto mío cuando es a mi bebé al que intentas llevarte!

Victoria se calla ante mi exabrupto, al igual que Cecilia, que deja de llorar, sin duda aturdida por el sonido tan alto de la voz de su madre.

—Sea lo que sea lo que te haya pasado, Victoria, estoy segura de que no ha sido culpa tuya. Tienes que ver que esta no es la forma correcta de reaccionar ante ello. Por favor, para un segundo y haz lo correcto. No empeores las cosas para ninguna de nosotras.

—¿Empeorar? ¿Cómo pueden empeorar las cosas? —grita Victoria mientras mira a su alrededor—. Mira dónde vivo. Estoy sola. No tengo a nadie ni nada. Nunca he cometido un crimen y, sin embargo, esta es mi vida. En cambio, mírate a ti. Has hecho cosas terribles y, sin embargo, has sido bendecida con un bebé. No es justo. Yo sería mejor madre que tú. Sé que soy mejor persona que tú.

—¿Así que de eso se trata todo esto? ¿Te sientes sola? Bueno, lo siento, Victoria, ¡pero robar un niño no es la forma correcta de cambiar eso! Puedo ayudarte a hacer amigos, a conocer a un hombre o lo que quieras, pero no puedo darte a mi bebé.

Creo que Victoria se da cuenta porque, por primera vez desde que empezó esta locura, parece un poco sorprendida. Tal vez creyó que me echaría atrás ante su amenaza de llamar a la policía, pero, si pensó eso, está muy equivocada.

—Dame a Cecilia —le digo—. Lo que quieras hacer después, ya sea hablar, llamar a la policía o simplemente volver a la miserable vida que llevabas antes, me da igual. Devuélvemela ahora mismo o esto no acabará bien para ti.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta Victoria, intentando igualar mi demostración de fuerza al no retroceder tampoco.

—Digamos que todos los que se han cruzado en mi camino han salido siempre mucho peor parados —le recuerdo a Victoria, decidida ahora a utilizar mi pasado a mi favor—. Si has investigado sobre mí, y parece que sí, entonces sabes lo que les sucede a los que

intentan interponerse en mi camino. Así que esta es tu última oportunidad: devuélveme a mi hija o no seré responsable de mis actos.

Espero que Victoria ceda y haga lo que yo quiero. Debería haber sabido que no sería tan fácil porque nada en mi vida lo es. Como Drew cuando no podía alejarse de Alice, o Rory cuando me dijo que quería acostarse conmigo a cambio de no ir a la policía, o Greg cuando grabó en secreto mi confesión e intentó salirse con la suya. ¿Por qué todas las personas que me hacen daño nunca se dan cuenta de que están cometiendo un gran error hasta que es demasiado tarde?

Me acerco a Victoria, preparada para intentar coger a Cecilia si la deja caer durante el frenético intercambio que está a punto de producirse.

—¡Aléjate! —grita Victoria.

Pero no lo hago, estoy decidida a recuperar lo que es mío y al diablo con las consecuencias.

Mientras trato de agarrar a Cecilia, Victoria intenta apartarse de mí, pero no se lo permito, ya que consigo agarrar a mi hija. Cecilia, que percibe claramente la desesperación de las dos personas que la rodean, vuelve a llorar y me rompe el corazón ver lo asustada que está. Pero sé el peligro que corre si no la alejo de esta loca, y por eso lo arriesgo todo haciendo un movimiento muy drástico.

Empujo a Victoria hacia atrás tan fuerte como puedo y, mientras pierde el equilibrio y cae, suelta a Cecilia, lo que me permite quitársela antes de que caiga al suelo.

Cuando cojo a mi bebé, la cabeza de Victoria golpea el borde de la mesita y, tras aterrizar en el suelo, queda tendida sobre la alfombra sin reaccionar.

Espero a ver si se levanta e intenta quitarme a Cecilia, pero no se mueve. Podría temer haberla herido gravemente, si no haberla matado al empujarla, pero no tengo tiempo de preocuparme por eso; ahora que he recuperado a mi bebé, solo quiero salir de aquí y

no volver a ver a esta mujer.

Corro hacia la puerta y sé que si Victoria está muerta, no puede venir a por mí ni puede ir a la policía a decirles quién ha estado viviendo a su lado. Eso me solucionaría dos problemas muy grandes, aunque si he sido responsable de otro cadáver, eso sería un gran problema en sí mismo. La policía acabará encontrándola y preguntará por ahí qué ha pasado, que no es lo que yo necesito, porque cualquier policía que esté en mi puerta podría reconocerme como la mujer que sus colegas han estado buscando en otras partes del país. Pero, si investigan el cadáver y descubren que hace poco ha recibido una cantidad de dinero de una cuenta a nombre de Drew Devlin, no tardarán en darse cuenta de que yo podría haber tenido algo que ver tanto con esa transacción como con el hecho de que la mujer que recibió el dinero esté ahora muerta. Por eso decido que, independientemente de si Victoria está viva o muerta, voy a volver a mi piso, recoger mis cosas y largarme de aquí.

No pensaba irme de Cornualles y esperaba construir aquí una verdadera vida para mí y para mi hija, pero, una vez más, las cosas han cambiado rápidamente. Al menos, no he perdido mi capacidad para adaptarme y superar los problemas. Soy especialista en supervivencia y voy a necesitar todas esas habilidades una vez más.

Mientras vuelvo a mi piso y acuesto a Cecilia en su cuna antes de empezar a guardar mi ropa, tengo la horrible sensación de que, por alguna razón, esta vez mi suerte está a punto de agotarse.

No sé por qué, pero puedo sentirlo.

Este problema no ha terminado.

25

ALICE

Llevo dos horas conduciendo, con el velocímetro constantemente por encima de los límites de velocidad regulados en las autopistas por las que voy zumbando, y la distancia entre mi coche y Cornualles se acorta a cada segundo. Sin embargo, a pesar de que avanzo a buen ritmo, nunca será lo bastante rápido para mí, porque quiero llegar ayer. También me siento ralentizada por los pasajeros de mi coche. Siobhan va sentada delante, a mi lado, mientras que Tomlin va detrás, junto a la sillita de Evelyn, y aunque yo quiero seguir avanzando, los dos quieren parar pronto.

—A Evelyn le toca comer y cambio de pañal —sigue diciéndome Tomlin, por mucho que intente ignorarlo y centrarme en el camino que tenemos por delante.

—Hay una gasolinera a ocho kilómetros —añade Siobhan sin ayudarme, porque no tengo intención de parar. Aparcar este coche no me llevará a Fern más rápido, así que ¿por qué debería parar? Por desgracia, como sabe cualquier conductor, es muy difícil hacer un viaje cómodo cuando los pasajeros están inquietos y, cuando Evelyn empieza a llorar, claramente hambrienta y necesitada de un descanso de su asiento, me doy cuenta de que estoy librando una batalla perdida.

Vamos a tener que parar.

Pero solo por poco tiempo.

—Hagámoslo rápido —digo mientras señalizo que voy a salir de la autopista y conduzco hacia la estación de servicio.

El llanto de Evelyn se hace más fuerte mientras busco un sitio para

aparcar entre los demás vehículos de automovilistas que también sentían que necesitaban un respiro de la carretera. Quizá me venga bien salir un momento del coche, aunque solo sea para descansar del llanto. Por fin encuentro un hueco y me detengo junto a un gran todoterreno, del que se bajan tres niños seguidos de cerca por sus padres, que parecen agotados.

—Yo le daré de comer —dice Tomlin, que saca un biberón vacío y un poco de leche de fórmula de la bolsa grande que tiene a sus pies en la parte de atrás del coche, antes de colocar a Evelyn en su regazo. Podría ofrecerme a ayudarlo, pero prefiero aprovechar para estirar las piernas junto al coche, con Siobhan haciendo lo mismo.

No tarda mucho en dar de comer a Evelyn, porque aunque ya no tiene hambre, siempre se bebe rápido los biberones. Una vez hecho esto, Tomlin está listo para la siguiente tarea.

—Llevémosla dentro y cambiémosla allí —dice Tomlin mientras se une a nosotras fuera del coche.

—¿No podemos hacerlo aquí? —protesto—. Tardaremos demasiado si sacamos el cochecito, y probablemente habrá otros mil bebés dentro a los que estén cambiando. No tenemos tiempo para grandes esperas.

—No voy a cambiarla en el coche. Ella necesita un cambio de escenario, al igual que yo. No tardaremos más de media hora. Nos lo podemos permitir.

La idea de retrasar este viaje treinta minutos no es agradable, pero poco puedo hacer salvo subirme al coche y salir de aquí sin ninguno de mis pasajeros dentro. La verdad es que es una idea tentadora, porque aún guardo el recuerdo de lo que Tomlin y Siobhan hicieron a mis espaldas, lo que ha hecho aún más tenso el viaje en coche desde Arberness hacia el sur. Constantemente tengo que apretar los dientes mientras Tomlin intenta decirme qué es lo mejor para mí y para mi bebé, mientras Siobhan no deja de recordarme lo mucho que está de mi lado y lo impaciente que está por ayudarme a que se haga justicia por lo que Fern me hizo. No están actuando como dos personas que me han apuñalado por la espalda, pero sé que son capaces de hacerlo, y por eso no voy a dejar que ninguno de los dos

se salga con la suya.

Solo tengo que elegir el momento oportuno, que será cuando nadie me impida llegar a Fern.

La mayoría de las cosas que se intentan hacer después de tener un hijo llevan más tiempo y son más arduas, y ese es el caso de este viaje en coche cuando los cuatro entramos en la estación de servicio buscando poder cambiarle el pañal a Evelyn y hacer nuestras necesidades también. Una vez dentro de la estación de servicio, veo gente haciendo cola en varios lugares de comida rápida, todos ellos buscando alimentar sus cuerpos después de haber repostado sus coches. Como sospechaba, también veo a muchos padres que llevan a sus bebés a los aseos, y las colas son casi tan largas y lentas como las de la comida.

—Ahora vuelvo —dice Tomlin mientras se lleva a Evelyn para unirse a la cola, y eso nos deja a Siobhan y a mí para ir a por algo de comida.

—Me apetece un bocadillo —me dice antes de sugerir que vayamos a la tienda de la izquierda, que parece vender bocadillos entre otros muchos productos, desde grandes paquetes de patatas fritas hasta tentadoras barritas de chocolate y coloridas latas de refrescos. Pero también venden algo más y, cuando entramos en la tienda, ambas vemos las hileras de revistas expuestas a la derecha de las cajas. Varios titulares compiten por captar la atención de un lector potencial, pero es el de la portada, en el centro del estante, el que gana la batalla para mí. Lleva un titular que se refiere directamente a mí y a la razón por la que estoy hoy en la carretera.

Fui al colegio con la mortífera viuda del médico

Las letras de la portada de la revista de cotilleos son de color amarillo brillante y, aunque Siobhan no se ha fijado en ellas, las ve cuando cojo la revista de la estantería.

Al mirar la portada, veo que hay una foto de Fern junto a otra mujer, que parece ser la que ha vendido su historia a esta publicación bastante poco fiable.

—La gente saca provecho de cualquier cosa —comenta Siobhan al verme pasar las páginas para encontrar la historia—. ¿Te conté que un periodista me ofreció dos mil libras por hablar de cómo era estar en la cárcel contigo? Le dije que se largara porque valoraba mucho más mi amistad contigo que ganar un poco de dinero fácil.

No le digo nada a Siobhan, no solo porque estoy mirando la revista, sino porque sé que está claro que no valora nuestra amistad lo suficiente como para apartar las manos de mi hombre. Entonces encuentro el artículo que busco y, mientras lo leo rápidamente, descubro que la historia trata de una antigua compañera de Fern de un colegio de Manchester que habla de cómo era la fugitiva cuando era niña y alumna.

Creo que su asignatura favorita era matemáticas. En inglés se sentaba detrás de mí, pero no contestaba a muchas preguntas. Sé que también le gustaba geografía porque una vez hizo una presentación sobre los continentes del mundo. Cuando la conocí, no tenía ni idea de que se casaría con un médico ni de que se dedicaría a violar la ley. Es chocante pensar en lo que se ha convertido, y solo espero que la policía pueda atraparla antes de que cause más daño a personas inocentes.

Junto a las columnas de palabras hay unas cuantas fotos más y Drew aparece en una de ellas, el apuesto médico de vacaciones en algún lugar cálido y soleado, totalmente ajeno al sombrío destino que lo esperaba en el futuro. También hay una foto mía, tomada cuando salí de la cárcel, y sé que fue entonces porque salgo fatal en la foto. Hay un pie de foto debajo.

La amante del médico: Alice Richardson fue incriminada por Fern y condenada por asesinato antes de que saliera a la luz la verdadera

historia.

Me pregunto si el editor de esta revista debía pedirme permiso antes de utilizar mi foto, pero ya es demasiado tarde para eso, y tampoco puedo decir que me importe, porque no es la primera vez que mi imagen se exhibe para consumo público en relación con esta historia.

Cierro la revista sin leer el artículo completo porque puedo captar lo esencial.

La vuelvo a dejar en la estantería y voy en busca de lo que he venido a buscar, que es algo de comida. Es evidente que Siobhan se da cuenta de que estoy disgustada por el artículo, porque intenta consolarme diciéndome que esto acabará pronto y que, cuando lo haga, todas las historias que se publiquen contarán cómo Fern obtuvo su merecido y yo acabé siendo el héroe de la historia.

Tal vez Siobhan tenga razón. Eso espero. No para de hablar de que al final todo va a salir bien para mí, pero no acabo de ver cómo va a ser posible si me tengo que quedar con ella y con Tomlin el resto del viaje. Estar cerca de un mentiroso puede ser tolerable, pero no de dos, por eso tengo una idea de cómo deshacerme de uno de ellos.

Compramos la comida y esperamos a que Tomlin vuelva de los servicios con Evelyn. Después, los cuatro regresamos al coche. Cuando Tomlin empieza el a menudo complicado proceso de cambiar a Evelyn del cochecito a la sillita, le pregunto a Siobhan si puede hacerme un favor.

—Debería haberme tomado un café —digo, fingiendo un bostezo para demostrar lo bien que me vendría una dosis de cafeína ahora mismo—. ¿Crees que podrías volver y traerme uno? Lo siento.

—No hay ningún problema —responde Siobhan, cosa que sabía que haría porque desde que salimos de Arberness ha dejado claro que está aquí para ayudarme.

—Yo también voy a tomarme uno —dice antes de preguntar a

Tomlin si él también quiere.

Le dice que sí y, mientras voy a ayudarlo con Evelyn, Siobhan regresa para unirse a la cola de gente que hay dentro de la estación de servicio.

—Creía que estabas ansiosa por volver a la carretera —me dice Tomlin, probablemente preguntándose por qué acabo de añadir otro retraso a nuestro viaje.

—Y así es —digo mientras los dos subimos al coche, y supongo que mi novio sigue con la falsa suposición de que vamos a esperar a la mujer que ha ido a buscarnos un café. Pero no es eso lo que pienso hacer. Mientras arranco el motor, Tomlin me pregunta qué estoy haciendo.

—Voy a poner distancia entre nosotros y esa mujer a la que besaste anoche —digo con frialdad antes de alejarme. Y, curiosamente, Tomlin no sabe muy bien qué responder a eso.

Cuando se le pasa el susto de que le haya llamado la atención por lo que hizo anoche con mi supuesta amiga, me dice que pare porque no podemos dejarla aquí, en medio de la nada. Pero no hay forma de que le haga caso, y muy pronto estoy de vuelta en la autopista y alejándome de Siobhan a ciento diez kilómetros por hora.

¿Me siento mal por haberla dejado atrás? En absoluto. Ella me traicionó, así que solo me estoy desquitando. Ahora que ella ya está en mi retrovisor, puedo volver a centrarme en la otra mujer que se metió conmigo.

Acabo de encargarme de una perra mentirosa.

Ahora toca ocuparse de otra.

26

FERN

No puedo creer que esto esté ocurriendo otra vez. No solo tengo que volver a huir, sino que también tengo que procesar el hecho de que puedo haber hecho daño a otra persona.

Mientras recojo mis cosas, no dejo de repetirme que no tenía elección. Victoria estaba intentando llevarse a mi hija. ¿Qué otra cosa puede hacer una madre en esa situación que no sea defenderse? No quería hacerle daño, pero tenía que hacer algo para recuperar a mi hija. Cecilia está ahora mismo en su cuna, pero debe percibir que algo va mal porque llora a gritos, y ese ruido no hace más que aumentar mi estrés.

Mientras meto mis cosas en la maleta, no puedo evitar preguntarme si podré seguir atribuyendo todo lo que hago a los demás. Hasta ahora, la única razón por la que he podido acostarme por las noches y dormir un poco es porque me he dicho a mí misma que otras personas me obligaban a actuar así. Pero ¿y si llega un momento en que tengo que asumir toda la responsabilidad de mis actos y reconocer que no puede ser una coincidencia que, allá donde voy, dejo un rastro de muerte y destrucción?

¿Y si el problema soy yo?

¿Y si soy tan mala como dicen los periódicos?

Lo peor de todo: ¿y si Cecilia está mejor sin mí?

Tal vez lo único peor que perder a tu hijo sea darte cuenta de que podría tener una vida mejor sin ti. Mientras dejo de hacer la maleta y miro a mi bebé, que está llorando, sé que no se merece nada de esto. Quizá lo mejor que puedo hacer ahora es dejar de huir y

entregarme a la policía. Se harían cargo de Cecilia y, con el tiempo, le encontrarían una nueva familia con la que vivir. Entonces podría tener una educación normal, en lugar del desastre de vida que tendría si se quedara conmigo. Podría criarse en un entorno tranquilo y seguro donde prosperar, en vez de en los lugares impredecibles y peligrosos en los que acabaría conmigo.

Aunque el vínculo con mi hija parece irrompible, ¿y si romperlo fuera la mejor manera de que ella tuviera la oportunidad de prosperar en la edad adulta?

Sé que llegará un momento en que se enterará de quién era realmente su madre y de lo que hizo, pero, al menos si para entonces hay cierta separación entre nosotras, puede que no tenga un impacto tan profundo en ella. Puede que para entonces tenga mejores modelos en su vida que podrían haberle enseñado la diferencia entre el bien y el mal y las formas legales de afrontar los problemas, en lugar de todas las formas ilegales que yo elegí para afrontar los míos. Quizá algún día podría ir a visitarme a la cárcel y, aunque sería brutal para las dos, al menos vería que yo había asumido mis errores y afrontaba las consecuencias en lugar de seguir huyendo de ellos.

El problema es que, aunque todo eso suena bien en teoría, me va a resultar mucho más difícil —si no imposible— alejarme voluntariamente de mi hija y meterme en una celda. Quién sabe, incluso podría tener un efecto adverso en Cecilia. Podría sentirse abandonada por la única mujer que se suponía que iba a estar con ella para siempre, y eso podría fastidiarle la mentalidad en la edad adulta mucho más que el simple hecho de vivir conmigo una existencia nómada y empobrecida mientras crece. Al menos, si me quedo con ella, pase lo que pase en el futuro, nunca podrá acusarme de abandonarla y de no quererla. Egoístamente, elegir ese segundo curso de acción también me ayuda a mantenerme fuera de la cárcel, por un tiempo al menos, por lo que es más fácil para mí sentir que ese es el mejor camino a seguir.

Así que eso es lo que haré.

Seguiré huyendo con Cecilia a mi lado y no dejaré de luchar por nosotras hasta que no quede nada por lo que luchar.

Decido que ya he guardado suficientes cosas y estoy a punto de empezar a recoger las de Cecilia cuando me doy cuenta de que la causa de sus gritos puede ser simplemente que tenga hambre. Ya debería haber comido y, aunque no tengo tiempo para detenerme, no va a ser fácil pasar desapercibida mientras intento salir de este pueblo si llevo a una niña llorando conmigo. Por eso decido alimentarla ahora, porque ¿quién sabe cuándo tendré la oportunidad de hacerlo otra vez?

La levanto de la cuna, la pongo sobre mi pecho izquierdo y se calma al instante, lo que me da la oportunidad de escucharme pensar. Diciéndome a mí misma que mantenga la calma, siento que puedo salir de esta situación tan complicada. Una vez terminada esta toma, recogeré las cosas de Cecilia y saldremos en dirección a la estación de autobuses. Cuando llegue, cogeré el primer autobús que salga de este pueblo y me alejaré todo lo que pueda. Seguiré moviéndome durante unos días, zigzagueando para que nadie pueda seguir mi rastro antes de encontrar un lugar donde pueda empezar de nuevo con Cecilia. Que la policía se interese o no por la vecina desaparecida de Victoria determinará si puedo seguir usando mi nueva identidad o si tendré que deshacerme de mis documentos falsos y buscar otra manera, pero cruzaré ese puente cuando llegue a él. Por ahora, solo se trata de salir de aquí antes de que la gente empiece a llamar a la puerta de Victoria y descubra que ha ocurrido algo terrible.

Sabiendo que vive sola, podría pasar un tiempo hasta que alguien se diera cuenta de que le pasa algo. Pensándolo bien, probablemente será nuestro casero, Nigel, el primero en darse cuenta. Porque vendrá a vernos cuando venza el alquiler, como siempre, y cuando Victoria no abra la puerta, entrará él con las llaves de repuesto que tiene para todas sus propiedades. Entonces encontrará el cadáver, dará la alarma y, como se dará cuenta enseguida de que me he esfumado, le dirá a la policía que puede que yo haya tenido algo que ver.

Cecilia termina de comer, lo que significa que ya no hay tiempo para pensamientos paranoicos sobre el futuro. En lugar de eso, es hora de pasar a la acción, y la pongo en su cochecito antes de ir en busca de su bolsa con sus baberos, pañales y chupetes.

Pero no está aquí.

Buscando por todas partes, no consigo entender dónde puede estar hasta que caigo en la cuenta.

Debe estar en la casa de Victoria.

La tenía cuando estaba cuidando de Cecilia, y eso significa que ahora debe estar en algún lugar de su piso. Obviamente, no fui lo bastante prudente como para mirar a mi alrededor y asegurarme de que no me dejaba nada cuando corrí hacia la puerta con mi hija en brazos segundos después de arrebatársela a esa loca. Eso significa que he dejado pruebas de que estuve allí, en su piso, junto a su cuerpo, lo que facilitará que la policía me relacione con esa escena.

Sé lo que tengo que hacer.

Tengo que ir a recuperar esa bolsa.

Deseando poder hacer cualquier cosa que no sea volver a ese lugar del que tanto me alegré de escapar hace poco, pienso en arriesgarme y dejar la bolsa. Tengo dinero para comprar cosas de repuesto para Cecilia y ¿de verdad merece la pena que vuelva a la escena del crimen? Pero luego pienso en que, si dejo la bolsa, será muy obvio que estuve allí con mi bebé. Si sumamos el hecho de que mi casero le dirá a la policía que he desaparecido, estará claro para los investigadores quién hizo daño a Victoria.

Como no estoy dispuesta a ponérselo tan fácil al próximo grupo de policías que no tardarán en pisarme los talones, me aseguro de que Cecilia está lo bastante segura como para dejarla en su cochecito unos minutos antes de salir por la puerta trasera de mi piso. Luego salto el muro que separa mi casa de la de Victoria y pruebo la puerta trasera de la suya, que por suerte se abre. Si no, habría tenido que forzar la puerta, pero al menos eso habría dado a la policía algo más para mirar y posiblemente los habría distraído.

Entro con cautela, miro a mi alrededor y enseguida veo el bolso de Cecilia sobre la mesa de la cocina. Justo antes de ir a cogerlo, miro hacia abajo, hacia donde dejé a Victoria cuando la empujé y salí corriendo de aquí.

Pero ya no está ahí.

27

ALICE

Cuando salimos de la estación de servicio, Tomlin se pasó los primeros cinco minutos del trayecto diciéndome que no era justo dejar atrás a Siobhan y que debía volver a buscarla. Luego pasó los cinco minutos siguientes disculpándose conmigo por lo que había hecho con ella, diciéndome que había sido un error estúpido, que no significaba nada y que nunca habría vuelto a ocurrir. Ya sabes, todas las tonterías habituales con las que un mentiroso infiel sale cuando le han pillado. Después de que ignorase tanto las súplicas como las disculpas, pasó a decirme que redujera la velocidad porque estaba circulando por encima del límite de la autopista y creía que no era seguro, a pesar de que había poco tráfico y las condiciones de conducción eran buenas. Pero, como con todo lo demás, no le he hecho caso porque estoy ganando tiempo para llegar a Cornualles. Cada segundo que voy más rápido es un segundo más cerca de encontrar a Fern.

Después de renunciar a hablarme y quedarse callado en el asiento trasero durante un rato, Tomlin se ha puesto a vigilar a Evelyn mientras duerme en su sillita. Cada vez que levanto la vista y los veo por el retrovisor, me acuerdo de lo bueno que es con ella. La punzada de dolor que siento en el corazón por estar enfadada con él por lo que ha hecho también me recuerda que aún no he decidido del todo si voy a terminar con él o no. Todavía no me lo ha preguntado, probablemente porque teme la respuesta, pero también puede que esté agradecido por no haberse quedado tirado en la estación de servicio como la otra mentirosa infiel.

Después de seguir viajando en silencio un rato más, me interrumpe la voz del navegador cuando me dice que ya estoy a una hora de mi destino. Ese destino es una parte genérica de Cornualles, lo más

céntrico que he podido seleccionar porque, de momento, sigo sin saber exactamente en qué parte de ese condado se encuentra Fern. Al menos, pronto estaré en la parte correcta del país, y es increíble lo rápido que se puede llegar a algún sitio cuando se pisa a fondo el acelerador, aunque me veo obligada a reducir un poco la velocidad cuando veo que un coche de policía se incorpora a la autopista más adelante.

Casi al mismo tiempo que reduzco la velocidad, el teléfono de Tomlin empieza a sonar y, cuando le pregunto quién llama, me dice que es Ian, el hombre que ha seguido la pista de Fern hasta Cornualles.

Debe tener novedades para nosotros.

—Hola —dice Tomlin al contestar, manteniendo la voz baja para no molestar a Evelyn, que descansa a su lado. Aunque comprendo la necesidad de no hacer ruido, me gustaría que pusiera la llamada en altavoz para que yo pudiera oír la información que se transmite desde el otro lado de la línea. Tengo que armarme de paciencia mientras Tomlin escucha, pero mi deseo de saber qué está pasando no hace más que aumentar cuando veo que Tomlin pone cara de sorpresa antes de hacer una pregunta extraña.

—¿Qué? ¿Estás seguro?

—¿Qué está pasando? —le pregunto, con los ojos revoloteando entre la carretera y el espejo retrovisor, pero Tomlin se limita a levantar una mano para que me calle mientras sigue escuchando. Es frustrante, pero no hay mucho que pueda hacer aparte de seguir conduciendo, así que eso hago hasta que la llamada termina con Tomlin diciéndole al hombre al otro lado de la línea que estaremos con él muy pronto y que siga vigilándola hasta entonces.

¡Eso me suena a que la ha encontrado!

—¿Qué pasa? ¿Tiene su dirección? —pregunto, con una excitación desenfrenada que amenaza con hacerme sacudir el volante y hacer que el coche se desplace demasiado hacia un lado u otro.

—La ha encontrado —dice Tomlin con calma, pero, aunque intente

parecer tranquilo, no puede contener toda su emoción y una sonrisa se curva en la comisura de sus labios.

—¡Qué bien! ¿Dónde está? —le pregunto, quitando una mano del volante para teclear una nueva dirección en el navegador por satélite.

Pero Tomlin no responde enseguida.

—¿Qué está haciendo? ¿Qué ha dicho? —grito, desesperada por saberlo y sin importarme si el volumen de mi voz despierta a Evelyn.

—Tiene su dirección —confirma Tomlin—. Está fuera de su casa ahora mismo. Es un piso pequeño. Pero hay algo que necesitas saber.

—¿Qué?

—No está sola.

—¿Qué quieres decir?

—Tiene un bebé.

—¿Qué?

Intento procesar lo que acabo de oír, pero no tiene ningún sentido.

¿Fern tiene un bebé?

—¿Qué bebé?

—No lo sé, pero Ian insiste en que tiene una hija. Fern, o Teresa Brown, como se hace llamar, está registrada en un médico en Bowey, pero hay un bebé registrado con ella también, Cecilia Brown. Ian ha ido a su dirección y me ha dicho que ha visto a Fern entrar en su propiedad recientemente con un bebé en brazos, que parece tener unos tres meses.

—¿De quién es ese bebé? —grito, atónita ante este giro inesperado, porque me había imaginado a Fern viviendo una vida miserable ella

sola, y sin embargo, al parecer, tiene una hija.

—Es suyo —dice Tomlin, aunque parece tan inseguro como yo.

—No lo entiendo. ¿Quién es el padre? —le pregunto, y él niega con la cabeza antes de que de repente parezca que podría tener una respuesta.

—¿Quién? —vuelvo a preguntarle.

—Podría ser de Greg —responde en voz baja.

Al instante pienso en el hombre que intentaba sacarme de la cárcel, el viejo amigo de Drew que se acercó a Fern y ayudó a desenmascararla, no sin entregar su vida en el proceso.

—Me dijo que se acostaba con ella cuando vino a verme a la comisaría de Carlisle —prosigue Tomlin—. Le advertí que era peligrosa, pero dijo que era la única forma de mantener la mentira de que era su novio. Quizá se quedó embarazada justo antes de matarlo.

Me toca sacudir la cabeza y, una vez más, nada es lo que parece cuando se trata de Fern.

Pero hay una alternativa a que Greg sea el padre.

—¿Y si es el bebé de Drew? —digo, fría ante la idea de que el difunto médico pudiera haber engendrado dos bebés antes de fallecer. Pero, dado que el bebé de Fern es más pequeño que el mío, dudo que pueda serlo. Yo concebí justo antes de que Drew encontrara la muerte, así que Tomlin debe tener razón. El bebé es de Greg.

Dos niñas que crecen sin sus padres.

Esta desagradable situación en la que estamos Fern y yo no hace más que empeorar.

—¿Crees que deberíamos hacer una pausa y pensar en esto? —me pregunta entonces Tomlin.

—¿Qué?

—Bueno, ahora que sabemos que tiene un bebé, eso cambia las cosas.

—¡No, no es así! Sigue siendo una asesina, y sigue mereciendo ir a la cárcel.

—Sí, pero ¿qué pasa con el bebé?

—¿Y qué? Alejarla de ella es lo mejor para esa niña.

Tomlin parece inseguro, pero no me voy a detener. Solo necesito la dirección.

—Dime dónde está —le exijo, pero Tomlin sigue reacio.

—Ahora que la tenemos, creo que debemos dejar que la policía se haga cargo —dice—. Podemos estar allí y ver cómo la detienen, pero ya hemos hecho todo lo que podíamos. Es hora de acabar con esto y la forma más segura de hacerlo es pidiendo refuerzos.

—No, ya sabes lo importante que es esto para mí. Tengo que ser yo quien lo haga. No me lo niegues.

—Pero piensa en su bebé. Piensa en tu bebé. ¿Qué podría pasar si irrumpes ahí? Es demasiado impredecible.

—Dame la maldita dirección y ya me preocuparé yo cuando llegue —le digo, y Tomlin, muy a su pesar, hace lo que le pido, posiblemente porque no es bueno tener a una mujer enfadada y frustrada al volante a esta velocidad. Me calmo una vez que me ha dado la dirección, aunque desde luego no reduzco la velocidad.

No ahora que sé dónde está Fern.

Estaré allí muy pronto.

Y no hay nada que ella pueda hacer al respecto.

28

FERN

—No, esto no puede estar pasando —me digo por lo que debe ser la cuarta o quinta vez desde que he descubierto que Victoria no está tirada en el suelo donde la dejé.

En cierto modo, es una buena noticia, porque significa que no la he matado como temía.

Por otro lado, es aterrador, porque no tengo ni idea de dónde está ahora la mujer que me odia.

Después de lo que ha ocurrido entre nosotras, Victoria debe estar enfadada y con ganas de vengarse, y por eso, tras asegurarme de que tengo la bolsa de Cecilia, salgo corriendo por la puerta de atrás y atravieso el muro para volver a mi piso, con la intención de coger todo lo que me llevo y largarme de aquí antes de que Victoria pueda vengarse de mí por haberla empujado y haberle negado la oportunidad de llevarse a mi niña. Al entrar en mi piso, me quedo helada porque hay alguien de pie junto al cochecito de Cecilia.

Por suerte, no es Victoria.

Pero sigue siendo un problema.

—¿Qué está pasando aquí? —me pregunta Nigel, y yo me quedo quieta mientras miro fijamente a mi casero y me pregunto por qué mi mala suerte parece continuar hoy.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto—. ¡No puedes entrar así!

—He llamado dos veces a la puerta, pero no has respondido —me dice—. He venido a arreglar el grifo, así que he entrado. Estoy en

mi derecho de hacerlo cuando vengo a mantener la propiedad.

Ahora que se ha explicado, soy consciente de que Nigel tiene derecho a entrar en mi casa cuando viene a arreglar algo que he denunciado como roto, aunque estoy segura de que debería avisar con veinticuatro horas de antelación, pero en este caso supongo que pensó que cuanto antes se arreglara el grifo, mejor. También me imagino que habrá estado llamando mientras yo estaba al lado cogiendo la bolsa del piso de Victoria. Sin embargo, sigue siendo una lástima, porque esperaba salir corriendo por la puerta. Ahora que está aquí, estoy atrapada. Peor que eso, él puede ver que estoy planeando irme para no regresar.

—¿Vas a algún sitio? —me pregunta, pero en realidad es obvio porque, con todas las maletas hechas y lista para salir, está claro que sí.

—Eh, sí —digo, antes de pensar en algo que suene menos dramático que decirle que huyo de este pueblo—. Voy a quedarme unos días con una amiga en el norte.

—¿Te quedas unos días con una amiga? —repite Nigel antes de dar un paso atrás y mirar hacia el dormitorio—. ¿Sueles llevarte todo cuando te vas unos días?

—Bueno, no tengo muchas cosas —respondo—. Y no me lo llevo todo.

—Parece que sí. Aquí no queda nada.

—Como he dicho, volveré en unos días. Pero ahora tengo que coger un autobús, así que mejor me voy.

Empujo el cochecito hacia la puerta con una mano mientras llevo la maleta en la otra, con el bolso de Cecilia colgado del hombro. Antes de que pueda salir, Nigel se pone delante de mí y, aunque esperaba que se creyera mi historia de que iba a visitar a una amiga y me dejara marchar, ¿cuándo ha sido mi vida tan fácil?

—Espera un momento —me dice, bloqueando mi vía de escape—. No te marcharías sin decírmelo, ¿verdad?

—¿Marcharme? No, solo me voy unos días, como te he dicho. Volveré pronto.

Nigel sonríe y sacude la cabeza.

—Si en algo tengo experiencia desde que soy casero, es en tener inquilinos que intentan escabullirse sin decírmelo, sobre todo cuando aún tienen deudas pendientes que pagar.

—No tengo deudas pendientes.

—Ah, ¿no? —dice Nigel—. El alquiler del mes que viene vence pronto.

—No es hasta el próximo viernes.

—Pero, si te vas, no tendré tiempo de encontrar a un nuevo inquilino antes de esa fecha, lo que significa que no recibiré el dinero el viernes, ¿verdad? Tienes que avisarme con treinta días de antelación si tienes intención de irte.

—¡No me voy!

Lo intento de nuevo, pero es en vano, y Nigel lo sabe.

—¿Qué te pasa? —me pregunta—. Estás muy nerviosa. ¿Qué sucede? Puedes decírmelo.

No puedo decírselo, así que necesito otra forma de hacer que se aparte.

—Bien, me voy. Pero puedo darte tu dinero. No hay problema —digo, y suelto la maleta antes de meterme la mano en el bolsillo y coger el sobre de dinero que Victoria sacó antes del banco.

Saco billetes de veinte libras y cuento cuánto le debo a Nigel antes de tendérselos para que los coja. Pero, sorprendentemente, no coge el dinero y se aparta.

—Vaya, alguien ha conseguido un poco de dinero, ¿no? —dice, mirando todos los billetes que tengo en la mano, y ahora me doy cuenta de que ha sido una mala idea sacarlo todo delante de él—.

¿Dónde has conseguido todo eso?

—No es asunto tuyo —le respondo—. ¿Quieres tu dinero o no?

—Depende de dónde proceda ese dinero y de si está vinculado o no a algo ilegal.

—No es ilegal. Es mi dinero.

—¿De verdad esperas que me crea que una mujer como tú, que ha elegido vivir aquí, de repente lleva tanto dinero encima? —dice Nigel, negando con la cabeza—. Sé que eres pobre, como todos los que alquilan un piso por aquí. Por eso el alquiler es tan barato. Así que te lo vuelvo a preguntar: ¿dónde has conseguido ese dinero?

Cada segundo que estoy aquí teniendo esta conversación es otro segundo en el que Victoria podría estar de camino a la comisaría para decirles quién soy, así que no tengo tiempo para esto.

—Por favor, coge el dinero y déjame marchar —le suplico—. Solo quiero irme.

—¿Por qué?

—¿Por qué quieres saberlo?

—Porque creo que ocultas algo y quiero saber qué es. Tengo derecho, teniendo en cuenta que eres mi inquilina.

—Ya no. Soy tu exinquilina.

—¿Sabes?, podría llamar a la policía y que vinieran a preguntarte.

—¿A la policía? ¿Por qué ibas a llamarlos?

—Porque sospecho que uno de mis inquilinos ha infringido la ley —dice de forma relajada, como si tuviera todo el control, y puede que así sea.

—No he infringido la ley —digo desesperada.

—Entonces, dime de dónde ha salido el dinero, porque sé que no

tienes trabajo.

—Cógelo. Por favor —lo intento una vez más, y le clavo en el pecho el dinero que le debo.

Me lo quita, lo que me da esperanzas de que esté a punto de hacerse a un lado. Pero no lo hace. En lugar de eso, me mira de arriba abajo, haciéndome sentir muy incómoda mientras sus ojos se mueven sobre mí.

—¿Sabes?, siempre me has gustado —me dice, y mi cuerpo se enfría mientras habla—. ¿Qué te parece si, a cambio de que no le dé mucha importancia a esto y te deje marchar, nos vamos un ratito al dormitorio? Llámalo una despedida como Dios manda entre dos amigos.

Esa sugerencia me pone enferma y se lo hago saber a Nigel.

—Eres repugnante —le digo—. ¡Fuera de mi camino!

Utilizo el cochecito como herramienta para empujar y ayudarme a llegar hasta la puerta, y funciona en la medida en que consigue que Nigel se mueva antes de que el cochecito golpee contra su pierna. Eso me permite abrir la puerta, y estoy a punto de salir cuando me pone una mano en la boca y me arrastra de vuelta al interior.

Después de tirarme al suelo junto al cochecito, Nigel vuelve a cerrar la puerta de un portazo antes de girarse para mirarme. Por un momento siento que me va a atacar aquí mismo, con mi hija en la misma habitación. Y parece que está a punto de ocurrir cuando Nigel se inclina sobre mí y coge la hebilla de su cinturón.

Pero entonces llaman a la puerta y la sorpresa nos pilla a los dos desprevenidos. Por suerte, reacciono mucho más rápido que él y, tras coger a Cecilia del cochecito, corro con ella hacia la puerta trasera, dejando atrás todo mi equipaje, pero sin preocuparme de eso, solo de que las dos podamos escapar.

—¡Eh, vuelve aquí! —Nigel me persigue, pero no aflojo el paso. Cuando salgo por la puerta trasera, atravieso la verja que da al callejón y sigo corriendo mientras confío en que Nigel no esté

detrás de mí.

Cuando por fin me vuelvo y miro, no lo veo, así que hago una pausa para recuperar el aliento. Aunque no tengo mis cosas ni las de Cecilia, solo agradezco que ambas hayamos escapado de ese lugar.

También llevo encima casi todo el dinero, salvo lo que le he dado a Nigel, así que tengo fondos para salir de aquí y poner rumbo a la parada de taxis más cercana. Olvídate del transporte público. Tengo que salir de aquí lo antes posible, porque entre Victoria, Nigel y, posiblemente, la policía, tengo suficiente gente a la que le encantaría alcanzarme, y ya voy contrarreloj.

Corro hacia el paseo marítimo; sé que siempre hay muchos taxis al otro lado, así que en cinco minutos más o menos estaré subida en uno, a punto de irme de aquí.

Estoy huyendo de nuevo, en todos los sentidos de la palabra.

29

ALICE

Hemos pasado una señal de carretera que nos da la bienvenida a Cornualles. Cuando veo la señal de Bowey, sé que ya casi hemos llegado. A medida que nos acercamos, Tomlin se hace oír más en el asiento trasero, queriendo saber exactamente cuál es mi plan cuando lleguemos al piso de Fern, aunque en este momento solo estoy concentrada en llegar lo más rápido posible. Por desgracia, el tráfico es cada vez más denso a medida que nos acercamos. Como las autopistas han dado paso a carreteras más estrechas, la ruta está más congestionada y me veo obligada a reducir la velocidad. El hecho de tener que pisar el pedal del freno no me ayuda a aliviar los nervios, pero me aseguro de no mostrarle a Tomlin que me estoy poniendo nerviosa. Cualquier signo de debilidad por mi parte solo hará que me cuestione aún más.

Pero sus preguntas tienen que parar cuando vuelve a sonar el teléfono, y cuando contesta, me aseguro de decirle que esta vez ponga el altavoz para que yo también pueda escuchar. Lo hace, ya sea porque he sido firme cuando se lo he dicho o porque Evelyn está despierta en su asiento del coche, así que cualquier volumen extra no la molestará mucho ahora. Con la llamada conectada, oigo a Ian al otro lado de la línea.

—Fern se está moviendo —nos dice—. Ha salido de su piso con el bebé y parece que tiene prisa por llegar a algún sitio.

—¿A dónde va? —pregunta Tomlin, mientras yo maldigo en silencio al coche que tengo delante y deseo poder atravesarlo. No me está gustando lo que oigo. No quiero saber nada de que Fern esté en movimiento porque, si es así, será más difícil atraparla.

—No estoy seguro, pero la estoy siguiendo —responde Ian—. Hay

algo más.

—¿El qué? —pregunto. Mi voz alta desde la parte delantera del coche se oye por el teléfono y Tomlin tiene que avisar a Ian de que yo también estoy escuchando.

—Ha habido un incidente en el piso de Fern —nos cuenta Ian—. Un hombre entró en su casa hace un rato y yo me quedé vigilando. No pasó nada hasta que la puerta volvió a abrirse y pareció que Fern intentaba alejarse del hombre. Pero él la arrastró de nuevo al interior y cerró de un portazo.

Tomlin y yo nos miramos por el retrovisor mientras procesamos esta información.

—¿Quién era? —pregunta Tomlin, pero Ian no tiene ni idea.

—No estoy seguro. Entró en el piso con una llave, así que podría ser un novio o quizá el casero. No lo sé, pero estaba claro que algo malo estaba pasando. Fern estaba preocupada, por eso intervine.

—¿Cómo? —grito.

—Sí, desde mi punto de vista y por lo que vi en el piso cuando Fern fue arrastrada de nuevo al interior después de haber estado a punto de marcharse, parecía que una posible agresión era inminente. No estaba dispuesto a quedarme de brazos cruzados con una mujer y una niña posiblemente en peligro, así que me acerqué al piso y llamé a la puerta en un intento de molestar al hombre.

—¿Qué? ¡Has roto tu tapadera! —grito, preguntándome por qué Ian sería tan estúpido como para acercarse a Fern, porque entonces ¿no es obvio que la ha estado vigilando? Y, si sabe que la han estado vigilando, sabrá que alguien va tras ella.

—No, no lo he hecho porque Fern no me vio —dice Ian—. Y, aunque me hubiera visto, me habría hecho pasar por un vendedor. De todos modos, cuando por fin abrieron la puerta, el hombre que estaba dentro parecía nervioso y me preguntó enfadado quién era. Pude ver más allá de él y descubrí que Fern y el bebé ya no estaban dentro, así que salí enseguida y rodeé la parte trasera de la

propiedad, que es por donde vi a Fern escapando.

—¿Y dónde está ahora? —pregunto mientras me veo obligada a pisar el freno de nuevo en esta procesión de vehículos que avanzan despacio, con el equipaje amontonado en el interior de sus coches y las bicicletas sujetas en la parte superior de los mismos, cuyos ocupantes vienen todos claramente de vacaciones. Malditos turistas.

—Está avanzando por el paseo marítimo —nos dice Ian y, mientras habla, veo una señal de ese paseo y, por suerte, parece ir en una dirección distinta a la que van la mayoría de los coches que tengo delante.

—¡Ya está! Ya casi hemos llegado —grito al girar y, cuando lo hago, el mar aparece a lo lejos. Se ve precioso y azul, pero no estoy aquí para hacer fotos. Estoy aquí por ella y, por lo que parece, casi estoy encima de ella.

Mientras Ian intenta describir en qué parte del paseo marítimo se encuentra Fern en este momento, veo dicho paseo; también veo a docenas de personas caminando por él y disfrutando de las vistas. Esto hace que me resulte más difícil encontrar a la persona que busco, pero, con la ayuda de Ian, tenemos más posibilidades de encontrar a Fern en medio de este ajetreado escenario. Sin embargo, las cosas empeoran cuando Ian dice de repente que la ha perdido entre la multitud.

—¡Cómo que la has perdido! —Lloro, angustiada y asustada porque no he llegado tan lejos para no conseguir lo que quiero. La mujer que me metió en la cárcel está por aquí y no tiene ni idea de que estoy cerca. Mi inminente venganza es un pensamiento demasiado delicioso como para renunciar a él ahora, por lo que decido aparcar el coche y abandonarlo, pensando que será más fácil encontrar a Fern si estoy entre la multitud en lugar de conducir junto a ella.

—¿Qué haces? —grita Tomlin mientras detengo el coche junto a la carretera.

—¡La voy a encontrar! —digo, sin ganas de dejar mi destino en manos de Ian, que parece haberla perdido.

—¡Espera! ¡Aquí no se puede aparcar! —grita Tomlin, pero, aunque puede que haya buscado alguna señal que avise a los automovilistas de dónde pueden y dónde no pueden detenerse, a mí eso me importa un bledo. Solo quiero encontrar a la mujer que he venido a buscar.

Y entonces la veo.

Va unos cincuenta metros por delante de mi coche, sorteando a los peatones, con un bebé en brazos y una mirada de preocupación. Lo mejor de todo es que se dirige hacia mí, y sé que este es el momento que estaba esperando.

—¡Ahí está! —grito, señalando a través del parabrisas antes de desabrocharme el cinturón y abrir la puerta.

—¡Alice! ¡Más despacio! —me pide Tomlin, pero no hay nada que ni él ni nadie pueda decir para frenarme ahora. Mientras corro entre la multitud, me abalanzo sobre Fern y su bebé, y sé que esto está a punto de acabar.

—¡Te tengo! —grito mientras extiendo la mano y agarro el brazo de Fern.

Ella se tensa al instante y deja de andar, mirándome con miedo en la cara antes de que esa expresión sea rápidamente sustituida por una de shock total.

—¡Se acabó, zorra! Es hora de pagar por todo lo que has hecho —digo, pronunciando por fin las palabras que hacía tiempo que soñaba con decir... Sienta tan bien como imaginaba—. ¡Vas a ir a la cárcel y esta vez no te librarás!

En una fracción de segundo a Fern se le pasa el susto e intenta soltarse de mi agarre, apartándose mientras sujeta con fuerza al bebé que lleva en brazos. Pero no cedo y no voy a dejarme convencer de que sea más suave con ella solo porque está con una niña. Por supuesto, no quiero hacer daño a su bebé, pero tampoco voy a arriesgarme a perderla entre la multitud.

—¡Esta mujer es una asesina! —grito, llamando al instante la

atención de los peatones que están a nuestro lado.

Enseguida se forma un círculo a nuestro alrededor mientras la gente nos deja espacio y se pregunta qué es lo que perturba la paz en este lugar habitualmente tranquilo.

—¡Suéltame! —grita Fern.

Tal vez sea porque aún está conmocionada o porque está más débil y es menos temible ahora que tiene otra vida que cuidar, pero no es la adversaria que pensé que sería. La agarro con facilidad y, a pesar de todo lo que ha hecho, parece que es ella la que me tiene miedo. Como debe ser, porque haría casi cualquier cosa para evitar que esta mujer escape. Ahora que he sido yo quien la ha detenido, solo falta que llegue la policía. Por eso me giro para buscar a Tomlin, porque él puede ayudarme llamándolos o puede pedirle a Ian que lo haga. Lo que sea. La cuestión es que por fin estoy lista para conseguir la ayuda de los demás y, justo a tiempo, aparece Tomlin, con un aspecto casi tan preocupado como el de Fern.

Cuando llega hasta mí, examina a Fern con rapidez para asegurarse de que no supone una amenaza para mí, al tiempo que comprueba que no estoy haciendo algo estúpido como ponerme innecesariamente violenta con ella, porque eso solo conseguiría que yo también tuviera problemas con la policía. Pero todo está bajo control, o al menos eso creo hasta que miro más allá de Tomlin y veo algo preocupante.

La puerta del coche junto al asiento de Evelyn está abierta, pero, por lo que veo, no está con Tomlin.

—¿Dónde está Evelyn? —le digo, alertándolo del hecho de que, en medio de todo el caos, ambos nos hemos distraído demasiado como para vigilar a mi pequeña. Mientras mira hacia el coche, le digo que vigile a Fern para que yo pueda ir a buscarla.

Tomlin coge a Fern del brazo y, mientras ella sigue protestando e intentando zafarse, yo vuelvo corriendo al coche porque hay mucha gente alrededor y no sería prudente dejar a Evelyn sola más tiempo del que ya lo ha estado.

Miro dentro del coche y, cuando lo hago, me llevo un susto tan grande como el que se acaba de llevar Fern cuando la he pillado.

Eso es porque mi bebé no está dentro.

30

FERN

No, esto no puede estar pasando.

¿Cómo ha ocurrido?

¿Qué demonios voy a hacer ahora?

—¡Suéltame! —exijo de nuevo, instando al detective que me tiene fuertemente agarrada a que me suelte. Es evidente que Alice y él han estado trabajando juntos para localizarme, y lo han conseguido, aunque no tengo ni idea de cómo.

Creía que había sido muy cuidadosa, pero han sido más listos que yo.

—¡Suéltame! —digo de nuevo, aunque tengo la sensación de que nada de que lo diga lo convencerá.

O eso creía yo.

Es un segundo después cuando Alice, tras habernos dejado un momento para volver a su coche, lanza el grito de dolor más espantoso. Por horrible que sea, también lo reconozco, porque es muy parecido a una reacción que yo he tenido no hace mucho.

Cuando empieza a hablar de nuevo, me doy cuenta de que a la amante del médico le está pasando exactamente lo mismo que me ha pasado a mí hoy.

—¿Dónde está mi bebé? —grita Alice a pleno pulmón, haciendo que todos los presentes en este paseo se giren a mirarla.

A pesar del enorme problema al que me enfrento, parece que

alguien aquí está peor que yo.

—¿Qué está pasando? —le pregunto a Tomlin al sentir que su agarre disminuye ligeramente sobre mí, pero aún no pienso en correr porque estoy tratando de entender esta situación.

Tomlin parece tan confuso como yo y las cosas se ponen aún más confusas cuando un hombre se une a nosotros, aunque parece conocer al detective.

—¿Va todo bien? —le pregunta a Tomlin antes de mirarme, y entonces me pregunto cómo de grande ha sido en realidad esta operación para encontrarme y cuánta gente hay implicada. ¿Estoy rodeada de un montón de policías de paisano? Si es así, no hay mucho que pueda hacer aunque me libre del hombre que me sujeta.

Pero el agarre de Tomlin sigue aflojándose cuando Alice grita pidiendo ayuda. Cuando ella empieza a correr por el paseo, llamando a su bebé antes de caer de rodillas y soltar un aullido de dolor, él me suelta del todo y corre hacia ella.

Ya libre, pienso en huir, pero soy incapaz de apartar los ojos de Alice y su dolor. Tras haber perdido brevemente a Cecilia antes, sé por lo que está pasando, por lo que me resulta imposible mostrarme indiferente, aunque esta mujer haya venido aquí para meterme entre rejas.

El hombre que acaba de unirse a nosotros me agarra enseguida como si pensara que estoy a punto de echar a correr, pero le digo que no iré a ninguna parte y le sorprendo apartándome de él antes de correr hacia Alice y Tomlin. El detective que metió la pata tan estrepitosamente en la investigación del asesinato de mi marido está ahora agachado junto a la arrodillada Alice e intenta ayudarla, pero lo único que puede mejorar esta situación es que encuentren a la niña desaparecida.

¿Cómo es posible en un lugar tan concurrido?

—¡Encuéntrala! —grita Alice, y Tomlin reacciona a esa orden dejándola y mirando frenéticamente por el paseo antes de elegir una dirección y correr con la clara esperanza de tener suerte y

haber elegido el camino correcto para encontrar a la persona que se ha llevado al bebé. Pero ¿lo ha hecho? Como todo el mundo, no tengo ni idea. Aunque mucha gente se ha detenido y algunos intentan ofrecer su ayuda, está claro que nadie tiene ni idea de quién puede haberse llevado al bebé y por qué.

Entonces, de repente, me acuerdo.

El secuestro de un niño es algo muy grave, pero también es inusual. No es algo que una persona hace por capricho, robando al azar un bebé que no le pertenece y esperando salirse con la suya. Algo tan drástico y devastador suele hacerlo una persona trastornada, pero también alguien que haya pensado en hacer algo así antes. El acto en sí puede haber sido espontáneo y oportuno, pero todo lo que condujo a ese momento no puede haberlo sido.

Quienquiera que se haya llevado al bebé de Alice debe haber deseado desesperadamente un hijo propio.

¿Y a quién conozco que encaje en ese perfil?

Victoria.

Con los pensamientos zumbando en mi cabeza a un millón de kilómetros por hora, pienso si es posible o no que sea ella la que está detrás la desaparición. Ya sé que se levantó del suelo después de que yo la empujara y la dejase tirada. Aunque no sé a dónde fue después, podría haber estado aquí. Por lo que sé, podría haber estado siguiéndome y, de ser así, habría visto cómo Alice y Tomlin me sujetaban, lo que significa que también podría haber visto que, en medio de toda esa locura, habían dejado temporalmente desprotegido a un bebé.

¿Podría ser ella? Intentó llevarse a Cecilia, así que ¿por qué no? Pero, aunque haya descubierto quién está detrás de esto, no son buenas noticias, porque habiendo visto lo trastornada que estaba Victoria antes cuando tenía a Cecilia en brazos y se negaba a devolvérmela, no puedo asegurar que esto vaya a acabar bien para Alice y su hija.

Aun así, tengo que ayudar en todo lo que pueda porque, a pesar de

la loca historia que nos separa, Alice y yo compartimos el mismo vínculo.

Una madre y un hijo. No hay nada más precioso que eso.

Por eso, en lugar de preocuparme por mi propia supervivencia, por primera vez en mucho tiempo antepongo las necesidades de los demás a las mías.

—Creo que sé quién la tiene —le digo.

Alice deja de llorar y me mira con la desesperación grabada en su rostro manchado de lágrimas, y puedo ver que, en este momento, no le importa quién soy ni lo que le he hecho antes.

Solo quiere que la ayude.

Así que lo intento.

—Creo que la tiene mi vecina —le digo—. Intentó llevarse a mi bebé antes, así que, si hay alguien por aquí capaz de hacer algo así, es ella.

El hombre vuelve a agarrarme del brazo, como si pensara que estoy jugando a algo y estoy a punto de escapar, pero no es así y creo que Alice lo ve, aunque él no.

—¿Dónde está? —pregunta Alice, con la desesperación filtrándose por cada poro de su cuerpo.

—No lo sé, pero puedo ayudarte a encontrarla —digo antes de mirar al hombre que sigue agarrando mi brazo, lo cual es una indirecta de que solo puedo ser de ayuda si no me sujetan con tanta fuerza.

Sigo sin saber quién es este tipo, y no parece nada dispuesto a soltarme, pero Alice se lo piensa un segundo antes de decirle lo que tiene que hacer.

—Ian, suéltala —le pide, y al menos ya tengo un nombre para esta persona.

Sin embargo, Ian no parece dispuesto a hacer lo que le acaban de decir.

—Esto podría ser una estratagema. Podría huir —dice.

Pero niego con la cabeza.

—No. Quiero ayudarte. Lo juro —digo, aunque sé que dar mi palabra podría no significar mucho para la mujer a la que inculpé de asesinato.

—Ayúdame a encontrar a mi bebé —suplica Alice, y esa súplica de madre a madre me da fuerzas para apartar el brazo de Ian y hacer algo con este problema.

Con mi bebé en brazos, estoy totalmente decidida a reunir a Alice con el suyo, así que empiezo a mirar por todo el paseo marítimo, escudriñando el mar de caras y buscando cualquier atisbo de Victoria. Veo que Tomlin sigue corriendo de un lado a otro, mirando en los cochecitos y persiguiendo a cualquiera que tenga un bebé, pero no parece avanzar mucho.

Consciente de que tengo que hacerlo mejor, me apresuro hacia un banco y me subo en él, lo que me permite ver a la multitud desde una posición más elevada. Miro hacia abajo, hacia un extremo del paseo, y veo que todo el mundo camina al mismo ritmo.

Pero hay una persona que destaca.

Fijo los ojos en la mujer, que está claramente apurada, en un intento de averiguar si es Victoria y si lleva un bebé.

Entonces mira hacia atrás y veo dos cosas.

Veo que es mi vecina.

Y también veo que tiene al bebé de Alice con ella.

31

ALICE

No puedo creer que esto esté pasando. Me obsesioné tanto con atrapar a Fern que he descuidado a mi hija y ahora podría haberla perdido para siempre.

Aunque antes solo lo pensaba, ahora parece que es oficial.

Soy la peor madre del mundo.

Sin embargo, a pesar de todas las noches que deseé que otro cuidase de Evelyn y que ella fuera el problema de cualquier otra persona menos el mío, ahora lo único que deseo es volver a reunirme con ella. La di por sentada y no aprecié la bendición que era en mi vida; estaba tan consumida por mis propios problemas y mi necesidad de venganza que me olvidé de disfrutarla. Me siento culpable por ello ahora que me la han arrebatado, pero ¿tendré la oportunidad de rectificar?

¿O he perdido a Evelyn para siempre?

—¡La veo! Está ahí abajo —grita Fern desde un banco.

Me pongo en pie de un salto y miro en la dirección que señala. No puedo ver exactamente a quién está señalando ni puedo ver a mi bebé porque hay demasiados cuerpos bloqueando el camino. Sin embargo, Fern me dice que tiene a mi hija y que tenemos que darnos prisa si queremos alcanzarla.

Es una locura, hace solo unos instantes odiaba a esta mujer con todo mi ser y me regocijaba en el hecho de haber sido yo quien la había atrapado y le había dicho que todo había terminado. Y ahora estoy depositando toda mi confianza en ella para que sea la que me

ayude a recuperar a Evelyn; por si fuera poco, Fern parece realmente deseosa de ayudarme.

Lejos de ser la mujer más egoísta que he conocido, Fern parece comprometida a ayudarme y no voy a interponerme en su camino si puede ser de ayuda. Hasta ahora, ella está siendo más útil que Tomlin o Ian.

—¡Por aquí! —grita Fern mientras corre lo más rápido que puede con su hija en brazos

Por un segundo, temo que todo esto pueda ser una especie de treta y que esté huyendo de nuevo. Engañarme ahora, cuando estoy más desesperada, sería lo más cruel que me ha hecho nunca, y eso es mucho decir, pero no es el caso y lo sé porque Fern señala a la persona a la que seguimos mientras avanzamos.

—¿Puedes verla? Allí. Con el jersey azul —grita Fern.

Y, un segundo después, veo a quién se refiere. También veo que la mujer en cuestión está ciertamente en un apuro y, a medida que su cuerpo se mueve, vislumbro qué, o más bien a quién, está sosteniendo, y cuando lo hago reconozco el color de la ropa de Evelyn.

Definitivamente tiene a mi bebé.

—¡Detengan a esa mujer! —grito a pleno pulmón, esperando que alguien delante de nosotros acuda en nuestra ayuda y detenga a la secuestradora antes de que pueda hacer algo aún peor que llevarse a un bebé.

Como entrar en pánico y saltar delante de cualquiera de los vehículos en movimiento que circulan junto a este paseo.

La idea de que Evelyn sufra algún daño me pone enferma. Ahora es cuando de verdad entiendo hasta dónde pueden llegar los padres para salvar a sus hijos. Haría cualquier cosa para que Evelyn volviera sana y salva, pero ¿hasta dónde voy a tener que llegar? Aún no lo sé, pero Fern me dice que es posible detener a Victoria, solo tenemos que atraparla antes de que haga algo terrible.

Parece que Fern habla por experiencia. Las cosas se vuelven más urgentes cuando veo que saca a Evelyn del paseo marítimo y la sube por el sendero de una colina que se eleva sobre esta parte escarpada de la costa de Cornualles.

—¿A dónde va? —grito, pero la respuesta es tristemente obvia.

Va a subir a esa colina, y teniendo en cuenta la altura de la cima y los escarpados acantilados que se alzan sobre el mar, temo lo que pueda estar planeando hacer cuando llegue arriba.

—¡Que alguien la detenga! ¡Por favor! —grito, pero todos los que están delante de nosotros parecen, o demasiado desconcertados por lo que está pasando como para ayudar, o demasiado temerosos de involucrarse porque la situación debe parecerles demasiado arriesgada como para ponerse a sí mismos y a sus propios hijos en peligro.

Lo entiendo, pero no me ayuda: mientras sigo corriendo, apenas puedo recuperar el aliento. Fern está justo a mi lado, corriendo con su bebé a cuestas y, juntas, ascendemos por el sendero hasta llegar a la cima de la colina.

El viento es muy intenso aquí arriba y sopla con fuerza a nuestro alrededor. No obstante, por encima de él puedo distinguir el sonido de las olas que rompen contra las rocas, muy por debajo del acantilado. Es un sonido siniestro que demuestra lo peligrosa que se ha vuelto la situación. Las cosas empeoran cuando veo a la mujer que tiene a mi bebé detenerse justo al borde del acantilado. Parece estar mirando el mar, como si sus pensamientos estuvieran lejos de este precario sitio. Pero, cuando nos oye acercarnos, se vuelve hacia nosotras.

—¡Atrás! No os acerquéis más —grita, con los ojos desorbitados y una expresión de dolor.

Esa amenaza es suficiente para que Fern y yo nos detengamos donde estamos. Cuando Tomlin e Ian nos alcanzan, los cuatro miramos fijamente a la mujer que tiene el control de la situación.

—Por favor, devuélveme a mi bebé —le ruego, teniendo que gritar

fuerte para que mi voz se oiga por encima del viento y las olas que tenemos debajo.

Mi súplica desesperada no parece tener ningún efecto en la mujer que sostiene a la preciosa Evelyn tan cerca de esa caída escarpada. Mi estómago se revuelve tan turbulentamente como el mar bajo las piernecitas de mi bebé. Y, a pesar de rezar por el mejor resultado, tengo la horrible sensación de que esto solo puede acabar en desastre.

Eso es hasta que Fern hace una sugerencia.

32

FERN

—Déjame hablar con ella —le digo a Alice lo bastante alto como para que me oiga—. La conozco. Una vez fue mi amiga. Puedo hacer que pare esto antes de que empeore.

Alice me mira y se da cuenta de que hablo en serio, pero lo que le pido significa que tiene que depositar toda su confianza en la mujer que ha causado tanto dolor en su vida. ¿Y si acepta y fracaso? Entonces tendría que vivir sabiendo que no solo he vuelto a hacerle daño, sino que ha puesto la vida de su pequeña en manos de una asesina peligrosa y mortal que nunca se habría ofrecido a ayudarla si no me hubiera pillado de improviso. Pero estoy diciendo la verdad; Victoria fue amiga mía una vez, así que tal vez, de todos lo que estamos aquí, yo sea la persona más adecuada para intentar convencerla. Obviamente, tenía razón cuando dije que sabía quién podría haberse llevado a Evelyn y, de no ser por mí, Alice nunca habría descubierto a la secuestradora en el abarrotado paseo marítimo. A pesar de nuestro accidentado pasado, hoy no la he defraudado.

No sé qué más hacer, pero lo que sí sé es que cada vez que Alice intenta acercarse a la loca que está al borde del precipicio, Victoria da otro paso más hacia el abismo, así que ella no puede arreglar esto.

Tomlin intenta resolver esta situación empleando algunas de las habilidades que ha aprendido en el cuerpo de policía para tratar con gente peligrosa, pero eso tampoco sirve de nada y se ve obligado a parar cuando también se da cuenta de que acercarse solo está empeorando las cosas.

Parece que no tenemos muchas opciones, por eso vuelvo a pedirle a

Alice luz verde para intervenir yo.

—Por favor. Solo recupérala —me dice, con toda su confianza puesta en mí en este momento.

Pero no es en un solo sentido, porque entonces hago algo que demuestra que yo también confío en ella.

Le entrego a Cecilia.

Al coger a mi hija, la mira a la cara y posiblemente se pregunta qué clase de vida ha tenido mi niña con su madre huida. Estoy segura de que se imagina que debe haber sido duro.

—Haré todo lo que pueda —le aseguro a Alice antes de acercarme a Victoria, que rápidamente levanta una mano para indicarme que me quede donde estoy.

—¡Aléjate de mí! —grita mientras el viento se arremolina y Evelyn sigue colgando del borde.

Soy consciente de que, si no consigo hablar con esta mujer, hay muchas posibilidades de que esto acabe en desastre, tanto para Alice como para mí. Ella podría perder a su hija, mientras que a la mía se la llevarían al detenerme, y entonces ninguna de las dos tendría nada.

Nadie habrá ganado.

Todo se habrá perdido.

Eso no puede ocurrir.

—Victoria, está bien. Solo quiero hablar contigo —le digo—. Soy tu amiga.

—¡No, no lo eres! ¡Me atacaste! —grita, lo que obviamente hice, así que eso no ayuda mucho a mi causa.

—Lo siento, pero sabes por qué tuve que hacerlo. Estabas tratando de quitarme a mi bebé, y eso no está bien. Un niño debe estar con su madre. Esa niña que sostienes tiene que estar con su madre. Ella

está aquí, mírala, mira lo disgustada que está.

Señalo a Alice, que está detrás de mí, y la angustiada mujer que sostiene a Cecilia tiene lágrimas corriendo por sus mejillas.

—Devuélvesela a su madre —le digo con calma—. Es lo correcto. No quieres hacerle daño. Sé que no eres mala persona. Podemos hablar de esto. Conseguirte ayuda. Esto no tiene por qué empeorar.

—¡No tienes ni idea de lo que se siente! —me grita Victoria de repente—. ¡Ver a todo el mundo con un bebé cuando yo no puedo tenerlo! No es justo.

—Pero no es justo hacerle daño, ¿verdad? —le digo, señalando a la niña que tiene en brazos—. Es inocente y mira lo alterada que está. Déjala ir.

—No, es demasiado tarde. Ya he cometido demasiados errores. No hay nada más que pueda hacer. ¿Qué puedo perder? ¡No voy a ir a la cárcel y no voy a volver a ese piso! Lo odio.

—Yo también lo odio —admito—. Pero no ha sido tan malo, ¿verdad? Nos teníamos la una a la otra. Me encantaban nuestras charlas. Verte jugar con Cecilia. Compartir una taza de té contigo. Era agradable, ¿no?

Victoria parece relajarse un poco, así que continúo.

—Sé lo que es cometer errores; hacer cosas que no deberías hacer, cosas que están fuera de lugar y acaban haciendo daño a otras personas. Lo sé, y sé cuánto duele sentir que has perdido el control. Pero nunca es demasiado tarde para cambiar y hacer lo correcto. Nunca es tarde para pedir perdón.

Victoria ahora parece escucharme de verdad, y mientras hablo, soy consciente de que ya no solo hablo con ella, sino también con Alice y Tomlin, que están detrás de mí.

—Me arrepiento de muchas cosas —admito—. Ojalá no hubiera hecho muchas de las cosas que hice, y mira en lo que se ha convertido mi vida por ello. Pero tú aún tienes una oportunidad. Tienes tiempo de parar antes de empeorar la situación. Por favor,

créeme cuando te digo que no quieres empeorarla.

Ahora tengo lágrimas en los ojos.

—Mi marido me hizo daño, pero yo nunca debí hacérselo a él —digo en voz alta y clara, como si hablara no solo a los que me rodean, sino también a Drew en el más allá—. Yo era una buena persona. Soy una buena persona. Cometí errores y no puedo volver atrás. Me arrepiento de lo que le hice, ¡igual que me arrepiento de lo que le hice a Rory, a Greg y a ella!

Me giro y señalo a Alice.

—Lo siento mucho, Alice. Siento por lo que te hice pasar. Y siento que estés aquí ahora y tengas que pasar por esto. No te lo mereces.

Me giro hacia Victoria y doy un paso para acercarme a ella mientras sigo hablando.

—Es demasiado tarde para mí. No importa lo que haga después, siempre seré recordada como la Viuda Negra. La mujer que conspiró para matar a su marido infiel. La persona que incriminó a una mujer inocente por asesinato. La mujer que mató para mantener sus secretos a salvo y que huyó cuando las cosas se pusieron difíciles. Esa soy yo, esa es la historia de mi vida y no puedo cambiarla. Pero tú puedes cambiar la tuya. No quieres ser recordada como la mujer que mató a un bebé inocente. Tú no eres así. Eres cariñosa, simpática, divertida y amable, y todavía puedes tener una buena vida, no es demasiado tarde. Te lo prometo, Victoria, no es demasiado tarde.

Ahora estoy más cerca de ella y Victoria no está retrocediendo, lo cual es bueno porque está demasiado cerca del acantilado.

Con las manos extendidas delante de mí, sonrío a Victoria y le digo que todo va bien.

—Dámela —pido con calma.

Victoria aún parece insegura, pero no me dice que deje de acercarme a ella y, cuando la alcanzo, me aseguro de centrarme en su cara y no en el abismo que hay justo detrás.

En este momento, el viento amaina y todo queda en silencio.

—Está bien —le digo—. Confía en mí, no te arrepentirás de hacer lo correcto.

Tal vez Victoria pueda ver cuánto me arrepiento de lo que hice, porque me escucha y me entrega al bebé.

Al mirar a la niña que tengo entre mis brazos, descubro al instante partes de Drew en ella. Tiene sus ojos, esos penetrantes iris azules que me deslumbraron cuando lo conocí, y por un segundo es imposible no ver su rostro completo ante mí. Debería haber sido yo quien tuviera a su bebé, no otra persona, pero después de todo lo que ha ocurrido, quizá que yo tenga en brazos a la hija de su amante no sea lo más extraño que ha sucedido desde que empezó su aventura.

Una vez que queda claro que el peligro ha pasado, oigo a Alice soltar un enorme grito de «gracias» detrás de nosotros. No estoy segura de si es por mí o por Victoria, pero mientras nos alejamos del borde del acantilado, en realidad no importa porque ya ha pasado.

¿O no?

Mientras le devuelvo el bebé a Alice, no tengo ni idea de lo que va a ocurrir a continuación.

A juzgar por la expresión de su cara, ella tampoco.

33

ALICE

Recuerdo cuando odiaba mirar esta cara.

Pero ya no.

Cuando me inclino sobre la cuna y cojo a mi bebé, ya no me consumen los sentimientos de arrepentimiento, frustración y ansiedad ni me siento abrumada por la magnitud de la tarea que supone ser madre. Ahora solo siento felicidad porque mi hija está bien y a salvo, y mientras Evelyn se acurruca en mis brazos, le doy un beso en la cabeza y le digo que todo va a ir bien.

Por primera vez en mucho tiempo, podría ser verdad.

Han pasado dos meses desde que atrapé a Fern en Cornualles, aunque no todo salió como imaginaba. El placer y la satisfacción que sentí cuando la agarré y le dije que su huida había terminado fue rápidamente superado por la desesperación de querer reunirme con Evelyn después de que se la hubiera llevado una mujer angustiada y peligrosa.

Nunca sabré muy bien por qué Fern decidió ayudarme aquel día en lugar de volver a las andadas y mirar solo por sí misma, pero lo hizo y le estaré eternamente agradecida. Podría haber intentado huir mientras yo estaba de rodillas en aquel paseo, clamando al cielo, y yo habría sido incapaz de detenerla porque, en aquel momento, lo único que me importaba era que se hubieran llevado a mi hija. Podría haber desaparecido con su bebé, y supongo que si eso hubiera ocurrido y ella se hubiera esfumado de nuevo, yo no habría tenido energía para intentar encontrarla una vez más. Pero acudió en mi ayuda y pudo convencer a Victoria de que bajara del acantilado, salvando a Evelyn y, por consiguiente, a mí.

¿Qué ocurrió después?

Esa fue la pregunta que Fern me hizo poco después de que nos devolviéramos a nuestras respectivas hijas. Mientras estábamos allí, en la cima de aquel acantilado azotado por el viento, con nuestros bebés en brazos, el concepto de venganza y justicia me pareció erróneo. Lo que parecía correcto era que éramos dos mujeres que habíamos chocado por culpa de cosas sobre las que teníamos poco control.

Fern no había pedido que su marido tuviera una aventura conmigo, y yo no le había pedido a Drew que me siguiera a Arberness después de terminar con él. Ambas cosas habían sucedido, pero habían sido provocadas por Drew, el médico que siempre parecía salirse con la suya y al que no le importaban los demás. Aunque ninguna de los dos podía decir completamente que era una víctima después de todo lo que había ocurrido, nos unía el triste hecho de que nuestras vidas habían sido mucho más fáciles antes de que el doctor se metiera en ellas.

Por eso, en lugar de decirle a Tomlin que detuviera a Fern o pidiera refuerzos, le dije que quería estar un rato a solas con la mujer del médico para poder hablar abiertamente de todo lo ocurrido.

Tomlin no pareció muy entusiasmado con esa idea al principio, aunque, al igual que yo, su odio hacia Fern se había atenuado un poco porque acababa de presenciar cómo salvaba la vida de una niña, así que aceptó. Pero, en lugar de permanecer al margen, aceptó la sugerencia de Fern de que debía ofrecer ayuda a Victoria, que claramente era una enferma mental, y así lo hizo: se acercó a ella y le dijo que, en lugar de meterse en problemas, iba a recibir la ayuda que necesitaba ahora.

Fern y yo también bajamos de aquel acantilado, cada una con una niña en brazos, y no dejamos de caminar hasta que entramos en una cafetería y pedimos dos tazas de café. Allí discutimos nuestro siguiente paso.

Evelyn tiene que comer, así que la llevo abajo mientras pienso en aquel café con Fern y en aquella conversación inesperadamente tranquila que tuvo lugar a más de ochocientos kilómetros de donde

estoy ahora. Aunque estoy de vuelta en la pacífica Arberness, fue en una mesa de una cafetería de Cornualles donde puedo decir con sinceridad que por fin fui capaz de seguir adelante con mi vida en lugar de seguir viviendo en el pasado.

Mientras nos servían el café y nuestras dos hijas se miraban y se quedaban hipnotizadas al ver a otra persona joven, como les ocurre a muchos niños cuando están cerca de otros, Fern y yo nos sinceramos sobre todo lo que había ocurrido y el impacto que había tenido en nosotras.

Primero le dije a Fern lo que creía que era la verdad.

—Me equivoqué al empezar aquella aventura con tu marido —dije, tragando saliva justo antes de hablar—. Eso no se puede negar. Pero intenté hacer lo correcto cuando decidí marcharme con Rory. Dejé Manchester para alejarme de Drew, y para mí nuestra aventura había terminado. No tenía ni idea de que me seguiría a Arberness y lamento que lo hiciera, igual que lamento haber retomado nuestra aventura.

Fern escuchó respetuosamente mi versión de los hechos a medida que avanzaba.

—Sé que estuvo mal y que nos merecíamos que se descubriera nuestra infidelidad y que nuestros matrimonios se arruinaran, pero lo peor que debería haber pasado era un divorcio —le expliqué—. No merecía ir a la cárcel por un delito que no cometí.

Sorprendentemente, Fern me dio la razón antes de darme su versión de los hechos.

—Estaba consumida por la necesidad de venganza —admitió—. Me dominaba tanto que no daba un paso atrás ni veía las cosas desde el punto de vista de los demás. Ha sido hace poco cuando me he dado cuenta de la influencia que mi difunto marido ejercía sobre otras personas.

«He leído correos electrónicos de Drew que me demuestran que él fue el instigador de la aventura y que continuó con ella incluso cuando tú expresaste tus preocupaciones —prosiguió Fern,

mostrando simpatía hacia mí, cosa que agradecí—. También acepto que fui demasiado lejos en mi búsqueda de venganza y que nunca debería haber reclutado a Rory para que me ayudara a matar a Drew, ni debería haber matado a tu marido para mantenerlo callado. Ninguno de los dos merecía perder la vida y tú, desde luego, no merecías ir a la cárcel.

Como ambas habíamos demostrado nuestra voluntad de ser abiertas y sinceras, le conté a Fern cómo había sido para mí la vida en la cárcel.

—No le desearía un lugar como ese ni a mi peor enemigo —dije, muy consciente de que solo unos minutos antes de aquella conversación Fern era tal enemiga para mí—. Fui brutalmente atacada en prisión y, aunque no lo sabía, estaba embarazada y podría haber perdido a mi hija.

Fern parecía horrorizada y volvió a disculparse, aunque después de ver lo arrepentida que estaba, le recordé que mi aventura había sido la causa de todo y me disculpé. A continuación, Fern me contó cómo había sido su vida desde que se había fugado, y me pareció tan sombría como lo que yo había pasado en la cárcel.

—Que técnicamente estuviera libre no significaba que me hubiera librado de nada —dijo Fern—. Me he pasado todos los días mirando por encima del hombro, preguntándome si se me había acabado el tiempo y me iban a detener. He vivido en la miseria, antes de tener a Cecilia y después, y he pasado noches en vela preocupándome por lo que le sucedería a mi bebé si tenía que pasar el resto de mi vida entre rejas.

Debió ser la presencia de esas dos niñas, con sus ojitos brillantes y sus cuerpecitos retorciéndose en nuestro regazo, la razón principal de que las dos nos tranquilizáramos mucho por lo que había pasado. Por alguna razón, la introducción de un par de bebés en nuestra relación tóxica ayudó sin duda a aliviar algunas de las tensiones porque, a pesar de todo lo que había ocurrido, nos dimos cuenta de que ya no solo teníamos en común a ese médico encantador.

También compartíamos el hecho de que éramos dos madres que querían lo mejor para sus hijas.

Eso me hizo darme cuenta de que lo mejor para Cecilia, la bonita hija de Fern, era que su madre no fuera a la cárcel el resto de su vida. Llamar a la policía me parecía una medida equivocada, sobre todo después del acto desinteresado y valiente que acababa de realizar en lo alto del acantilado que se cernía al otro lado de la ventana de la cafetería. Por eso decidí allí mismo que no iba a llevar mi necesidad de venganza hasta su espeluznante conclusión. ¿Cómo iba a ver que se llevaban a Fern esposada y entregaban a su bebé a una trabajadora social cuando yo me iba a casa con mi bebé y cada vez que la mirase a la cara me acordaría de lo que Fern había hecho para salvarla? Pero no se trataba solo de mí, sino también de Fern. A pesar de que aún no había pasado ni un minuto bajo custodia policial por ninguna de las cosas que había hecho, podía ver claramente que había sido castigada.

Es cierto lo que dicen de la gente que se sale con la suya en algo que no debería. Pasan el resto de su vida durmiendo con un ojo abierto. Sabía que ese era el destino de Fern aunque la dejara salir de aquella cafetería para seguir con su vida, por eso, al final, eso fue lo que le dije que estaba dispuesta a hacer.

—Se acabó. Alejémonos e intentemos seguir adelante con nuestras vidas —le dije a Fern, mostrando una fuerza interior para no necesitar venganza que ojalá hubiera poseído la mujer del médico cuando todo esto empezó.

—¿Cómo puedes ser tan indulgente? —me preguntó Fern entonces —. Tú arruinaste mi matrimonio, pero yo te arruiné la vida.

—Porque acabas de salvar a mi hija —le expliqué—. Eso me demuestra que no eres una persona malvada. Solo has cometido errores. Grandes errores, terribles errores, pero aún puedes redimirte. Has salvado a mi bebé y tienes uno propio que cuidar. Si no fuera por esas dos cosas, disfrutaría viendo cómo te detienen, pero ahora no puedo. Así que acepta esto y vete. Vuelve a huir e intenta encontrar algo de paz con tu hija. Yo me iré a casa e intentaré hacer lo mismo con la mía.

—Gracias —dijo Fern, antes de hacer una pregunta muy conmovedora—. ¿Crees que podremos encontrar algo de paz?

—Eso espero —es todo lo que fui capaz de decir al respecto. Y, con ese comentario, se acabó nuestra amarga relación.

Como siempre entre nosotras, las cosas nunca habían sido lo que parecían. Fern siempre me había imaginado como un rompehogares cruel y despiadada, y yo la había visto como una fuerza vengativa a la que solo le importaba ella misma, pero ese día nos dimos cuenta de que esas suposiciones ya no eran ciertas. Por eso sentimos que podíamos alejarnos definitivamente la una de la otra.

Y eso fue lo que hicimos.

Mientras preparo un biberón para Evelyn en mi cocina, me pregunto qué estará haciendo Fern ahora. Es probable que también le esté preparando la comida a su bebé. Así suelen ser los días de los padres en nuestra situación. Pero, aunque puedo adivinar lo que está haciendo, no tengo ni idea de dónde lo estará haciendo. Porque después de que ambas juráramos dejar en paz a la otra, cogí a Evelyn y me fui de aquella cafetería, y desde entonces no he vuelto a ver a Fern ni a Cecilia.

Al alejarme de la mujer a la que había perseguido durante tanto tiempo, me sentí triunfante, como si estuviera comunicando al universo que por fin estaba dispuesta a dejar atrás el pasado y seguir adelante con mi vida. Demostré que era así cuando, tras regresar junto a Tomlin, le dije que al volver a Arberness deseaba que nuestra relación llegara a su fin.

Él sabía por qué, su breve aventura con Siobhan había sellado su destino, pero eso no le impedía intentar convencerme de que me quería.

—Podemos hacer que funcione —argumentó, claramente no dispuesto a perderme, pero yo ya me había decidido—. Nunca volveré a hacer algo así.

—Me dije lo mismo cuando terminé con Drew la primera vez —respondí, hablando desde la sombría experiencia—. Sin embargo, acabé haciéndolo otra vez, así que sé que decir esas palabras no tiene sentido.

Tomlin no pudo rebatirlo, sin duda viendo que mi decisión estaba tomada, pero yo añadí una razón extra para que las cosas terminaran entre nosotros.

—No es solo lo que hiciste a mis espaldas. Es todo: tu trabajo, tu conexión con Fern, con Drew, con mi pasado. Necesito una ruptura limpia con todo eso. Es la única manera de seguir adelante y ser la mejor madre que pueda ser para Evelyn. Espero que puedas entenderlo.

Tomlin parecía disgustado, pero lo aceptó y lo comprendió, consciente de que su conexión con el pasado probablemente siempre había significado que nuestra relación estaba condenada al fracaso y que su lío con Siobhan no fue más que la gota que colmó el vaso.

En cuanto a Siobhan, como era de esperar, no ha vuelto a ponerse en contacto conmigo desde que la dejé tirada al borde de la autopista. No tengo ni idea de lo que le ha pasado, pero no me importa porque no necesito amigas como ella.

Antes de separarnos, Tomlin quería saber algo, algo que le costaba asumir.

—¿Cómo pudiste dejar ir a Fern cuando la tenías? —me preguntó —. Pasaste mucho tiempo deseando venganza y luego, cuando podías tenerla, permitiste que se marchara y quedara libre.

—Ella salvó a Evelyn —respondí—. Eso es mucho más valioso para mí que cualquier necesidad de venganza. Tengo una hija a la que amar el resto de mi vida. Es lo único que me importa ahora y en lo que me centraré.

Tomlin comprendió entonces por qué lo había hecho, tras haber presenciado por sí mismo el drama en el acantilado. Demostrando que él también estaba dispuesto a ser más desinteresado, aceptó que podía volver al trabajo y seguir siendo el detective que la dejó escapar en lugar de seguir buscando en vano alguna oportunidad de redención profesional.

Después de conducir de vuelta a Arberness, los dos nos despedimos

y él se marchó a Carlisle mientras yo cerraba la puerta principal de mi casa, consciente de que ahora solo estábamos mi niña y yo.

Pero, a diferencia de antes, eso no me preocupaba.

Estaba contenta.

Ahora soy feliz cuando empiezo a dar de comer a Evelyn y veo cómo se le iluminan los ojos mientras me mira. Puedo decir sin temor a equivocarme que soy más feliz de lo que lo he sido en mucho tiempo.

¿Y Fern?

Quién sabe.

Es hora de que me olvide de ella.

Quizá algún día lea algo sobre ella en las noticias. La policía todavía podría encontrarla porque siempre están buscando.

Pero tal vez no.

Algo me dice que una mujer con recursos como ella encontrará la forma de seguir eludiéndolos.

Algo me dice que a la mujer del médico le irá muy bien.

EPÍLOGO

Cinco años después

Vivir en un pueblo tiene su encanto. Puedes ir andando a todas partes. Conoces a todos los lugareños por su nombre de pila. No tienes que preocuparte por la delincuencia.

Esta última es la que más me gusta.

Sí, ya es oficial. Después de pasar tanto tiempo como amante de la ciudad, ahora me he convertido por completo y me encanta la vida de pueblo. Arberness es donde empezó todo para mí y, mientras camino por estas tranquilas calles y sonrío al amable carnicero que me saluda antes de mencionar rápidamente una oferta que tiene en este momento, es casi como si estuviera en Arberness ahora.

Casi.

Aunque este pintoresco y tranquilo lugar por el que estoy paseando tiene muchas similitudes con ese pequeño punto del mapa en el norte de Inglaterra, estoy a muchos kilómetros de allí. En realidad, estoy en un país distinto. Cuando me detengo un momento en la carnicería y compruebo los precios con descuento que se ofrecen como parte de la oferta, vuelvo a recordármelo. Y es que los números que aparecen en las etiquetas de precios junto a todas las carnes frescas van acompañados de la moneda local, y en lugar de ser la libra, es el euro.

Eso es porque vivo en Francia.

Utilizando parte del idioma que he aprendido desde que estoy aquí, le doy las gracias en francés al carnicero por haberme avisado de la oferta antes de decirle amablemente que de momento no necesito nada, pero que volveré este fin de semana para comprarle unas

salchichas. No soy la única persona que tiene algo que decir en francés. Y es que, tras mirar a mi hija, que está a mi lado, ella misma pronuncia unas palabras en su nuevo idioma antes de que volvamos a ponernos en marcha en dirección a su colegio.

Me río para mis adentros porque, como alguien que pensó que nunca sería lo bastante inteligente como para hablar otra cosa que no fuera inglés, estoy haciendo un buen trabajo conversando en un nuevo idioma. Resulta que aprender un nuevo idioma no tiene tanto que ver con la inteligencia como con el tiempo y el compromiso. ¿No ocurre lo mismo con la mayoría de las cosas? Yo me he esforzado mucho para poder hablar francés, y eso me ha ayudado a integrarme aún más en mi nuevo hogar.

Es importante encajar en cualquier sitio, por supuesto.

Pero sobre todo es importante porque soy una criminal que se esconde de la policía en el extranjero.

Cecilia me pregunta qué me hace gracia, pero yo le digo que nada antes de comentar lo guapa que está con el lazo rosa que le he puesto esta mañana en el pelo rubio. Ella me lo pidió y pensé que sería aceptable en el colegio, así que se lo hice y ahora está muy orgullosa de su nuevo look, que hoy podrá enseñar a todos sus compañeros. Yo también estoy orgullosa, pero no solo porque lleve un lazo rosa en el pelo. Es porque se está convirtiendo en una niña divertida, educada e inteligente, a pesar de todos los trastornos que ya ha sufrido en su joven vida.

Si me preocupaba el impacto que tendría en mí una vida a la fuga, me he preocupado aún más por las consecuencias que tendría en mi hija. Pero supongo que es cierto lo que dicen de los pequeños. Son resistentes, aunque creo que yo también lo soy bastante.

Después de todos estos años, todavía soy fuerte.

Mientras camino por el pueblo, soy consciente de que he puesto una distancia considerable con los lugares donde cometí mis graves delitos. También soy consciente de que no hay ningún lugar del planeta al que pueda ir que me permita escapar del castigo por cometerlos si alguna vez me atrapan y me llevan de vuelta a

Inglaterra. Por eso debo tener cuidado constantemente, y por eso poder hablar el mismo idioma que los lugareños de aquí solo me ayuda a integrarme aún más en mi nueva comunidad, reduciendo las posibilidades de que alguno de ellos descubra quién soy en realidad. Pero, mientras que la historia de la Viuda Negra fue una gran noticia en el Reino Unido, nadie en Francia parece saber mucho al respecto. Mi cara no aparece en las portadas de los periódicos ni en las pantallas de televisión durante los informativos, y me parece bien. Hace cinco años que no veo a nadie que sepa quién soy en realidad y lo que he hecho.

Esa persona era Alice.

Ella es la única razón por la que hoy soy libre.

Aunque no estaba intentando ayudarme a mí misma de forma egoísta cuando me planté en aquel acantilado y negocié con Victoria —solo intentaba salvar la vida de una niña porque yo era la persona más indicada para hacerlo—, no se puede negar que mis acciones de aquel día ayudaron a Alice a perdonarme. Si Victoria no se hubiera llevado a su hija, Alice habría hecho que me detuvieran, y tanto Cecilia como yo tendríamos una vida muy diferente a la que tenemos ahora. No habría paz en esta tranquila parte de Francia, donde los lugareños y los expatriados se mezclan libremente mientras reciben a unos cuantos turistas cada verano para degustar los vinos de los viñedos locales y tomar el sol.

Alice nunca podrá olvidar lo que le hice, pero me perdonó, y puedo decir lo mismo de ella y Drew. Su aventura empezó todo esto y ahora, años después, las cosas nunca volverán a ser como antes. Lo único que importa es que las dos sigamos con nuestras vidas lo mejor que podamos, aprovechando al máximo las oportunidades que nos brinden las próximas décadas, y esa es una oportunidad que el difunto médico que compartimos no tiene.

Cuando veo las puertas del colegio de Cecilia, siento que me agarra con fuerza la mano derecha y sé que está un poco nerviosa, como siempre que llega el momento de separarnos. Habiendo sido inseparables desde que nació, con la excepción de aquel espantoso suceso en el que Victoria intentó alejarla de mí, es comprensible que mi hija tenga un poco de ansiedad por la separación. Yo

también la tengo, pero estamos trabajando en ello. Aunque la vida escolar de Cecilia apenas ha comenzado, ya sabe que su mamá siempre la estará esperando al final del día, cuando terminen las clases.

—Que tengas un buen día —le digo a mi hija, antes de arrodillarme y darle un beso en la mejilla.

Todavía parece un poco insegura de dejarme, como le ocurre desde que empezó su primer curso escolar hace tres semanas, pero ha hecho algunos amigas. Cuando ve a una de ellas más adelante, parece menos aprensiva y más juguetona.

—Adiós, mamá —me dice antes de apresurarse a reunirse con su amiga, y entonces veo cómo las dos niñas entran en el colegio, preparadas para un ajetreado día de aprendizaje.

Pero no son las únicas que esperan aprender algo hoy, porque después de comprobar la hora, salgo corriendo hacia mi propio compromiso, aunque espero que sea algo más interesante que aprender matemáticas o geografía. Porque voy a descubrir si de verdad estoy preparada para algo que he ignorado desde que maté a Greg en aquella habitación de hotel de Manchester el día de mi cuarenta cumpleaños.

Voy a ver si estoy lista para empezar a tener citas de nuevo.

No sé si las mariposas que se agitan en mi estómago son una buena o una mala señal mientras me dirijo al lugar de la cita. Puede que me ayude el hecho de estar un poco nerviosa, porque demuestra que me importa, pero también puede que sea una señal de que no estoy preparada para esto y de que debería volver a mi piso y ordenarlo antes de que Cecilia regrese a casa y vuelva a dejar todo hecho un desastre. Tengo que intentarlo, porque no solo no quiero pasarme el resto de mi vida durmiendo sola, sino que le prometí al hombre que me pidió una cita que quedaría con él, así que sería una grosería por mi parte no ir.

El hombre en cuestión se llama Pierre y es un cliente habitual de la panadería en la que trabajo cuatro mañanas a la semana. La panadería, un pequeño y coqueto local que sirve pan, bollos y

pasteles de aspecto y olor absolutamente deliciosos, es el lugar en el que trabajo desde que tuve la suerte de que me dieran la oportunidad de atender a los clientes en el mostrador. Aunque aún no tengo la habilidad suficiente para hornear el pan o crear los pasteles, soy capaz de entregar paquetes de bollería a los clientes que pagan y meter su dinero en la caja. Estoy muy agradecida por la oportunidad de ganar algo de dinero aquí. No es un trabajo muy bien pagado, pero no tiene por qué serlo porque aquí el coste de la vida no es alto. Sin embargo, es un trabajo sociable: trabajando en la panadería, he llegado a conocer a todo el mundo en el pueblo, y eso me ha hecho sentir parte de este lugar. También me gusta el hecho de que, como empleada de la panadería, tengo derecho a llevarme a casa las sobras que no se hayan vendido ese día, y la comida gratis siempre ayuda, aunque tengo que admitir que no le ha hecho mucho bien a mi cintura.

Pero ¿qué sentido tiene vivir en Francia si una no puede darse un capricho de croissants y pains au chocolat?

Mientras paso por delante de la panadería y saludo con la mano a mis compañeros que hoy están de turno, pienso en que siempre había tenido la esperanza de que el apuesto cliente que entraba todos los martes y viernes por la mañana me pidiera algún día una cita.

Y entonces ocurrió.

Pierre, que siempre ha pedido un café y un croissant desde que lo conozco, me pidió algo más el pasado viernes por la mañana mientras le servía. Me preguntó si quería desayunar con él en la cafetería que da a la plaza del pueblo. Me sorprendió que él, un elegante francés siempre vestido de manera impecable, se interesara por mí, una extranjera vestida con mono blanco y que olía a pastelería. Pero le dije que sí antes de que pudiera cambiar de opinión y ahora la cita es inminente.

Al cruzar la plaza adoquinada, veo la cafetería y, cuando la campana de la iglesia repica nueve veces en la torre que se eleva sobre mí, sé que Cecilia va a empezar su primera clase del día. También sé que llego un poco tarde porque ya debería estar sentada a la mesa con Pierre, así que me doy prisa y, cuando entro en la

cafetería, lo veo sentado en una mesa junto a la ventana, ojeando el menú.

Al verme entrar, me dedica una cálida sonrisa antes de levantarse de su asiento y saludarme como un auténtico caballero, así que ya ha empezado con buen pie. Yo también me aseguro de causar una buena impresión, felicitándole por su elegante chaqueta antes de decirle que me encanta esta cafetería, lo que es una sutil insinuación de que ha hecho bien en elegir este lugar para nuestra primera cita.

Los dos conversamos en inglés, por suerte, mientras decidimos qué pedir, y una vez que la camarera ha pasado por nuestra mesa para tomarnos nota, ambos estamos dispuestos a trasladar la conversación a temas algo más interesantes que el tiempo y cuánta gente pasa por la plaza en esta soleada mañana.

A Pierre le interesan mis orígenes, más concretamente, el tiempo que viví en Inglaterra y cómo acabé aquí, y aunque podría haber sido un tema muy peliagudo, anoche me aseguré de prepararlo meticulosamente mientras estaba en la cama y visualizaba lo que iba a decir. Por eso soy capaz de contarle con calma y convicción que me trasladé a Francia después de enamorarme de este país durante unas vacaciones aquí. Tras la prematura y desafortunada muerte del padre de Cecilia, este pueblo me pareció un lugar estupendo para que las dos empezáramos de nuevo.

Pierre se apresura a darme el pésame por el fallecimiento del padre de mi hija y yo se lo agradezco, aunque soy consciente de que, al tratarse de un tema delicado, es poco probable que siga indagando en él, sobre todo en una primera cita. Después, desvío la conversación hacia él y le pregunto por qué ha acabado viviendo aquí y no en un lugar más poblado, como París, que está a solo sesenta kilómetros.

—Al igual que tú, necesitaba un cambio de aires —me dice Pierre mientras el aroma a café y huevos llena mis fosas nasales en este coqueto restaurante—. Mi trabajo puede ser exigente en una ciudad, pero aquí es mucho más indulgente. Pero ahora no estamos en el trabajo, así que estoy encantado de hablar de otra cosa.

—Ya veo —respondo mientras la camarera nos trae los cafés. Después de dejarlos, siento demasiada curiosidad como para dejar el tema ahí, así que sonrío a Pierre antes de preguntarle—: ¿En qué trabajas?

Pierre da las gracias a la camarera antes de mirarme para responder a mi pregunta. Cuando lo hace, me cuesta creerlo.

—Soy médico —dice—. Así que nunca me pasa nada emocionante.

Miro fijamente al hombre sentado frente a mí y pienso en las mil y una maneras en que podría responder a su afirmación. Al final, decido simplemente sonreír y darle la razón.

—Sí —digo asintiendo con la cabeza—. He oído que ser médico puede ser bastante aburrido.

UNA CARTA DE DANIEL

Estimado lector:

Quiero agradecerte enormemente que hayas elegido leer La amante del médico. Espero que hayas disfrutado de las desventuras de Fern Devlin por tercera vez. Si te ha gustado y quieres estar al día de mis últimos lanzamientos en Bookouture y leer mi relato corto gratuito, La esposa asesina, suscríbete a mi boletín de Bookouture en el siguiente enlace. Tu dirección de correo electrónico nunca será compartida y puedes darte de baja en cualquier momento.

ww.bookouture.com/daniel-hurst

Espero que te haya encantado el tercer libro de la serie La mujer del médico y, si es así, te agradecería mucho que escribieras una reseña sincera. Me gustaría conocer tu opinión.

También me gusta escuchar a mis lectores, y puedes ponerte en contacto conmigo directamente en mi dirección de correo electrónico daniel@danielhurstbooks.com. Respondo a todos los mensajes. También puedes visitar mi sitio web, donde podrás descargarte gratuitamente un thriller psicológico titulado Just One Second (Solo un segundo) y suscribirte a mi boletín semanal, donde podrás enterarte de todo lo que escribo, así como de mis aventuras con mi mujer, Harriet, y mi hija, Penny.

Gracias,

Daniel